
3 1761 05979817 3





CLORINDA MATTO DE TURNER

ÍNDOLE

(NOVELA PERUANA)



LIMA
TIPO-LITOGRAFIA BACIGALUPI & Co., ESPADEROS, No. 237
1891

Perú

DE LA MISMA AUTORA

Tradiciones, Leyendas y Hojas sueltas................	1	Tomo en 4.°
Elementos de Literatura para el bello sexo............	1	,, ,, ,,
Tradiciones Crónicas y Leyendas......................	1	,, ,, ,,
Aves sin nido (novela)....................................	1	,, ,, ,,
Bocetos al lápiz de Americanos.........	1	,, ,, ,,

PARA ENTRAR EN PRENSA

La Cruz de Agata (novela.)

EN PREPARACION

Bibliografía qquechua.
Tradiciones y Leyendas, Tomo 3.°
Bocetos al lápiz, Tomo 2.°
Alas y plumas (novela.)

A

mis queridos amigos y colegas

Ricardo Palma

Emilio Gutierrez de Quintanilla

y

Ricardo Rossel.

La autora.





INDOLE

PRIMERA PARTE

I

Sobre el escritorio de caoba estaban revueltos multitud de manuscritos, hechos con tinta de carmín y anotados en todas direcciones con lápiz azul. Al alcance del brazo, abiertos medio á medio, un Libro Mayor, un Memorandum de Caja y un Copiador de Facturas.

Los últimos restos de una bugía encendida al comenzar la noche, ardían en un candelero de plaqué esmeradamente pulido con el roce de la gamusa, y cuando el resíduo del pabilo, chisporroteando como quien da su adios á la vida, se precipitó en el fondo de la candeleja, una voz varoníl, algo temblorosa

con la agitación que produce el excesivo trabajo y la preocupación de ánimo, dijo con desesperado acento

—Esto es claro! claro! claro!....pero...¡qué oscuridad!...

Y una palmada en la frente, dada con el ademán del dolor, parecía repetir también la última frase: oscuridad.

El que así se expresaba era un caballero envuelto en una ancha bata de paño azul marino que suelta hasta el tobillo, dejaba ver apenas unas cuantas líneas del pantalon claro, quedando perfectamente libres los piés calzados con botín de cuero inglés lustrado por el betún y el cepillo. Su cabeza cubierta por un gorrito de paño con franja del mismo material, trensillado con un galoncillo de seda hecho al pespunte de cadenilla, mostraba algunos bucles ensortijados de la cabellera que, sobre el albo cuello de la camisa quedaba como una franja de ébano. Su frente ancha, limpia y serena en otros tiempos, hoy estaba anublada por la duda amarga, ó quizás por la realidad sin esperanza, revelando, en pequeñas arrugas, abiertas como el surco de la labor mental, los frecuentes combates de una vida accidentada.

Don Antonio López, que acababa de cumplir los treinta y nueve años de su vida pasados en la felicidad relativamente ámplia, estaba dedicado á la explotación de la cascarilla y el retorno de Europa en mercaderías de fácil acomodo en el interior del Perú, como bayetas de Castilla, lampas de aporque, panas de colores vivos, espejuelos y esmaltes de

combinación; entró aquella noche en su escritorio, taciturno, caviloso desconfiado de sí mismo, llevando en el cerebro una montaña de ideas ya amargas ya desesperantes.

Despues de pasar la noche abismado en ese mar de números en que tantos buenos y honrados hombres zozobraron, muchas veces asesinados por un 8 mal escrito ó un 5 mal sumado, don Antonio vió apagarse el resto de la bugía en su escritorio, y el último rayo de esperanza en su corazón, pronunciando las palabras que le hemos escuchado.

En toda la casa reinaba el silencio de las tumbas.

Por la mente del señor López acababa de cruzar un pensamiento siniestro, negro, tétrico como la palabra lanzada por su voz ¡oscuridad!

Casi instintivamente llevó la mano al bolsillo de su ancha bata, del que sacó una caja de fósforos de la fábrica italiana *Excelsior* y encendió una cerilla, fijando la mirada en las figuras pintadas sobre la cajita de cartón. Representaban una de las escenas de *Otello y Desdémona.*

La primera impresión parece que, con el destello de la luz, alumbró tambien las tinieblas del alma de don Antonio, porque sus lábios se plegaron con lijera sonrisa, guardó la caja y con la cerilla encendida buscó algo entre los papeles en desórden. Tomó una pequeña llave y salió del escritorio.

Apenas hubo avanzado tres pasos, apagóse la cerilla y un bulto, medio encogido entre las alas del poncho de colores listados, se le llegó con paso tímido.

El señor López no se sorprendió con la aparición, y muy naturalmente dijo:

—Wilca, asegura las puertas y recógete.

—Si *wiracochay*,—repuso el aparecido que no era otro que Lorenzo Wilca, *pongo* de la casa, fiel como el perro, para el amo, fuerte para la vigilia como la lechuza, parco para la comida como criado con el uso de la coca, á las veces abyecto por la opresión en que ha caido su raza, pero ardiente para el amor, porque en su naturaleza prevalece aquel instinto de la primitiva poesía peruana, que llora en el ay de la quena, perdida en los pajonales de las sierras la opulencia del trono destruido en Cajamarca, y los brazos de la mujer adorada que rodearon el cuello de un estraño.

Don Antonio cruzó varios pasadizos, abrió una puerta con la pequeña llave y entró en una alcoba elegantemente amueblada.

Sobre la mesita de noche ardía una diminuta lamparilla de mariposa cubierta con una bomba de cristal teñido de rubí, que proyectaba luz color de rosa.

En un magnífico catre de bronce, arreglado por la coquetería de la mujer con finas colgaduras de crespón blanco sujeto por lazos azules, en cuyo centro asomaba un boton de rosa; estaba dormida una joven como de veintidos años con el apacible sueño de la paloma que ha plegado sus alas en blando nido de plumas.

Su cuello, blanco cual el yeso de Pharos, rodeado por los encajes de la camisa de dormir, y su cabeza

de una perfección escultural, descansaban, más que en las almohadas de raso y batista, en la blonda cabellera amontonada como un haz de espigas de trigo. Los lábios imperceptiblemente entreabiertos, daban curso á la respiración vaporosa y suave, como el perfume de la azucena llevado por las brisas de Mayo en aquellos campos donde el trebol y la verbena se dicen amores.

El señor López se quedó por un momento contemplando á la dormida, abismado en una sola idea que lo dominaba, y retorciéndose los sedosos bigotes dió algunos pasos hácia la cama.

La mujer á quien tenía delante, era un ángel de bondad que le había hecho saborear las dulzuras del amor, en aquellas horas que para él volaron fugaces. Ella gozaba en brazos del sueño, ese dulce beleño brindado por la pureza de una conciencia semejante al límpido lago en cuyo fondo reverbera una estrella, que para la juventud, dice AMOR y, para lo ancianidad noble, dice RECUERDO.

Don Antonio comenzó á desprender los botones de su abrigo, que se quitó con cierta cautela, como quien teme hacer ruido, é hizo otro tanto con el gaban y chaleco de paño grís, colocó la ropa sobre el canapé rojo de la derecha, y volvió à asomarse á la cama, revelando en su semblante la contradicción de sus pensamientos. Contempló nuevamente á la dormida indeciso, vacilante, y sin desplegar los lábios se fué á sentar junto á la ropa, apoyados los codos sobre las rodillas, y dejando caer la cabeza entre sus manos.

—No hay remedio!—dijo por fin—Es el único camino que me resta!.... Y he de despertarla!.... He de repetir aquí lo que el mundo hace con el corazón de los adolescentes, arrancarle el velo de las ilusiones para obligarla á vestir el sudario de la realidad! de la realidad, Dios mio, ese licor amarguísimo que vengo á beber en el cáliz de la desventura! . A ella! sí, que se durmió feliz, amándome, tal vez repitiendo mi nombre, que veló esperando mi regreso y cayó rendida por las largas horas de mi ausencia! A ella que me dió sus amores de niña y sus caricias de mujer! He de despertarla para decirle adios, para anunciarle que ya no hay sol que dé calor y vida al hogar, que está nuestro cielo entoldado por las nubes de la desgracia, que ya no habrá sonrisas en sus lábios humedecidos por las lágrimas, e as perlas valiosas que caerán de sus ojos, cielo de amor que tantas veces reflejó mi felicidad.

Oh! Eulalia, Eulalia mia!....

La desesperación estaba próxima á estallar en el organismo de don Antonio zollozante con la opresión del dolor cuando, de súbito, soltó los brazos, levantó la frente, poniéndose de pié y sacudiendo la cabeza se dijo:

—Valentín! si al ménos pudiese conocer todo el plan de que me hablaste;...yó...más...no, no, imposible! Debo aceptar la lucha solo, absolutamente solo. Mi fortaleza de hombre avasallará mi debilidad de amante!...

Y dando resuelto algunos pasos se llegó á la cama,

se inclinó y besó con pasión los lábios de Eulalia que, al áspero roce de los bigotes, abrió los ojos haciendo á la vez un *gesto saboreado* como de quien gusta tamarindos.

II

A dos horas de camino de la casa de don Antonio López está la hacienda *Palomares*, de gran nombradía en todo el departamento de *Marañón;* primero, porque produce maíz blanco de un tamaño sorprendente, tanto que disfruta de la gollería de haber obtenido medalla de oro en varias exposiciones extrangeras; segundo, porque sus frutillas son de notoria estimación por sabor, color y tamaño; y tercero porque se dice que Pumaccahua pernoctó allí la última noche de sus correrías patrióticas y dejó enterrado un grueso capital en onzas, tesoro que, hasta hoy, es el comegén de multitud de gentes dadas á buscar lo que no han guardado.

La familia que habita la hacienda Palomares, no es numerosa.

A pesar de diez años de matrimonio, de don Valentin Cienfuegos con doña Asunción Vila, ambos siguen la vida de novios en cuanto á que no han cambiado decoración de alcoba, recibiendo ésta la bendita cuna donde dormitan los pedazos del corazón, pues, en cuanto á las escenas del drama principiado en el altar, ya han llegado á la parte más prosáica, y las malas lenguas hasta dicen, á media

voz, que las costillas de doña Asunción perdieron su virginidad á los tres meses de casada, una aciaga noche en que las discusiones matrimoniales subieron de punto.

Fuera de los esposos, la servidumbre consta de dos mujeres indias, y un joven mestizo que se llama Ildefonso, nombre que los de intimidad han hecho breve dándole además diminutivo, y el tal se dice *Foncito.*

Como en el curso de esta historia hemos de ver á cada paso á Foncito y tal vez simpatizar con él, por su corazón de oro y su ternura de afectos, conviene presentarlo con unas cuantas pinceladas. Su madre fué una india lugareña que ganó el afecto de un caballero llegado á la villa con bastón de mando, de cuyo conocimiento nació Ildefonso, criado en esfera un si es no es decente. Recibió instrucción primaria, asi es que sabía leer y rubricar; porque decir que tenía letra perfilada sería calumniarlo, lo que no se opone á dejar constancia de que las novelas publicadas en folletines eran gustadas por Ildefonso.

De estatura alta, espigado y de salud á toda prueba de epidemias, Ildefonso tiene un carácter comunicativo y afable, pero en el fondo es calculador como un banquero yankee, con un personal seductor.

En cuanto al señor de Cienfuegos, su apellido de familia estaba admirablemente adaptado á su carácter. Irascible, altanero y pretencioso lanzaba chispas de fuego de sus grandes ojos pardos cuando alguno contradecía sus mandatos. Naturaleza no

favoreció por cierto su personal, pero tampoco podría llamarse hombre repugnante para las mujeres que gustan de la fortaleza hercúlea con preferencia á la belleza varoníl.

Alto y fornido, de piel cobriza, pelo negro abundante y grueso, cortado desde la raíz; gasta el lujo de bigotes y pera, muy ralos, pero que él acaricia como las sedosas hebras de una poblada patilla abrillantada por los aceitillos de *Oriza*.

Don Valentin Cienfuegos frisa en los cincuenta años de edad y viste constantemente un terno de casimir color ala de mosca, siendo su mayor lujo una gruesa cadena de oro, de cuyo último eslabón pende un magnífico reloj del mismo metal, de los que se llaman de repetición.

No sabrémos determinar qué circunstancia acercó á Cienfuegos hácia don Antonio López, haciéndolos amigos de intimidad, y, recíprocamente, poseedores de sus secretos.

Las esposas, intimaron tambien, pero no en el grado que marcaba la amistad de los dos personajes.

Rara vez pasaban semana sin verse no obstante la distancia á que residían, acortada por las cuatro patas de los magníficos caballos de que ambos disponían.

En el momento en que llegamos, don Valentín acababa de asegurar la hevilla de las espuelas de plata, terciado el poncho de fina vicuña, y bajando al suelo el pié que había levantado sobre una silleta

para hacer cómoda la operación de calzarse las espuelas, dijo con arrogante voz:

—Foncito, acércame el overo.

Y en seguida, fué á tomar la estribera ofrecida por el joven, cabalgó, asióse de las riendas, acomodó en la montura las alas del poncho é hincando los hijares del gallardo overo con las sonoras rosetas, salió sin ceremonia.

—Adios señor, que no se desbarranque por las laderas, y vuelva pronto—dijo Foncito despidiendo con ademanes á don Valentín, y luego entró en la babitación principal de la casa amueblada al uso del lugar.

Media docena de silletas colocadas en fila; cubría la parte baja de las paredes empapeladas con un papel rosado de cenefas rojas, que tenían por todo adorno un lienzo de la Vírgen del Cármen colocado en marco de madera tallada por algun carpintero de época colonial y de fama respetable. Sobre la mesa del centro encontrábase un azafate de latón con pocillos de loza y una ponchera de plaqué, todavía con los restos de una bebida preparada con aguardiente, canela y hojas de durazno.

Foncito arrastró una silleta junto á la mesa, sirvió del aparato el resto ya tibio del ponche, y sentado bebió de seguida en un pocillo, limpió sus lábios con un pañuelo de madrás cuidadosamente doblado, que sacó del bolsillo del pantalón, y volvió á guardarlo, y luego apoyando el brazo derecho sobre la mesa se puso á discurrir así.

—Yo no sé qué diablo ha metido la pata torcida en esta casa; desde hace pocos meses huele á infiernillo. Yo no entiendo este modo de pasar la vida entre marido y mujer. *Tate quirquincho!* que cuando yo lleve á la iglesia á mi Ziska, no habrá más voluntad que la suya, porque su carita es de pura gloria, y yo no me haré de rogar para quedarme junto á ella, juntito, muy juntito: ja! ja! ja!

Reía con pleno gusto el mozo, añadiendo ocultas frases que cruzaban por su mente, cuando se oyó una voz de timbre sonora, salida de garganta de mujer, que gritó por repetidas veces.

—Foncito, Foncito.

Era la voz de la señora Asunción Vila, esposa de Cienfuegos, que, en aquel momento, apareció en el dintel de la puerta.

III

Luego que Eulalia reconoció á don Antonio le tendió los brazos con languidez, y, como quien se esfuerza para vencer el narcotismo del sueño, le dijo con cariñoso acento.

—Bribonazo;... ¡tan tarde como llegas!... me has hecho esperar sin tregua.

—Hijita!—contestó don Antonio casi repuesto de su postración moral, y se entabló entre ellos este diálogo:

—Todo está frio, mira el té—dijo ella señalando

sobre el lavatorio una taza cubierta con el platillo, cruzada la cucharilla.

—Eulalia mía ¿qué quieres? estos negocios ¡uff! estos negocios, que tan mal se hermanan con la ventura soñada por dos almas que se aman—repuso el señor López, como apartando de su mente una nueva nube que venía á oscurecer el cielo de su dicha.

—¿Y qué cosa son los negocios? la trama ruda de números con números, el tanto por ciento sumado con otro guarismo que dá rendimiento.

Eulalia desprendida del cuello de Antonio, al decir esto fué arrellenándose en los almohadones.

—Has dado una definición exacta, querida mía, pero la demostración encierra la comodidad del hombre, su felicidad;—contestó él pasándose la mano por la frente, y al tocar el gorro de escritorio que aún llevaba puesto se lo quitó, arrojándolo sobre el mueble inmediato donde se encontraban las prendas de vestir de Eulalia.

—Si en los negocios me fuera mal, ¿dejarías de quererme?

—Nunca, nunca.

—La pobreza, la privación de comodidades ¿disminuiría tu afecto?

—Imposible Antonio, imposible—dijo Eulalia acercando sus lábios á los de Antonio hasta beber su aliento, y preguntó con calor:

—Antonio mío, ¿no es verdad que me amas, que nos amaremos siempre, como dos ramas de palmera que nacen del mismo tronco y juntas se balancean

con la brisa y juntas se secan cuando les falta el rocío de los cielos?

—Mujer! estás fascinadora; te adoro, más aún que el día en que al pié del altar me diste el tesoro de tu cariño, día venturoso en que tú fuiste uncida á mi fatal destino!....

Al pronunciar la última frase don Antonio estaba tembloroso y demudado lo que no pasó inadvertido para Eulalia, que estrechando la mano del señor López, dijo:

—Antonio, querido amigo mío! Tú eres otro en este momento, tú no eres el hombre de anoche. Tu mano tiembla al oprimir la mía, tu mirada huye de mis ojos, y tus besos me han helado como el ósculo de la eterna despedida ¡Ah! ¿qué te pasa? qué te pasa, por Dios?...

El señor López enmudeció ante las palabras de Eulalia y solo pudo esconder el rostro entre las sábanas extendiendo los brazos hácia el cuerpo de su esposa que estrechó fuertemente contra su pecho.

....

Habían trascurrido varias horas, y la Aurora con sus dedos de rosa recogía el manto de la noche para la entrada triunfal del astro rey, monarca de las claridades, dispensador de calórico y de vida.

Don Antonio léjos de serenarse empeoraba en las condiciones de su espíritu, porque la situación que atravezaban sus negocios estaba en pugna abierta con la felicidad apetecida para la mujer que él adoraba.

El reloj dió ocho campanadas y por las ventanas cubiertas con persianas de paisaje asomó el sol radiante en un cielo sin nubes respirándose el dulce aliento de la mañana.

En aquellos momentos se detenía en el patio de la casa de López un ginete que llegaba al paso llano de su cabalgadura, y que echando pié á tierra dió la señal convenida en la campana de la casa.

Don Antonio al escuchar la última vibración saltó de la cama como impelido por una fuerza superior, tomó su ropa, se lavó rápidamente y salió sin desplegar los lábios llevando un volcán de ideas que rebullían en su cerebro.

Eulalia en cuyo corazón batallaban á su vez las dudas más crueles, asió su bata de cachemira con cordones corredizos y envuelta en ella se fué al tocador, muda tambien como la estátua de la meditación.

El recién llegado se apeó del caballo, aseguró el ramal de los riendas en la baticola, pasándolas por encima de la montura, y se dirijió hácia don Antonio que, en aquellos momentos abría la puerta de su escritorio, el mismo que alargó la mano á su amigo diciéndole:

—He hecho mal, Valentín, en dudar de tí.

—Dudar tú de mí? y desde cuando, querido Antonio.

—Qué quieres Valentín? Cuando la rueda de la fortuna se desnivela, el primer tornillo que falta para darle nuevo equilibrio, es el de la confianza;—

dijo el señor López entrando en el cuarto é indicando una poltrona á Cienfuegos, arrastrando otra para sí y, sentándose frente á frente.

—Por lo visto, la bancarrota es segura;—dijo don Valentín ocupando el asiento.

—Completa, irremediable!

—Todo tiene remedio hombre;

—Ayer ha protestado dos libramientos míos la casa de Estaquillas y Compañía.

—La casa de Estaquillas?....

—Sí.

—Por qué suma?

—Dos mil ochocientos soles.

—Y?

—Y hoy, á la hora de abrir el comercio las casas quedarán completamente informadas, y hoy!...

—Tenemos unas horas disponibles,

—Hoy mi quiebra será la noticia de sensación!—dijo don Antonio, con acento frenético, poniéndose de pié y tomando un pliego de papel de sobre el pupitre, que alargó á Valentín.

—Cálmate hombre; ¿qué has pensado, qué piensas hacer para detener la noticia?

—Esta es la liquidación,—dijo López señalando el pliego, sin atender á la pregunta de su amigo.

—Ciento cincuenta mil soles de pasivo?

—No hombre, ese es el capital que representa la casa, vé el balance.

—Ah! sí, sí, cuarenta y dos mil soles;—dijo Cienfuegos leyendo los guarismos rojos, del saldo.

—Sí, cuarenta y dos mil soles!

—Y?

—No tengo más que un camino—dijo López pálido de emoción.

—Cuál?

Don Antonio había avanzado hácia el escritorio, tiró de un botón y sacando un revólver Smith lo tomó ccn manifiesta resolución, y en actitud de amartillar dijo:

—Este.

Cienfuegos que comprendió con la rapidez del pensamiento la intención nacida del sombrío èstado de ánimo de López, detúvole el brazo con fuerza hercúlea arrancándole el arma y diciéndole:

—No seas cobarde Antonio. Luchemos.

En la frente calenturienta de don Antonio López habia tomado posesión, desde la noche anterior, la terrible idea del suicidio, y ante él desfilaban expectros que le hablaban del descanso de la muerte, y en cada guarismo de sus cuentas veía el número de su nicho, y en la cesación de la vida el comienzo de la paz.

IV

La señora Asunción Vila era una mujer de carácter impetuoso, pero modificado por la educación, y dominado por esa fuerza de voluntad rarà en su sexo. Estaba en los treinta y dos años de existencia; conservaba la esbeltez de formas y el atractivo de unos ojos negros, grandes, expresivos que lucían

como centellas entre un bosque de pestañas muy pobladas.

Al casarse con don Valentín, hizo mal matrimonio, según ella, y solo el orgullo de familia y los miramientos sociales á que rendía extricta obediencia, la hacían desistir de un total rompimiento, cien veces intentado en su pensamiento y evaporado otras tantas.

La carencia de descendientes estableció la mayor libertad para Cienfuegos, rendido devoto de las hembras.

Pero dos eran las principales fuentes de las desventuras de este matrimonio. Los celos desmedidos y una devoción llevada al colmo del fanatismo que dominaba á doña Asunción, acibarándole la vida, bien que con la tentadora promesa de la salvación eterna.

Cuando salió del caserío de Palomares don Valentín la señora llamó á Ildefonso, al que amaba con chochera de madre, y le dijo:

—Foncito, hijo mío, ahora te vas á portar como un angelito de mi Señora Purísima. Ensilla la yegua castaña, que sobre ser de ligero andar no está herrada y no mete ruido, y cabalgando como buen ginete que eres, vete de seguida trás de Valentín. Tú sabes lo que deseo saber eh?—terminó con reticencia doña Asunción dando una palmadita en el hombro de Ildefonso con la mano izquierda, mientras que, con la diestra, le alargaba cinco soles blancos y sonoros, agregando por lo bajo.

—No te faltarán compromisos por ahí, picarillo.

—Que á gusto aletea mi corazón mi señora mamita, para servir á usted, yo, sí, me iré como zorro viejo husmeando el camino sin perder el olor de la gallina;—repuso expansivo Ildefonso guardando sus cinco soles en el bolsillo de la chaqueta y salió como una exhalación á cumplir el mandato.

Doña Asunción, entretanto, se sentó en la misma silleta que ántes ocupára el joven y agarrando distraida una cucharilla se puso á dar golpecitos inconscientes en el borde de uno de los pocillos, repitiendo para sí:

—Esa Eulalia! No siendo por ella, como me ha dicho mi padre confesor, yo no me explico todos estos desvelos, y este ir y venir. Necesito saber á punto fijo si este viaje lleva el mismo rumbo, y.... Troya ha de arder! Ya esto no pasa... ¡Hipocritona!... Y todo el cariño que me hace!.... Sin embargo...... no vaya yó á caer en juicio temerario?...

—Buenos dias señora *Asuntita;*—dijo desde la puerta una muchacha como de diez y nueve primaveras, de carrillos encendidos, ojos pardos, ceja arqueada, dientes de leche y trenzas negras que debajo del sombrero de paja de Catacaos colgaban como dos manojos de seda joyante. Vestía un trajecito de olán color cabritilla con ramitos de rosas esparcidos en el campo, y llevaba embozado el pañolón de flecadura.

—Hola, Manuelita, y, cómo la pasas tú?—repuso la señora de Cienfuegos, sin moverse de su asiento,

colocando la cucharilla en la mesa é invitando á sentarse á la recien llegada.

—Bien para servirla mi sea Asuntita, *usté* siempre gorda, siempre buena moza, ya se vé, qué penas tiene,—enumeró con zalamería Manuelita.

—Ay, hija, así te parece á tí, pero....

—Guay, capaz de decir como las indias en el rio hondo caben pedrones;

—Y esa es la verdad purita, Manonga, no hay como los indios para observadores.

—Con que mi señor don Valentín se nos volvió á ausentar?—dijo con malicia la chica.

—Tú lo viste salir?

—Sí, cabalmente salía de la tienda yo cuando él doblaba la esquina al andar de su caballo, habrá ido á Rosalina,? vá con frecuencia.

—Sí, tiene no sé qué negocios con don Antonio, —respondió doña Asunción arreglando las faldas de su vestido aparentando indiferencia.

Pero en el fondo de ese lago de tranquila superficie se enroscaban multitud de sierpes que despertaron á la sola pregunta de Manuelita para morder el corazón de la mujer de Valentín que, demudada violentamente, dijo:

—Tu pregunta no va tan al aire, Manonga ¿Sabes algo de Valentín?

—Cosa que valga; en verdad nó, mi sea Asuntita, pero, como yo *me* la quiero tanto á usted, y la respeto, le contaré lo que oí en Rosalina el domingo, yendo á misa.

—A ver, á ver!

—Mi comadre doña Paulita, *cuidanta* del señor cura, se encontró en la puerta de la iglesia con la Chepa Fernandez, la crespa, que había estrenado mantón de cachemira, y pidiéndole *remojo* por el estreno le dijo: *ajá!* Chepa, tú estás remozando, como lavada con agua de ajonjolí, desde que frecuentan estos barrios los caballeros don Valentín y don Antonio. Entonces ella, torciendo los ojos y soltando la carcajada, respondió:—qué don Valentín ni qué muñecos! no sabe usté ña Paulita que la santa de su altar es la señá Eulalia, mujer de don Antonio?

—Eso dijeron? Y ¿qué repuso la otra?

—Jesús qué corrompido que se está poniendo este pueblo! Ya no hay mujeres honradas desde que han aparecido los herejes masones, dijo la cuidanta del cura.

Doña Asunción estaba acalorada. Su rostro revelaba ese temblor mitad frío mitad febricitante, que se apodera del organismo con las emociones fuertes; pero, alcanzó á dominarse y dijo:

—Manonga, tú vas con frecuencia á Rosalina, nó?

—Sí mi sea Asuntita, todos los domingos madrugo á Rosalina llevando frutas de hueso, mantequillas y guantes de vicuña, que vendo hasta la hora de la misa.

—Y conoces á la señora de López?

—*Guá!* Como á la palma de mis manos señora, y aquí tambien no la he encontrado otras veces.

—Cierto Manonga.

—Cabalmente doña Eulalita me paga el mejor precio por mis efectos, y es buena como una *Ave-María*, y su genio suave como la cuajada.

—Cierto, Manonga; asi es Eulalia. Yo no creo nada de lo que dicen esas mentecatas del barrio; pero,...yo voy á pedirte un servicio Manonga.

—El que usté guste *patronita*, que yo estoy á su mandar.

—Mira: yo te voy á abrir mi corazón: yo quiero desengañarme hasta la pared del frente de que es falso lo que tú misma has oido; porque, hay una persona de por medio, y, porque....en fin, tú lo sabrás mas tarde—dijo la señora Vila con maña.

—Y qué debo hacer.

—Cosa de nada hija, quiero que, en primer lugar, te hagas muy de la casa, empieza tus excursiones desde mañana, ú hoy mismo; pretexto no te ha de faltar,....

—Cabalmente tengo unos rebozos de merino con trama de seda, rebozos de señora, y puedo llevar á ofrecerlos;—interrumpió Manonga.

—Magnífico! Una vez que pises los umbrales de la casa, ya sabes que debes ser toda ojos y toda oídos. Me entiendes?—instruyó y preguntó doña Asunción levantándose del asiento.

—Y para la boca tomo buchada de agua; y todo lo que veo y oigo lo junto y lo traigo aquí como encomienda de panadera ¿nó?—agregó la muchacha riendo con manifiesta confianza.

—Qué pícara eres, Manonguita! pero tú vas á sacarme del purgatorio, y yo no seré mal agradecida—repuso doña Asunción registrando el bolsillo de su vestido, de donde sacó cuatro soles y los alargó á la muchacha diciéndole.

—Mira, Manonguita. Tú no vas á ir á pié, y tú me haces el favor de admitir esto para el forraje del caballito: de otro modo no habrá trato.

—Qué mi sea Asuntita! siempre tan franca—contestó Manonga acariciando las monedas que al pasar de una mano á otra sonaron agradablemente.

V

Prendióse Eulalia al tocado coquetamente, pero, sin darse cuenta de ello casi por la costumbre de las manos, pues, frente al espejo, ni siquiera una vez fijó su atención sobre la imágen reproducida por él; tan preocupada quedó por las raras preguntas de su marido y sobre todo por la estraña manera de impresionarse con las campanadas, juntándose esto al cambio que en él notaba dia á dia.

—Qué tristeza la que siento! No sé qué presagia mi corazón, este corazón leal y constante! Ay Antonio! parece que de tu alma se evapora mi cariño!... Sí;... él no es el mismo; imposible; es imposible que yo lo crea. Cuando un hombre ha saciado la sed de la pasión en los lábios de una mujer, dicen que queda el hastío en su naturaleza mientras que en la mujer, colmado el placer se despierta el

deseo en brazos del amor, uno, solo, infinito! Oh! triste, tristísimo estudio de los novelistas. Pero,.... no, no, eso dirán los novelistas que inventan cuentos, yo no debo de creer así; Antonio,.....imposible!...y sobre todo, si no me ama por pasión, yo haré que me ame por gratitud, y, el amor de todos modos es amor.

Con estas frases mitad pensadas, mitad habladas maquinalmente, Eulalia colocó en sus cabellos un botón de rosa, púsose despues una bata blanca como el pecho del cisne, guarnecida de ricos encajes y cerrada por pequeñas presillas de acero en cuyo remate pende un diminuto lazo de raso aurora. Acepilló su dentadura con polvos de romero, dando á cada diente el esmalte de la perla, perfumó su seno con algunas gotas de esencia de heliotropo, rodeó su cintura con una faja de charol de broche de acero y acercando hácia su cama un reclinatorio con tapíz de pana y talladuras, se arrodilló juntando las manos.

Hermosa mujer.

Su alma parecía trasportada toda ella á los ojos y entregada á Dios en el rayo de sus pupilas.

Quién sabe lo que pidió á Dios en su oración matutina!

Su pecho, urna sagrada del amor santo, sollozó un instante, y por sus lábios resbaló, ténue, como la brisa cargada de perfumes, el nombre de Antonio!...

Encendiéronse sus mejillas con el tinte del gra-

nado, en sus pestañas tembló una gota de rocío que pronto cayó como un diamante cuajado para brillar sobre el pavimento evaporándose despues hácia la región de los misterios; y sus lábios, acercándose el uno al otro cual dos rosas que se besan, murmuraron á media voz Amén.

—Gracias, Dios mio! Cuánto beneficio concedes al que en tí cree y espera—dijo Eulalia poniéndose de pié, colocando el reclinatorio en su sitio y respirando fuertemente como para tomar una bocanada de aire.

Eulalia quedó momentáneamente tranquilizada y fué á tomar una jarra de loza con agua, para regar un tiesto de violetas que tenía en la ventana de su cuarto de costura.

VI

—El suicidio es la huida vergonzosa de la batalla empeñada, Antonio. Recuerda que sería el baldón eterno de doña Eulalia—insistió don Valentín alejándose unos pasos de su amigo.

El señor López al oir el nombre de Eulalia, sintió una oleada de oxígeno en sus venas y repuso—Por ella misma he intentado la huida. Prefiero su escarnio, despues de muerto, á su indiferencia ó su desprecio en mi caida.

—Estás blasfemando de lo más santo. Tú, entonces, no conoces el corazón angelical de tu mujer. Yo la defiendo, yo hablaré por ella, Antonio.

El señor López bajó la mirada, humillado y vencido. En ese instante quedaba definido el problema de la fuerza hipnótica. La impetuosidad del carácter de Cienfuegos avasalló la debilidad moral de don Antonio, y éste quedó sojuzgado, pues, apenas se atrevió á levantar la voz para decir:

—Y qué salvación me ofreces, querido Valentín?

—No creas que, despues de recibir tus cartas, viniese desprevenido. Tardé por traer aquel plan arreglado para el caso en que tú no vaciles más, y quieras salvarte.

—Valentín!

—Serénate Antonio—dijo Cienfuegos dirigiéndose hácia la puerta que cerró por dentro, acercó una silleta para su amigo, tomó otra para sí y sentándose cerca, bien cerca le dijo á media voz.

—Que no nos oiga nadie Antonio, vamos á formalizar totalmente la compañía, seremos cinco; hoy, antes de una hora serán compradas tus letras à la par, y en la caja vacía recibirás el valor de las acciones de los otros socios.

—Valentín esplícate mas claro vas á volverme loco.

—Pues oye—repuso Cienfuegos aparentando calma y llaneza en el proceder, levantando el ala del poncho hácia el hombro y sacando unos papeles del bolsillo—se trata, pues, de una sociedad cuyas bases puedes ver en estos pliegos.

Don Valentín alargó el legajo que López cogió

interesado y desdoblándolo, repasó con avidez el contenido mientras que Cienfuegos daba algunos paseos en la pieza examinando, al soslayo, el semblante de su camarada.

Antonio, luego que terminó la lectura enrolló los papeles, meditó por cortos momentos con el pliego suspendido á la altura de la boca, y rompiendo el silencio dijo:

—La ley lo prohibe, Valentín.

—Por eso te hablo á puerta cerrada.

—Sí, perfectamente, pero...

—Y si comienzas por mostrarte pusilánime, Antonio acabaremos por donde hemos empezado; esto es por la cobardía del suicidio;—contestó Cienfuegos sentándose, estirando ambas piernas y escondiendo las manos en los bolsillos del pantalón.

López guardó silencio avergonzado ante las palabras de Valentín, la sangre afluyó á su rostro y venciendo la tenaz lucha interna que sostenía preguntó.

—Y quienes son nuestros socios?

—Para revelarte los nombres necesito tener tu palabra, y tu firma en el pliego signado con el número 3—dijo don Valentín ya seguro de ser el vencedor en aquella entrevista de la que dependía, más que la salvación de López, su propio porvenir.

Don Antonio volvió á desdoblar los papeles y escojiendo el pliego que llevaba número 3 signado con lápiz rojo repasó las líneas del contenido. En seguida, extendiéndolo sobre el bufete, tomó una

pluma de la bellota, la mojó en el tintero de cristal y firmó con letra clara y pulso firme.

—Valentín, te pertenezco—dijo el señor López colocando la pluma en el escobillón ó limpia plumas, aplicó en seguida el secante sobre la tinta fresca, juntó los pliegos y devolvió el legajo á Cienfuegos.

—No te pesará Antonio. Ahora, siéntate y escucha—dijo don Valentín sacando las manos de los bolsillos, recibiendo el legajo al mismo tiempo que recogía las piernas estiradas, y señalaba el asiento que rato ántes ocupaba el señor López.

VII

Terminado el riego de la planta, Eulalia quedó entretenida en arrancar tal cual hojita seca con la mano derecha, agarrando en la zurda la jarra vacía, y su pensamiento combinaba ideas melancólicas moduladas á media voz, en esos soliloquios frecuentes en las mujeres.

—Las violetas son flores mas agradecidas á los cuidados de su florista; ellas también usan la palabra más hermosa de la flora, porque el perfume es el idioma que entre las plantas emplean. Yo las comprendo á veces, por eso el olor de la ruda y de la malva judía es la palabra áspera del maldiciente, mientras que el olor de la rosa blanca habla el dulcísimo lenguaje de la fe y de la amistad; y la pungente fragancia del azahar dice ¡pla-

cer! la violeta tímida y callada reune en sus petálos la suavidad celestial para decir en secreto......, ¡amor!...

Resonaron algunos pasos y una voz conocidísima para Eulalia y que sin duda ejercía gran poder sobre su sistema nervioso, dijo desde la puerta.

—*Deo gratias!* Y qué remolona andas, hijita, que hasta esta hora no has ido á oir la santa misa.

Eulalia dejó la jarra vacía junto al tiesto de violetas, y pegando un brinquito fué con sencillez de niña á besar la mano que le alargaba el recien llegado, posando en ella sus lábios con demostraciones de respetuosa idolatría.

—Santos dias mi *tataito.* Qué gusto de verlo! Santa Bonifacia me ha hecho este milagro, nó?

—Milagro!—repitió el señor Isidoro Peñas estremeciéndose lijeramente al contacto de los lábios de Eulalia posados sobre su blanca mano, sentándose de lleno en una butaca contigua al macetero y mirando fijamente el bello rostro de la señora de López.

—Sí, pues, tataito. Ya usted parece que no nos quiere y deja pasar dias sin vernos—repuso Eulalia, empleando el plural con la intención de incluir á otra persona, ó tal vez por velar el cargo que ella directamente debía hacer al señor Peñas, atendida la confianza que reinaba entre ambos.

—Nada de eso, tontica, tú eres la olvidadiza, tú que dejas pasar un año sin asomar á la tabla del confesonario tu cara de azucena, y no te me engrías

por la comparación con la azucena, eh?—dijo don Isidoro riendo con disimulo. Y agregó inmediatamente.

—Ustedes las mujeres acostumbran entender las cosas siempre torcidas.

Eulalia había teñido sus mejillas con lo más rojo de la cereza, y bajando los ojos repuso con timidez.

—De veras, tataito, que desde que me casé estoy alejada de la tabla; pero ahí volveré.

—Nada, yo no acepto eso de ahí volveré; yo soy ahora el padre que manda á su hijita, y la digo que vaya hoy, que necesito hablarla con urgencia, que la ordeno,—precisó el padre Isidoro.

—Hoy? cómo, tataito! ¿qué dia es hoy?....—preguntó Eulalia turbada y como quien se excusa.

—Jueves, dia de la Visitación. Qué? hasta los dias de guarda te ha hecho olvidar el señor marido?—dijo el señor Peñas. Y cambiando de tono para dar á su voz el acento de la seriedad, necesario en situaciones dadas, precisó el caso con estas palabras.

—Eulalita, ya no te ordeno, te suplico que vayas hoy. Tengo que hablarte de un asunto que solo en la reja podemos tratar, y te espero á las tres de la tarde.

—Y Antonio, qué dirá Antonio?

—Tontonaza! Es precisamente porque algo grave pasa cerca de tí, que vengo, y, para las cosas de conciencia no tienes porque consultarle, diga lo que diga; te espero á las tres y santas pascuas;—termi-

nó el cura Peñas poniéndose de pié, alargando la mano á Eulalia que volvió á besarla y él á estremecerse.

Y se perdió por el portón de vidrios la silueta del cura Isidoro Peñas alto, huesudo, nervioso, con su frente despejada, sus ojos claros y expresivos brillando entre pronunciada ojera, sus lábios voluptuosos con el color de los guindos de Urubamba, sombreados por el bozo de abundante patilla y bigote, combatidos en su desarrollo por la navaja del barbero, como estaban combatidas sus pasiones por la santidad de las apariencias.

Eulalia quedó abismada en reflexiones, atando los hilos de los sucesos íntimos de su casa, y sin esfuerzo de su parte agolpáronse tambien á su recuerdo las escenas dulces de su noche nupcial, en que, tímida niña aún, fué estrechada por los brazos de Antonio como la rosa de Jericó envuelta por los rayos de la luna; noche inolvidable en que él sació su amor diciéndola al oído en el colmo de la dicha «esposa mia, eternamente mia, nadie entre los dos,» y en que ella entre suspiros de castas caricias también repitió—eternamente tuya!....nadie entre los dos!...

—Iré otra vez al confesonario contrariando la voluntad de Antonio? Me quedaré en el hogar?—preguntábase en distintas formas la mujer de López en quien la índole tenía que prevalecer al través de todas las imposiciones de la educación de su época y de las inclinaciones de su corazón sensible, aleccionado en la obediencia.

VIII

Foncito hizo una milla de la ruta al trote de la yegua, pero traidor á la consigna de doña Asunción y leal á los compromisos de su corazón joven y enamorado, se detuvo en un paraje de caserío rodeado de sauces y álamos, con su palomar de barro, su yunta de bueyes rumiando en el corral el pasto de la noche, su gallo ajiseco pavoneándose entre cuatro gallinas guineas, castizas de raza, y su perro chusco acostado, largo á largo, en la puerta principal.

—*Mamay!* que me llevo la casa!—gritó él desde afuera.

Púsose de pié el perro meneando la cola, abriendo los ojos y estirando cuerpo y hocico en ademán de desperezarse; y una voz dulce, fresca, nutrida por buenos pulmones contestó desde el interior.

—Adentro el ginete buen mozo y afuera el jaco tardón.

Ildefonso se apeó con agilidad, correspondió con palmadas los cariños del perro chusco llamándolo *Willacuy*, y fué á abrazar á una linda muchacha de quince abriles justos, robusta, alegre y decidora que vestía el popular percal, con su pañuelito de seda azúl cruzado al pecho, en cuyo remate pendía un racimito de la menudilla flor de la tara.

—Ziska mía!

—Foncico!

Se dijeron unidos en abrazo, pecho á pecho, y luego ella separando los brazos nervudos del mozo y aparentando resentimiento;

—Nó; nó, y nó;—dijo—tú te estás volviendo como los subprefectos de esta tierra, que quieren todo al fiado y nunca empeñan el corazón. Estoy de malas contigo.

—Cómo, mi paloma!—repuso él tomando la mano de Ziska y cubriéndola de besos—yo que te adoro, que te amo como á mi rayo de sol, yo que, en cuanto junte trescientos soles y haga terno nuevo, he de llevarte al altar, coronada de claveles para que me envidien todos; yo tu negro, tu esclavo, ser ingrato para contigo?

—Bueno; nada de lo dicho, hacemos las paces y que viva Santa Casaca!—contestó la muchacha y ambos se sentaron sobre un tronco añoso que servía de asiento á la entrada de la casa comenzando luego el siguiente interrogatorio iniciado por ella.

—Que has hecho en estos ocho diás?

—Pensar en tí y juntar plata.

—Oh! A qué no has soñado lo que yo soñé?

—A ver, á ver ¿qué soñaste?

—Soñé... ¿quieres que te diga?..... No te digo.....

—Me ocultas tus sueños y dices que me amas? no *cholula*, eso no es amor de cristiano, eso es traición de corazón negro...

—Calla, Jesús, ni más vuelvas á decir eso;—interrumpió Ziska tapando la boca de Ildefonso con la palma de la mano izquierda, mientras que la de-

recha encarrujaba una punta del pañuelo prendido al pecho.

Ildefonso besó aquella palma con un beso estrepitoso, y Ziska continuó.

—Soñé que nos habiamos casado, que toda la campiña asistió á nuestras bodas, que de nuestro árbol nupcial colgaban muchos soles de plata y muchas roscas de pan, y despues...ja! jay!—dijo riendo á carcajada la muchacha.

—Y despues que te llevé al nido de saucos y sauce real cortado por mis manos?—preguntó Ildefonso, ébrio de orgullo al escuchar la relación de su novia.

—Ni por pienso ¡qué! *catay* que ni por pienso—repitió Ziska.

—Y de ese sueño te excusabas, tontica?—dijo Ildefonso pasando su brazo derecho por la cintura de Ziska y tomándole la mano con la zurda.

Ella se hizo la desentendida, bajó la mirada volvió á encarrujar la punta del pañuelo con la mano que tenía libre y dijo:

—Si no es todo.

—Pues entonces, habla Ziska, habla amor;—exigió el mozo oprimiendo la cintura de la chica.

—Y qué no? pues, soñé que nos nació un hijo igualito á tí; que lo envolvimos en gasas traídas por tí de la feria de *Vilque*, que lo bautizamos en la parroquia de Rosalina con cruz alta, salero de plata y música de tambores, que su padrino fué don Antonio López y que, bailamos como en carnavales; jay!...—terminó ella riendo otra vez.

Ildefonso al oir el nombre de don Antonio recordó la comisión que llevaba, olvidada por completo en la tela del amor, pero encantado por la sencilla, infantil narración de su novia. despertado en sus sentidos por el fluido magnético que le comunicaba aquella cintura oprimida por su brazo, aquella mano pequeña un tanto áspera asída por su mano y las palabras de inocente confianza que sonaron en su oído cual música celestial; se resbaló instintivamente del banco, quedando de rodillas á los piés de la muchacha y, fijando sus negros ojos reverberantes en los ojos castaños y apacibles de ella, la dijo con pasión.

—Tú has soñado lo que sucederá dentro de poco Ziska mía, tú eres mía, no es verdad?

—Que venga Santo Tomás y que lo niegue.

—Pues Ziska, yo exijo de tí hoy una prenda, será nuestro cambio de esponsales, será el eterno sello de nuestro amor; pero no me digas que no; prefiero la muerte!

Y oprimió, nervioso, el talle y la mano de su prometida.

—Y qué.

—Déjame robarles una cereza de amor á tus lábios, Ziska, con los lábios se jura amor, con los lábios se dá el dulce sí en el altar, y en los lábios guarda la bruja de los misterios toda la miel de la felicidad recogida en primavera!...Ziska un beso!...

Ildefonso tenía la barba levantada, los ojos fijos en la rozagante cara de la muchacha, y la mirada

empapada en el beleño de la ternura de palomas que produce solo el amor verdadero, casto, respetuoso, lleno de sacrificios, rico de esperanzas.

En el corazón de Ziska comenzaron á levantarse oleajes desconocidos para ella como el burbujar de la sangre movida por una corriente eléctrica y mezclada á intervalos por globulillos de hielo.

El calor desprendido de los lábios de Ildefonso en una respiración fuerte ejercía sobre los lábios de Ziska el poder hipnótico, irresistible, de las corrientes que nacen con igual dirección; y ella, como el flexible tallo que se dobla al peso del fruto en sazón, dejó caer su rostro sobre el rostro del joven y sus almas se confundieron en la primera cita dada por la Edad en los encantados vergeles del amor.

Y una sola corriente estremeció aquellos dos corazones con el aura de ámbares, y una sola gota de rocío bebieron las dos flores del valle en la cincelada copa de rubí y nácar que encierra el néctar de la vida para los que bendicen el amor.

Francisca!

Ildefonso!

IX

El dominio que alcanzan en la vida los corazones perversos sobre el alma delicada de un hombre postrado en la desgracia, decididamente que es aterrador, porque éste, convirtiéndose en máquina inconsciente, obedece solo al motor que le impulsa, como la rueda hidráulica al peso del agua que le cáe.

Don Valentín triunfó sobre el espíritu enfermo de don Antonio López, y esta vez tenía que suceder la trasgresión aquella de los seres que se arrastran primero como reptiles para alzarse despues como tiranos.

Por eso Cienfuegos midió todos los ángulos del edificio moral durante largos meses y calculó que, en el momento preciso, todo el peso debía caer sobre el amigo al que, vendiéndole una salvación aparente y momentánea, solo le convertía en editor responsable para un caso de caida.

Por fortuna López estaba dotado de buena índole y ésta debía actuar en las situaciones solemnes de su porvenir.

No es oportuno adelantar sucesos.

Entremos de nuevo al escritorio donde quedaron don Valentín y don Antonio.

Cienfuegos se sentó en la butaca y, procurando sostener toda la confianza del señor López, le dijo.

—Al fin, amigo mio, al fin te has convencido. Aquí viene bien el refrán de la gota cava la piedra, ó si quieres el otro dádivas quebrantan peñas; pero, te repito que no te pesará. En dos años de trabajos bien llevados tendrémos todos nosotros con qué abandonar la estéril, triste vida de provincia, para trasladarnos á Lima, á esa llama de placer en cuyo torno revolotean las mariposas de la dicha, donde dicen que hay mujeres como sirenas, cocheros como caballeros, y caballeros como cocheros, donde se alza la gran mitra del Arzobispo, donde se reunen

los Congresos y se reparten los empleos de la Nación; donde existen Clubs y Lógias ¡cáspita! que sé yo qué más.

—Esa es la parte fantástica de los sueños del porvenir, Valentín; pero ahora debemos concretarnos á la realidad de la situación,—objetó el señor López con seriedad tomando un pedacito de papel de sobre el pupitre y encarrujándolo entre las manos.

—Ya lo sé sin que me notifique el escribano, buen amigo mío; pero, como nadie nos apura, y el dia es nuestro...—repuso Cienfuegos con calma estirando las piernas.

—Te equivocas Valentín. A mí me urge restablecer el crédito sin pérdida de mas tiempo. Esa casa de Estaquillas....

—Ya, ya—interrumpió don Valentín poniéndose de pié. Sacó en seguida del bolsillo un manojo de papeles cuyos sobrescritos revisó atentamente hasta encontrar uno que tenía la anotación de S/. 20,000 (depósito), el mismo que entregó á don Antonio después de escribir y firmar en él la frase *á la órden del portador.*

—Estos fondos ingresan á la caja común, cuenta Minas, no es verdad?

—Sí.

—Y ahora Estaquillas y Compañía volverán á ofrecerte su saludo de atención y las *muestras* de preferencia para los pedidos colmarán tu capricho en los mostradores;—dijo riendo con sorna, don Valentín.

El señor López estaba profundamente abstraido por una idea. Arrojó léjos la pelotilla de papel que estrujaba maquinalmente entre los dedos, recibió el documento sobre cuya página repasó la vista sin desplegar los lábios, volvió á doblarlo y lo guardó en el bolsillo.

La alegría que en otra persona hubiese producido el cambio tan repentino y favorable, de una situación financiera precursora de la muerte, en don Antonio López no produjo más que la seriedad de las situaciones solemnes.

Cualquiera al ver la actitud y el semblante de don Antonio López en aquellos momentos, habría creido que ese papel que guardaba era su sentencia de muerte, y penetrando en el arcano de su pensamiento habría visto que desfilaban unos trás otros los nombres y apellidos de las personas cuyas firmas aparecían en los documentos de Cienfuegos, lista á la que él acababa de agregar su nombre estampando la firma que hasta esa fecha importaba tanto como la honorabilidad y el trabajo.

¿Podría dar un paso atrás? Imposible!

Ese paso significaba para don Antonio López la tumba ó el deshonor!

—Hombre! que te elevas á la quinta potencia!—dijo don Valentín, dando una palmada suave en el hombro derecho del señor López.



—Qué quieres Valentín?—repuso fingiendo sonrisa—Paréceme que estoy todavía bajo la influencia de una pesadilla.

—Bueno, pues, despierta, y...manos á la obra—dijo Cienfuegos frotándose las manos con entusiasmo.

—La primera diligencia se reduce al personal, no?

—Clarinete! Desde que lo primordial es el sigilo, hay que alejar de la vecindad cuanto estorbe, y..... aquí viene tu sacrificio magno.

—Para mí?

—Para tí solito puesto que será necesario inventar un viaje cualquiera para doña Eulalia.

—Por cuánto tiempo calculas?

—Por lo ménos durante los diez primeros dias.

—Eso, sí, podré conseguir que vaya á hacer una visita á su mamá.

—A tu suegra.

—Sí, á mi señora suegra.

—Te ofrezco mi casa tambien, y, creo que esto sería lo más prudente porque así Asunción quedará satisfecha por su parte.

—Apruebo tu idea. ¿Es celosa doña Asunción?

—Como un gato.

—Pues, yo procuraré arreglar el viaje, y por tu parte anúnciale de antemano á la señora, que Eulalia irá á verla.

Se dejaron oir cuatro campanadas, y López dijo:

—Llaman á almorzar. Supongo que no te irás en ayunas.

—Ni aunque me despidas, y ahora deseo saludar á tu Eulalia cuyas benévolas miradas necesita-

ré en adelante, puesto que me verá con más frecuencia en la casa;—observó Cienfuegos sacándose el poncho mientras el señor López abría la puerta cerrada rato ántes por Valentín, y dictaba algunas órdenes para la cotización de sus libramientos y el aviso á Estaquillas y Compañía.

X

Cuando Manonga salió de la casa de doña Asunción, ésta quedó entregada á la terrible lucha de la duda aguijoneada por los celos.

Los celos son los *diablos azules* del alma.

El celoso vé, oye y palpa los mismos fantasmas que crea el cerebro trastornado por el inmoderado uso del alcohol.

—Tontonaza yo que no me he llevado de las prudentes advertencias de mi director! Sí, ella la hipocritona es la única que tiene la culpa de la vida que paso. Sobre ella caigan las lágrimas que derramō diariamente á los piés de mi señora Santa Rita, ah!...repetía doña Asunción.

Entretanto Manonga llegó á su casa contenta como una chiquilla con sus cuatro soles de plata, y dispuso lo conveniente para el viaje á Rosalina, cuidando de asegurar los rebozos de merino y de vicuña que ofrecería en venta á Eulalia, como un pretexto para entrar en charla íntima.

—Qué caballo ni qué tordilla que sea menester! De aquí á la villa es un pasito que bien puedo ha-

cer en la mulita de mi padre San Francisco, y echo mis cuatro soles á la bolsa de paño,—se decía Manonga atando en una manta chica los rebozos, y echando el bulto á la espalda tomó la rueca preparada con vellones de cordero, y emprendió la marcha en la misma dirección que rato ántes tomara Ildefonso, y casualmente en comisión complementaria de la que llevó aquel.

Por el camino pedregoso y quebrado, Manonga fué cantando al compás de las vueltas de su rueca:

Dicen que los celos matan
Los celos no matan, nó,
Que si los celos mataran
Ya estuviera muerta yó.

Anda que anda, ¿quién había de decir que Manonga con su menudito paso se fuese tragando cuadras sobre cuadras hasta llegar á la puerta de Ziska, á la que su novio requería de amores?

Ziska y Manonga eran amigas; así que al hallarse en la puerta resolvió entrar, y como lo primero que distinguió fué la yegua castaña de Ildefonso, gritó.

—Pesqué, pesqué al mochuelo en el olivo, caray! Y cómo no pierde ocasión!

—Buena laya de ronda, y si te sale orzuelo por lo que has visto, mía no será la culpa, Manonguiña, —repuso Ziska colorada como la flor de granado.

—Ni mia tampoco, que quien cuida lo suyo á nadie pide prestado;—dijo á su vez Ildefonso.

Y los abrazos cordiales se cambiaron entre los tres, estableciéndose conversación animada.

—A qué te digo lo que hacías;—dijo Manonga dirigiéndose á Ildefonso.

—A qué adivino á donde vas;—respondió listo el mozo, mientras Ziska, empeñada en ofrecer asiento á la huesped amiga, sacaba un banquito de madera, mesa en miniatura, con el tablero lleno de rayas hechas con la punta de una segadera.

—Eso es claro, catay, que si yo te encuentro en el camino de Calca no he de decir que vas á la feria de Tongazuca;—replicó riendo la moza.

—Descansa, Manuna, que sentada platicarás á gusto, mientras yo traigo un *potito* para refrescar la garganta—dijo Ziska convidando el asiento á su amiga.

Y haciendo una mueca coquetona á Foncito, se dirijió al interior de la casa.

—Dios te pague, *Panchula*, porque das posada al peregrino, y te dé mas hijos que á la perdiz vivaracha;—contestó Manuela sentándose. A lo que agregó Foncito.

—Y que tú encuentres un cacique de leva ancha y jaco brioso.

—Jajay! Fulullo!—dijo riendo Manonga. Y despues, tomando una actitud de misterio, preguntó á media voz.

—Vas á Rosalina en comisión de la niña, no?

—Y á tí qué...!

—No te molestes Foncito, yo quiero que seamos compañeros de marcha y de empresa. Ya te contaré todo.

—Si asi viene la fiesta otra será la procesión y...

—Poco á poco, Foncito.

—Cierto Manuca que con paciencia se desata la madeja.

—Catay que me hace gracia la buena de la señora Asunción con estos celos del tamaño del campanario, cuando ella es la que dá lugar á todo.

—¿Cómo?

—Clarito, claritito. Si tú te desposas con tu Ziska, y ella en vez de estar en tu casa dando *phiroy, phiroy* á la rueca, y atizando la candela para el chupe de *muñas*, mientras tú trabajas en el campo cabalgado en tu lomillo, se vá á la iglesia, y allí está mira que mira la cara de mi tata cura; y cuando tú llegas á tu casa encuentras frío el fogón, frío el nido que ha de calentarte, seco el poto que saciará tu sed...

—Caray Manonga, que estás recitando como una cartilla; y yo digo que tal cosa no aguanto, y que mi Ziska para mí ha de ser, y si tal cosa sucediera, me voy á donde el tata cura y me arremango los puños y, acatando respetos, le digo: señor, sí señor, es suya ó es mia esa chica?—interrumpió Ildefonso moviendo el pié izquierdo y levantando las manos.

—Qué ustedes se van á matar?—dijo Ziska apareciendo con un poto lleno de chicha de cebada, amarilla como el oro y espumosa como el mar.

—No paloma, que aquí nadie muere sino yo que estoy muerto de amores,—respondió Ildefonso po-

niéndose de pié, recibiendo el poto de manos de la muchacha y pasando á Manonga que lo tomó con ambas manos.

—Yo le sacaré el veneno—dijo y apuró buenos tragos pasándolo en seguida á Ziska que bebió despues de brindar con el ademán á Ildefonso.

—A la buena salud de ustedes dos;—dijo éste, á su vez, haciendo una vénia, tomando el poto y empinándolo hasta dejarlo seco.

—Jesús, y qué sed la del mozo! parece chacra asoleada;—dijo Manonga en tono de broma.

—Es por hacerle gasto á mi princesa.

—Y con ello me dan ganas para sacudir la botija y bajar el pendón;—contestó alegre Ziska.

—Pero á todo esto el sol se nos viene encima, Ildefonso, y no hemos quedado ni en el peso ni en los ocho reales;—dijo Manonga.

—Bueno, sí, yo voy á la villa á ver si don Valentín está en casa del señor López.

—Yo voy á casa de la señora Eulalia á saber por qué está allí don Valentín.

—Manonguilla yo te propongo una transacción—dijo riendo con malicia el mozo.

—Y...?

—Te vas sola á la villa en la castañita, y yo me quedo esperando tus noticias, que para una sola averiguación mucha gente somos dos.

—Eso quisieras tú; pero, el dia de *Corpus*...—replicó Manuelita dando un codazo á Ziska que se había quedado en actitud de escuchar.

—Será mejor que sude la yegua, para lo que falta;—propuso Ziska deseosa de prestar un servicio á su amiga.

—Eso sí acepto, pero que se quede él despachándome como al correo de dos pestañas amarradas, no es justo, Ziska, ó qué dices?

Ziska miró sonriendo á Ildefonso, y éste respondió guiñando el ojo á su novia.

—Bueno, yo á todo me allano, si dá su permiso la dueño de la casa.

—Trato hecho y hasta mas ver;—dijo Manonga poniéndose de pié en disposición de marcharse.

Ildefonso corrió entonces hácia la yegua, acomodó el pellón extendido hasta el anca, y preguntó.

—¿Quieres adelante, ó quieres atrás?

—Ella que vaya en la silla;—ordenó Ziska.

—Sí, en la silla tú—dijo Ildefonso disponiéndose á suspender á Manonga sobre la cabalgadura.

—No hay necesidad de que tú sueltes tus fuerzas ¿para qué? Yo puedo subir desde esta piedra;—observó ella al mozo que acercó la yegua á la piedra señalada y Manonga cabalgó con agilidad.

Ziska le arregló los vestidos, envolviéndola los piés con el vuelo de la pollera y dijo:

—Aguarden pues un momento, que hemos de tomar el *anda vete;*—y fué corriendo hácia el interior de la casa con el poto vacío que rato ántes pusiera sobre el banco de madera.

XI

Una gota de duda vertida en el corazón amante de la mujer es como la polilla que se aposenta en el guardado tronco. Pronto se posesiona de él y carcome las fibras más delicadas echando por tierra el más sólido edificio.

Si las observaciones de Eulalia la llevaron á la cavilación, las palabras del cura Peñas vertieron terrible veneno en aquella alma que principió por cavilar y acabó por la duda, madre legítima de los celos.

La impaciencia devoraba ya el sistema nervioso de la señora de López ante la espera de las tres, hora de la cita del cura, y cuando vió á su esposo en compañía de don Valentín Cienfuegos, se dijo:

—No debo ser imprudente, disimularé, les haré ver que nada temo, que nada sé, porque ese Valentín, indudablemente, es el partícipe de los secretos de mi Antonio desde el día en que él los calla para mí. Sí, calla, lo sé, lo adivino, Antonio no es ya el mismo de ántes para mí!...

—Buenos días señora Eulalia;—dijo Cienfuegos llegando.

—Hola, don Valentín! y qué tal mi Asunción?

—Vejetando, señora, vejetando la pobre.

—Hombre no la desopines así; yo hablaré por ella—dijo López haciendo hincapié en la frase, para recordar á don Valentín sus palabras en defensa de Eulalia.

—Todos vejetamos, y ¿qué hay en ello?

—Simplemente que á nosotros no nos gusta la sentencia;—observó Eulalia, y agregó—Yo no sabía que usted nos acompañaría á hacer penitencia; pero, voy á pedirles permiso de cinco minutos para preparar yo misma una tortilla de espárragos, y entretanto, Antonio, sirve una copita de cualquier cosa;— dijo la señora de López con estudiada amabilidad dirijiéndose á su marido y saliendo precipitada.

—No seré mal comisionado. ¿Qué deseas Valentín?—preguntó á su vez López.

—Si la licorera no está seca de *naranjete*, gustaría un trago de él,—repuso Cienfuegos abotonándose el saco.

—Supongo que no esté seca;—dijo Antonio levantando una botella de cristal de Bohemia, con dos dedos de un líquido color topacio que vertió en dos pequeñas copas, y alcanzando una á su amigo, que observó.

—Este es un cortante de buen filo para la bilis;...á tu salud.

—A la tuya,—repuso Antonio apurando tambien el contenido de su copa, escupiendo el rezago y limpiándose los bigotes con un fino pañuelo de seda carmesí, mientras que Cienfuegos tomaba una servilleta de la mesa para enjugarse los lábios; y en seguida dijo.

—Qué feliz eres con tu mujercita, Antonio.

—Sí. lo soy, querido Valentín. No todo es truenos en la vida. Bendigo á Dios porque, en medio

de las tempestades de la existencia, ha puesto junto á mí á ese ángel con faldas y blondas, como luz que alumbre las tinieblas del camino.

—Qué diferencia de mi casa!—dijo don Valentín ahogando un suspiro.

—Y qué?

—Ay Antonio! Mi mujer es la verdadera hidra que se baña todos los días en agua bendita, y en mi casa no hay órden de ningun género. La iglesia es el lugar donde mora todo el santo día, y yo, acaso el último de quien se acuerda. Soy un desgraciado en mi hogar, soy un bárbaro, Antonio porque un día de desesperación he puesto hasta las manos ¿podrás creerlo? hasta las manos en la mujer á quien me vinculé....no sabré decirte fijamente si por pasión ó por entusiasmo.

Al terminar estas palabras don Valentín Cienfuegos, estaba transformado, sus pómulos habían tomado el tinte aceituno que las grandes emociones dan á la raza indígena, y sus pupilas brillaban con una luz fosforescente, peculiar á las fieras en acecho de su presa.

Don Antonio López tambien estaba conmovido, y ancioso de apaciguar el ánimo del amigo que horas antes lo salvó de la terrible crísis financiera, le dijo con suave acento.

—No desesperes, Valentín, desgracias que vienen de esa manía de la mujer, hija exclusiva de la ignorancia y la desocupación en que vive; tienen, por dicha un remedio salvador.

—Cuál, cuál?

—Apártala afectuosamente de la manía del rezo, para que vaya á la casa de Dios solo en las horas precisas; inspírala el amor al cumplimiento del deber como la suprema ley de la humanidad; haz de su corazón libro abierto donde no haya secretos.

—Imposible! ya es tarde—repuso don Valentín moviendo la cabeza; y sus palabras mordieron como una víbora el corazón de don Antonio; porque le recordaron que, desde pocos meses atrás, él ocultaba á su Eulalia los secretos pesares de su alma y que, desde ese día mismo existía un terrible secreto entre los dos, el del documento rubricado horas ántes.

Reinó el más profundo silencio entre los dos amigos que, de pié, trataban de dar algunos paseos en la habitación, cuando Eulalia se presentó con los carrillos encendidos al calor del fogón, frotándose las manos humedecidas con *Agua de la Banda*, para disipar el olor de la pimienta y especías que empleó en la confección de la tortilla de espárragos.

—Este es tu asiento, Valentín,—dijo el señor López señalando la derecha.

—Usted disimulará, señor Cienfuegos,—observó Eulalia.

—Suprima usted las fórmulas, señora.

—Aquí siempre hay buena voluntad.

Dijeron alternativamente mientras llegaban los sirvientes con un caldo bien suculento de cordero

con arroz, garbanzos y berracas, cuyo olor era capaz de abrir el apetito de un dispéptico.

Eulalia guardó despues prudente silencio observando lás menores impresiones en el semblante de su esposo, cuyos grandes ojos estaban rodeados por un círculo azulino, y en cuya frente parecía extenderse la nube del insomnio y de la meditación trabajosa.

Don Antonio López se esforzaba por su parte para disimular, pero no podía esconder del todo las impresiones de su espíritu á la doble vista de la mujer que le amaba con toda el alma y que, en aquellas horas, se sentía atacada de los primeros síntomas de la más cruel de las enfermedades: los celos.

XII

Para el curso ordenado de esta historia, necesitamos determinar el estado de ánimo del cura don Isidoro Peñas cuando optó por el medio de ir á la casa de Eulalia á comprometerla, personalmente, á una entrevista escudada por las tablas del confesonario.

Había velado íntegra la noche anterior, revolviendo su cuerpo de un lado á otro en las sábanas de hilo, perfectamente aplanchadas, que para su sistema nervioso sublevado reemplazaban en aquellas interminables horas á las quemantes parrillas en que fué acostado Lorenzo, el sublíme mártir de su fe.

—Mujer fascinadora! Yo, empero, tengo en mis manos el poder que ninguno alcanzó en la tierra. Yo te venceré, yo terminaré por triunfar de tí...... Qué mucho que yo gane la partida......? Su cuello ebúrneo, sus carnes rosadas trasparentando sangre caliente, ese vino generoso que *aquel* beberá en los lábios de ella!... En estos mismos momentos, acaso, reclinado en sus torneados brazos apura él mi cáliz...nó!...el cáliz de ambrosía, el cáliz del placer!...

Todo esto repetía delirante el cura Peñas sobre las ascuas de sus sábanas, y huyeron las tinieblas de la noche ante la llegada del primer rayo de luz, y él alzó sus ropas con manifiesto desenfado mascujando frases entrecortadas, y despues agarró el libro de rezo y lo abrió y volvió á cerrarlo por repetidas veces.

Unas cuantas palabras que el dia ántes le dijo en secreto la cocinera de la casa del señor López zumbaban en su oído como un moscardón eléctrico sacudiendo todo su organismo.

—En vano, en vano intentaría sujetar á este diablillo que brinca en la fantasía;—se dijo moviendo la cabeza, y todavía abrió de nuevo el volúmen por la página 214, entre cuyos renglones estaba escrito *Venid á mí los que sois mansos y humildes de corazón,* sublíme y divino llamamiento en que la calenturienta fantasía del cura no alcanzó á fijarse, cerrando el libro definitivamente, colocándolo sobre la mesa del velador, y arreglando con un peine de marfil sus cabellos en desórden.

--No hay plazo que no se cumpla; hoy se cumplió el mio. El de ella, el de los dos, ¿qué? el plazo de los tres!... Las revelaciones de Juana la cocinera son terminantes!... Necesito calma, necesito tranquilidad. Ah! la superficie del lago es mansa y trasparente; no importa, no, el cieno de su fondo. Humanidad! humanidad!—decía el señor Peñas terminando su esmerada compostura. Y despues tomó su sombrero negro de fieltro, le dió unas cuantas sacudidas con un pañuelo de seda morado que sacó del bolsillo de la sotana, en donde volvió á guardarlo, cubrió su cabeza y salió con paso grave, estudiado, casi midiendo la distancia entre un pié y otro pié.

La cocinera Juana de la casa de don Antonio López era hija de confesión del señor cura Peñas, y por consiguiente el termómetro que fué marcando por grados el estado de la felicidad reinante entre los esposos López.

—Taitito, comen como dos palomas, ella no piensa mas que en el señor, el señor vive solo para la señora;—eran las frases que cada ocho dias repetía Juana al oído del confesor, pero, llegó momento en que aquellas noticias monótonas para ella y matadoras para el señor Peñas se trocasen por estas:

—Taitito ya no son palomas. El señor se encierra solo con frecuencia; la señora derrama lágrimas á escondidas, y una nube negra está rodeando la casa.

—¡Esta es mi hora!—se dijo el cura Peñas en el momento de esa revelación. Y aquella noche huyó el sueño de los párpados del señor Peñas; y

un volcán ardió en su pecho, y la sangre afluyó á sus sienes, y el corazón aumentó sus pulsaciones al oleaje de la tempestad que llegaba.

Y la tempestad estalló por grados formidable é irresistible.

El cura Peñas amaba con verdadera pasión á Eulalia cuya infancia había velado viéndola crecer en edad y en hermosura, á la par que había presenciado el desarrollo de su corazón de mujer en miniatura, pues él escuchó su primera confesión con pecados de muñecas, y vió el delicado capullo tornarse botón, y luego flor cuyos perfumes fueron para otro!

El día en que la muchacha le dijo:

—Padre le amo más que á mi madre, más que á mis hermanas, más que á todo,—un dardo atravesó el corazón del señor Peñas, y sin poderse contener preguntó.

-Más que á mí tambien?

La muchacha retorció sus manos entre las tablillas del confesonario, cerró los ojos y cerró los lábios.

—Callas, lo sé; Eulalia, hija mia, yo quiero que seas feliz, si él es digno de tí, yo no me opongo; pero me prometes una cosa?

—La que usted quiera señor.

—Todos los impulsos de tu corazón, lo que tú sientas, lo que tú hagas, lo que hagan los dos; todo tengo que saberlo, yo primero que nadie, y tú dirás solo aquello que yo te permita?

—Sí, señor.

Y la víspera de las nupcias, Eulalia volvía á renovar la promesa, y fué instruida de los secretos que debieran descubrirse entre los brazos del esposo, y el cura Peñas al terminar dijo retorciendo sus manos debajo de su hábito.

—En esos dias, Eulalia, acuérdate de mí!

Y una sombra veló la frente del sacerdote, y una venda cayó á medias de los ojos virginales de la niña.

Cuando Eulalia llegó al altar de Dios y fué conducida despues al otro altar de flores preparado por la delicada mano del amor, fué sin reserva la casta desposada de López y emocionada traicionó el secreto que se impuso.

Y López ébrio de amor, arrancó la promesa solemne recogiendo en sus mismos lábios las palabras.

—Eternamente tuya, nadie entre los dos!

Ah! todas las escenas de la infancia, y de la juventud, y del desposorio de Eulalia coronada de azahares y ceñida de perlas, pasaron con precisión fotográfica por la calenturienta cabeza del señor Isidoro Peñas, la noche anterior á la mañana en que le vimos llegar al retrete de la señora de López y sentarse junto al tiesto de violetas.

XIII

Ziska regresó ligera como un gamo y alcanzó á Manonga el poto.

Ella lo agarró con ambas manos mientras que Il-

defonso sujetaba por precaución las riendas del animal.

—Con esta sed, *ni más* que habré de necesitar hasta la noche; á tu buena salud Ziska—dijo Manuelita y bebió.

—Que sea de buen provecho.

—Ahora brindemos á Foncito que va 'de *diputao* á la villa;—observó Manonga riendo y devolviendo el poto á lo que el mozo repuso.

—Y tú de qué vás embrollona?

—Chist, que los amigos no se arañen;—interrumpió Ziska, obligando á beber á Ildefonso, y despues bebió ella.

Ildefonso para despedirse abrazó á su novia diciéndola al oído.

—Una cosita he pensado y voy á ejecutarla.... prontito he de llevarte donde el cura.

Ziska sonrió con malicia y su novio cabalgó de un brinco en ancas de la yegua, tomándose por broma de la punta que formaba el pequeño atado de rebozos de Manonga y dando talonazos á los hijares de la cabalgadura.

Manonga torció las riendas y dijo.

—Adios, Ziska; saluda á tu máma cuando regrese.

—Paloma hasta pronto—agregó Ildefonso.

—Adios, hasta más ver;—contestó la muchacha despidiéndolos con la diestra, y colocando el poto vacío sobre el banco donde también se sentó algún rato para ver la partida de sus amigos.

—¡Zas! que me voy para acá ¡Zas! que me caigo; —comenzó á decir el mozo, haciendo contorsiones con el cuerpo, á la izquierda y á la derecha.

—Bien caído y bien aporreado será el que *de adrede* se escurra;—observó Manuelita, sin hacer grande aprecio de las monadas de Ildefonso.

—Pero tendrás que pagarme el alquiler de mi jaca;—agregó Foncito asiéndose con ambas manos de la cintura de la muchacha.

—Como no sea con un zoquete al muy *liso*,—contestó ella un tanto enfadada, pegando un chicotazo á la yegua, golpe que fué á dar de rebote en el pié de Ildefonso.

—No fué para tanto *Monuna*: tú sabes que estoy *apalabrao*, ya tengo prendido el corazón en la ramita de un pecho, que si tal no fuera, ésta sería la hora de mi salvación;—aclaró Ildefonso asomando el rostro por la oreja derecha de Manonga como para mirarle los ojos.

—Basta de bromas, Foncito. Hablemos como cristianos con bautismo y confirmación.

—Sí, á eso voy precisamente, Manuca, tú crees que desde que salí de Palomares y sus caseríos yo no vine atando punto y punto para llegar á la casa del señor cura?

—Y qué?

—Facilito.

—Te digo que hablas latin.

—Despacio que mi padre no fué......

—No te entiendo hombre.

—Pues tendrás que entenderme, Manuquiña, cuando te diga que si yo llego á la casa de don Antonio López he de necesitar decir á don Valentín qué motivos me llevan, y cata que he pensado en que voy á hablar á don Antonio para que me sirva de padrino.

—Padrino de qué?

—De casamiento pues, y *tate* que si la cosa prende salgo ganando yo y gana mi Ziska, y si no prende gana mi señora doña Asunción.

—Eres más zorro que tu abuelo,—dije riendo Manonga.

—Te parece mal?

—Qué? Ni la vieja de la *Rinconada* teje mejor que tú.

—Dios te lo pague.

—Eres listo, y tu corazón está bien comido por el gusano del enamoramiento.

—Otra cosa oye.

—Con las dos orejas.

—En aquel recodito te dejo yo. Me parece que si nos ven entrar juntos al pueblo algo dirían.

—Yo? ni por pienso que entraba así, aún deseaba dejarte en medio camino con tu jaca y tu lengua habladora.

—No te enojes reina.

—Porqué me había de enojar, *guá!* Y cómo nos hemos venido hasta aquí sin sentirlo.

—Es que el pasito de la castaña convida á dormirse.

—Pues, en esa piedra grande me apeo y me siento á descansar mientras que tú ganas terreno!

—Trato cerrado—dijo Foncito saltando á tierra y tomando las bridas de la jaca para asomarla al peñón.

Apeóse Manonga, arregló sus faldas sacó la rueca asegurada en el cordón de la cintura, y el mozo cabalgó solo arrancando despues al galope de la castaña.

XIV

Los tres comensales de la mesa de don Antonio López tenían su imaginación distraida por distintas preocupaciones, aunque cada uno aparentaba diferente cosa.

Don Valentín miraba con detención al soslayo á Eulalia; esta ante una idea fija en su mente como un dolor neurálgico, estudiaba el semblante de don Antonio, que por su parte revolvía mil combinaciones en su mente.

El silencio, sin embargo, no podía prolongarse por más tiempo, y fué don Valentín el primero en romperlo.

—Le guardaba el secreto, señora; no sabía que esas manos de alabastro supieran preparar una tortilla tan exquisita;—dijo, cruzando el tenedor sobre el plato y poniendo á un lado un pedacito de pan.

—Sí? Pues yo, don Valentín, soy de opinión que el tizne de la cocina es medalla de honor para la

ama de casa;—contestó Eulalia con ingenuidad en momentos en que el criado distribuía las tazas de café.

El señor López sonrió lijeramente sin salir de su abstracción, y Eulalia preguntó.

—Tomas con leche el café, hijito?

—Como gustes soy indiferente á la elección.

—Para mí, solo;—dijo á su vez Cienfuegos.

Y momentos despues todos tres dejaban la mesa despidiéndose Antonio y Valentín de Eulalia para dirijirse otra vez al escritorio, y ella entró en su departamento, donde se sentó en el diván, mudo testigo de mil escenas dulces y por entonces confidente, tambien mudo, de las dudas y las congojas de un corazón apasionado.

La observación fisiológico-moral ha demostrado ya lo suficiente que, en estos casos el mayor esfuerzo empleado para extinguir la fuerza pasional es inútil, y sí, lo mas probable y peligroso, cambiar de objeto; porque en este rudo cambio parece que las corrientes crecen; y si á ellas se agrega alguna dificultad material, el drama raras veces se deja esperar con un desenlace desastroso.

Eulalia estaba dotada de un temperamento impresionable y ardiente, que así se conmovía con el llanto de un niño como aplastaba con energía la dificultad.

No obstante, su *índole*, eso que los moralistas llaman inclinaciones y los fatalistas califican de predestinación, su índole estába amasada en el bien;

y ella, solamente ella, la hacía superior á situaciones dolorosas.

Eulalia aguardaba con impaciencia.

Cuando el reloj de la sala dió un campanillazo y los punteros marcaban en la esfera las dos y media de la tarde, Eulalia brincó del asiento en que estaba cavilando, y fué á cambiar la bata blanca por su vestido de calle, de rico mooharé, prendióse la manta de iglesia, calzó sus delicadas manos con los suaves guantecillos de seda negra, y se dijo.

—Está resuelto. Sí, es mejor. Yo no digo nada á Antonio. Despues de mi entrevista con el señor Peñas, segun y conforme, le contaré ó no. Sobre todo como es la primera vez que hago esto, él no tendrá porqué disgustarse;—y salió con paso sereno en dirección al templo, murmurando algunas frases en el camino.

Entretanto el señor López y Valentín hablaban de este modo en el escritorio.

—Has elejido sitio?

—El más aparente me parece hácia la quinta avenida de la derecha, donde podemos disponer de ochenta varas cuadradas, y habrá practicable, un sótano de veinte varas.

—Que es lo más que se necesita.

—Por otra parte, la entrada quedaría en una habitación independiente.

—Sí, todo eso está calculado en el plano que te dejo, y en lo que debemos esmerarnos es en el personal externo.

—Ese tiene que ser todo de indios.

—Cabal. El indio hará las veces del mono de Julio Verne en la *Isla Misteriosa.*

—No podía presentarse mejor elemento para nuestros propósitos. El indio envuelto en la noche de la ignorancia, no sabe leer ni entiende el castellano; supersticioso y oprimido él creerá cualquier embrollo.

—Exactamente, Valentín, no me había fijado en esta parte.

—Asi es que queda convenido.

—Sí, tomaremos cuatro pongos al servicio, con ellos basta.

—Magnífico.

—Y se pone manos á la obra desde el lunes.

—Que dia es hoy.

—Jueves si no me equivoco.

—Pues, corriente. Y el viaje de doña Eulalia quedará para el domingo, no?—preguntó Cienfuegos interesado.

—Lo espero;—repuso López velándosele el rostro con una palidéz momentánea.

—Dan mis señores su licencia?—dijo un hombre desde afuera.

—Adelante!—contestó López sorprendido, y apareció Ildefonso haciendo cumplimientos reverenciales.

—Ah! era este pájaro—observó Cienfuegos.

—Cómo vamos, don Ildefonso?—dijo el señor López y el mozo contestó con vivacidad.

—Mal de bolsa y bien de amores mi señor patron. Pues, venía, sin calcular que estuviese aquí don Valentín, á hablarle del nudo decisivo, porque yo y la chica hemos querido elegir á usted para nuestro padrino.

—Bueno, bueno, y ¿quién es ella?

—Alguna alcaldesa ó alguna *jueza* de paz;—interrumpió con zorna Cienfuegos.

—No fuí jamás, señor, á esas alturas de vara, que trabajo en campo y sé que la buena flor hay que escogerla en lo bajo. Mi novia, para servir á ustedes, es Francisca Espiroma hija de Mónica Canales y Eugenio Espiroma, casados;—dijo Ildefonso colorado como una remolacha y tragando la saliva por repetidas veces.

—La Ziska, bueno.

—Te felicito y con el mayor gusto acompañaré al altar tan donosa pareja.

—Mi patrón!

—Y cuándo es el gran dia?—preguntó el señor López.

—El día no lo hemos fijado nosotros, porque eso depende de la voluntad de usted y del buen humor del señor párroco; que, de fijo nos dirá: la paga adelantada.

—Bueno, puedes ver hoy al señor cura Peñas en mi nombre toma esta tarjeta y arregla para cuando quieras;—respondió don Antonio alargando á Ildefonso una cartulina con su nombre.

—Gracias señor, en mi nombre y en el de Ziska,

gracias—dijo Foncito tomando la tarjeta, y don Valentín agregó dirijiéndose á López.

—Cascarillas! con la sangre fría que tienes para empujar á las volandas al matadero....

—Es que á tí te va mal en la féria y por eso hablas en contra.

—No tema mi patroncito que yo me dé golpes de pecho por la elección. Yo conozco mucho, muchísimo á la chica y la he probado en varias ocasiones.

—Qué?

—Cómo Ildefonso?

—Sí señores, como ustedes lo oyen. Ella es amiga de su casa, lava y plancha como una gringa, hace calceta y *malla* y cocina con sus manitas de arcángel cosa de chuparse los dedos.

—Buena está la apología, te felicito como no tengas que chupártelos de veras;—observó Cienfuegos.

Durante aquella entrevista, Ildefonso que no era lerdo examinaba con sus ojuelos de gavilán los semblantes de sus interlocutores y los menores detalles del escenario, deseoso de coger algunos hilos para tejer su respuesta á doña Asunción.

XV

La puerta principal del templo estaba cerrada y solo se había dejado el postigo abierto.

El claro oscuro de las sombras entre las naves, el silencio sepulcral que bajo sus bóvedas reinaba,

el aire tibio impregnado en las paredes saturadas del olor del incienso; todo contribuía á preparar el alma á impresiones fuertes.

El señor cura Peñas paseaba en la sacristía, asomando tal cual vez la cabeza por la pequeña puerta, encontrándose sus ojos siempre con la impasible figura de un San Isidro que yacía en el altar fronterizo, apoyada la mano derecha en el arado, llevando en la izquierda un haz de espigas de maíz, frescas, que sus devotos cuidaban de renovar diariamente, durante la estación.

La constitución nerviosa del señor Peñas incrustada en su físico grotesco, revelaba claramente el antagonismo que existe entre el hombre nacido para la ruda lucha material de la vida en la faena de los sentidos, y el que nace con la intuición espiritual para esa otra lucha sublíme del alma que avasallando la materia á cada momento nos señala el cielo límpido de las creencias, el cielo de nuestras esperanzas!

Y ahí el que comercia con lo santo

Y aquí el que santifica lo sublíme.

De aquel se forma el mal cura; de éste nace el abnegado misionero.

Las pisadas de un breve pié calzado con fino zapato de cabritilla y tacones altos resonaron, por fin, en los antros del templo, y el corazón del señor Peñas se estremeció con el frío de una corriente de hielo, que no tardó en ser llama viva de un fuego abrasador que invadió todo su organismo.

El que había leído tantos libros místicos y profanos, pensaba en aquellos momentos en la entrevista de San Francisco de Sales con Mma. Chantal, y una ligera sonrisa de intención asomó á sus lábios, que fué como un lenitivo al peso que sentía sobre su corazón.

Eulalia avanzó grave, mojó su mano ya desenguantada en la pila del agua lustral, santiguó su frente y despues fué á arrodillarse á la reja de un confesonario de madera, casi en esqueleto.

Ella no tuvo que aguardar; porque el cura Peñas salió inmediatamente de la sacristía, y despues de abarcar con una mirada el busto de Eulalia, se sentó en el augusto tribunal donde caen lágrimas de dolor enjugadas por la esperanza, donde á media voz resuenan frases criminales recogidas con caridad y perdonadas en nombre del cielo.

Trono de las sublímes purificaciones, iba á ser profanado por el hombre.

Pero ¿qué no ha profanado aquí el hombre?

Solo Dios es santo, y dichosos los que de El no se apartan.

Estaban solos los dos!

Templo, altares y efigies solo eran testigos mudos é impasibles de una escena que, sublíme á veces, otras podría calificarse de un grito del alma enamorada que iba á resonar en otra alma, y cuyo eco llegaba á los incomensurables horizontes de los amores imposibles.

—Santas tardes—dijo ella con voz casi imperceptible.

—A la verdad que te has hecho esperar bastante, hijita mia. Se conoce que ya has descuidado por completo tus asuntos espirituales, dando preferencia á lo profano, á lo instable, á lo pasajero;—dijo el señor Peñas.

—Padre!...

—Pues, hija, hija mia, yo he dejado que por tí misma te desengañes de la falsedad del mundo; y mientras tú eras feliz, á la manera del mundo, yo no quise decirte una palabra; mas ahora, sé, que negras nubes asoman en tu hogar, y tu padre espiritual no ha de ser indiferente...sí, yo lo sé sin que tú me lo digas!...

El corazón de Eulalia, comprimido por secreto pesar, no tardó en desbordarse ante aquel exordio de ternura y de amor paternal, y sus ojos se anegaron en lágrimas; y su pecho de alabastro se levantaba como leche hirviendo detrás de los negros pliegues de su manta de iglesia, en sollozos que fueron creciendo de punto.

-Criatura de Dios!...no he llamado á mi hija para verla llorar, sino para mitigar sus penas; para decirle, si te falta la paz allá, aquí tienes el corazón de tu padre.... Soy tu padre?....verdad?..... habla pues, responde....

—Sí, sí—dijo brevemente Eulalia.

—Pero tú has de probarme esto; y ahora hija mia, te pido que te calmes, que serenes tu espíritu.

—Está bien señor—contestó la señora de López enjugándose los ojos con un pañuelo de fina batista que sacó del bolsillo, y procurando tranquilizar su ánimo.

—Me repites que he vuelto á ser tu padre?

—Sí.

—Que me entregas tu voluntad?

—Sí.

—Que volverás á tus devociones con más cariño, bajo mi direccion?

—Sí.

—Pues ahora que eres mia...en espíritu; ahora que es á mi hija á la que hablo; debo hacerla ver claro, porque primero es su salvación;—dijo el señor Peñas estrujándose con fuerza la pierna derecha como para dominar alguna violenta manifestación y, dando á su voz la inflexión de la seriedad, comenzó así.

—Lo que aquí pasa no lo sabrá nadie en la vida, nadie...¿lo entiendes?

—Nosotros dos padre Isidoro y Dios que nos escucha—repuso ella ya serena.

—En esa seguridad he de dirijirte porque tú serás dócil.

—Enteramente.

—Tú no eres ya feliz Eulalia. La felicidad que creiste hallar en brazos de don Antonio ha tenido la pasajera consistencia de las flores de estación, está marchita tu flor, él es indiferente contigo; tú derramas lágrimas, silenciosa y sola, y no sabes que

la indiferencia del marido significa la presencia de otro ser entre los dos.

—Harto lo sé, padre mio, por eso lloro, por eso me he llamado desventurada—repuso Eulalia sorprendida ante la precisión con que el señor Peñas determinaba la situación de su hogar y de su corazón.

—Mañana querrá alejarte de su lado; pero, ya no estarás desprevenida, confia en mi palabra y espera en mis consejos.

—Padre mio, es usted tan bueno para conmigo, perdóneme que, creyendo duraderas las promesas de un hombre, le hubiese jurado áquello á él.

—Cómo, hija mia? cómo?

—La noche de nuestro desposorio le conté todo y él me dijo;—eternamente solos! nadie entre los dos!

—Y te prohibió que frecuentaras el sacramento?

—No me prohibió, padre mio, me pidió, en nombre de nuestro amor, que nuestros secretos fuesen para los dos.

—Hoy no existe ese amor, pero tienes otro más grande, inmutable, inmenso—dijo el señor Peñas sonriendo con íntima satisfacción al otro lado de la tabla mientras que Eulalia, otra vez anegada en lágrimas de ternura, respondió lacónicamente.

—Padre!...

—Se opuso ahora á que vinieras?—preguntó el cura don Isidoro como para plantear en definitiva su plan.

—No se lo dije, señor; he venido sin que él sepa.

—Pues entonces, cuando vuelvas, si acaso pregunta, dile con buenas maneras que has deseado arreglar tu conciencia, que á eso no puede oponerse él, porque es una garantía para él mismo.

—Así es señor, que más querrá que tener una mujer arreglada.

—Eso es, y, persuádele con cariño, sin provocar disgustos;—insistió el señor Peñas mordiéndose el lábio inferior y lanzando un hondo suspiro que ahogó simulando un acceso de tos, y continuó.

—Te recomiendo mucha prudencia. El no debe saber nada de lo que pasa aquí; y tú hija, tienes que darme cuenta de todo, nada me ocultes, tu corazón será el libro abierto donde lea......... ¿quién?

—Padre mio, vos—dijo Eulalia estrujando el guante que tenía entre manos desde que tomó el agua lustral á la entrada. Y el señor Peñas sintió correr burbujas de fuego entre sus venas al roce de aquella voz angelical que prometía tanto, en nombre de la obediencia ejercitada desde sus siete primaveras.

—Yo te ofrezco poner todos los medios, y, acaso tu tranquilidad renazca. Quiero que me veas cada ocho dias, y si algo ocurre, llámame. Espero que no esquivarás absoluta confianza al padre que vela por tu bien;—dijo el señor Peñas y seguro ya de su triunfo, midiendo los efectos con una precisión matemática, juzgó suficiente lo acordado, y agregó.

—Para que te persuadas, Eulalia, de que yo no fuerzo tu voluntad, que no pongo el puñal en tu pecho, sino la persuación en tu corazón, te dejo aún en libertad hasta nuestra próxima entrevista. Medita, entre tanto; mide tu situación en la probable crísis que te espera con la indiferencia de tu marido y el corazón cariñoso de un padre; y si me necesitas, si para tí los consuelos religiosos importan, aquí me tendrás.

—Estoy persuadida de todo padre mio y le pido una regla.

—Nada de eso, las reglas dictadas atrofian la voluntad. Tu dirección debe ir grado á grado segun se presente la situación de tu casa. Por ahora, te prescribo rezar el santo rosario todas las noches, en el que, no olvidarás una *Ave María* por mí. En la mañana dedica un poco de tiempo á la iglesia, oye la santa misa diariamente, y observa con cautela los pasos de don Antonio. Es preciso salvarlo.

—Padre mio.

—Hija, adios, que no tardes;—dijo el cura Peñas despidiendo á Eulalia que se levantó meditabunda y llorosa, y sus grandes ojos se encontraron con los ojos del padre Isidoro. Este contempló estático la belleza de Eulalia, pues, el momento fisiológico de la mujer que enamora con el supremo de los amores, es aquel en que acabó de llorar y quedan sobre su rostro las huellas húmedas del dolor, como el rocío cristalino en las hojas de las flores.

El cura Peñas necesitó de toda su fuerza de vo-

luntad para mantenerse en su sitio. Sin embargo sus lábios se plegaron con aquella voluptuosidad de los veinte años, cerró sus párpados y allá, en los misteriosos confines de su mente, estampó un ósculo sobre los ojos llorosos de la mujer que adoraba, cuya silueta permaneció en la fantasía del cura Peñas con la hermosura de un lienzo de Rafael.

XVI

Al salir del templo Eulalia se cruzó con Ildefonso que aguardaba al párroco con la tarjeta del señor López, y, sorprendido de ver á la esposa de don Antonio en aquel lugar, no pudo más que exclamar para su coleto.

—Miren lo que son las apariencias! Doña Asunción teniendo cuidados de esta señora, cuando había sido una señora tan arreglada! Pues, no faltaba más.

Pensando esto se llegó donde el párroco envuelto aún en la somnolencia de situaciones semejantes á la suya, y saludando respetuosamente entregó la tarjeta del señor López.

La primera impresión del cura don Isidoro fué de sorpresa.

Ya se imaginaba recibir un reproche de don Antonio por haber llamado á Eulalia. Así que, irresoluto, casi tímido, dijo.

—Qué me quiere este hermano?

—Señor, mi cura,—respondió Foncito besando al

mismo tiempo la mano del sacerdote—vengo por el santo remedio para el mal de mi corazón, voy á desposarme....

—Ah!...y me traes recomendación, no?...

—Cabalmente—afirmó el mozo en cuyos lábios todavía quedaba el sabor de la cereza que robó á los lábios de su novia.

—Pues la cosa no te costará gran trabajo; ya sabes que no se necesita más que trece monedas por un lado, y algunas otras para la dispensa de amonestaciones, que, sin duda te las dará el padrino. luego el consentimiento de la muchacha, y, la confesión de los dos, eh? Yo no caso á nadie si no se confiesa ántes. Y ¿quién es tu futura?

—Señor, mi cura, yo á todo me allano por la chica que es como manda nuestra madre la Santa Iglesia; es Francisca Espiroma hija do don Eugenio el difunto que en paz descanse y de doña Mónica Canales—repuso el pretendiente que, durante la relación del cura encarrujaba la falda de su sombrero y le daba vueltas entre las manos.

—Hija de la Mónica; hola, hola! Sí.....conozco mucho á la muchacha....buen gusto tienes mocico. —dijo el señor Peñas sacando un lápiz del bolsillo de la sotana y apuntando en el reverso de la tarjeta del señor López los nombres que repitió Ildefonso, y despues agregó.

—Vengan, pues, el sábado examinados, ese dia los confieso, y queda todo listo; así contéstale al señor López y preséntale mis respetos.

El cura se puso de pié, dió la mano á besar á Foncito y se retiró á la sacristía que comunicaba con el interior de su casa.

Retiróse tambien Foncito contento como una persona que se saca la lotería.

Eulalia halló en la puerta de su casa á Manonga, quien al verla dijo.

—Ave María, ni la había *conociu* á la niña, tan buena moza como viene llenando la calle como un sol.

—Zalamera ¿de dónde has caído?—respondió la señora de López, distrayendo su atención hasta entonces embargada por los recuerdos del templo, dió una palmada en el hombro á Manonga y preguntó.

—Qué *cacharpas* me traes en este atadazo?

—Unos rebozos, niña, que le llenarán el ojo á usted y á mi patrón el señor don Antonio.

—Bueno, entra, veremos los rebozos y te daré unos encargos para Asunción;—dijo Eulalia caminando paso á paso y sacándose los guantes de seda.

Apenas hubo llegado á su cuarto Eulalia, desprendióse la manta sujeta con dos alfileres negros, y en el grande espejo del ropero se retrató su faz carmínea como velada por una gasa imperceptible de melancolía.

Manonga desató el bulto y, desdoblando un rebozo, dejólo ver en toda su extensión.

Eulalia tomó ese abrigo que era de fina vicuña con trama de seda y guarnición tambien de seda,

carmesí matizada con gusto; pasó los dedos por la tela, como quien ejercita el tacto, y despues dijo:

—Qué bonito tejido!

—Le gusta niña?

—¿Cuánto pides por él?

—Veinte soles, niña, por ser para usted que siempre me compra, sin regatear como la señora Asunción;—contestó la moza hallando ocasión propicia para mentar á la esposa de don Valentín.

—Bueno, yo te tomaré este para obsequiarlo al señor Isidoro Peñas, mi confesor; ya el invierno llega y él necesita abrigar los piés en el confesonario.

—Me alegro mucho. Fortuna la del trapo que va á servir á los piés del tatito.

—Pero no lo digas por plazas y calles.

—Jesús, mi niña! Acaso yo soy una palangana mete-letra?—repuso un poco ofendida Manonga, recogiendo el lienzo en que estaba amarrado el rebozo.

—No, yo no digo eso; te encargo, Manonguita, por que, sin advertencia, tú podías decirlo llanamente.

—No lo crea usted, niña Eulalia, aqui donde usted me vé yo sé oir, ver y callar; y por eso creo que me mira de reojo la señora Asunción.

—Hola! Pero no, no lo creas; Asunción es una buena señora, mártir, resignada con su suerte, yo la quiero mucho y la compadezco al verla casada con ese don Valentín que me está perdiendo á mi marido.

—De veras? pero, usted, niña Eulalia, debe con-

sultarse con su confesor y hablar fuerte en su casa, —aconsejó Manonga como si poseyese la ciencia de la experiencia.

—Ya veremos, yo he de hablar con Asunción de estos asuntos;—repuso la señora de López, abriendo al mismo tiempo el cajón de una cómoda del que sacó veinte soles de plata, y contó uno á uno sobre la palma de la mano de Manuelita.

—Dios se lo pague mi reina. Con esta plata ahora me voy pesada como carga de plomo.

—No dejes de buscar á Asunción y dile que deseo verla. que me ha olvidado, y que, en estos dias, pida mucho por mí al Señor y á mi Señora del Cármen que tiene en su sala; adios—dijo Eulalia despidiendo á Manonga que acababa de atar los veinte soles en un extremo del lienzo en que llevó el rebozo, y salió repitiendo las fórmulas de la despedida.

Y tomó el mismo camino que Ildefonso había emprendido, despues de su ligera entrevista con el párroco llevando la buena nueva á su adorada Ziska.

XVII

La felicidad es una hada vaporosa que asoma su rostro encantador solo en los hogares donde se practica la virtud, rindiendo culto á Dios y amando al prójimo con el amor de la caridad.

Hada celosa que huye del que no se remira en el espejo de su frente y eclipsa el sol de sus pupilas

ante aquellos que reniegan de ella sumidos en el vicio.

Veleidoso paraninfo, detiénese solo cautivado por la inocencia, y, como la sirena en las plateadas ondas, vive en el tranquilo lago en cuyas orillas está escrito, con arena de oro, "el cumplimiento del deber."

Cuando el señor López y don Valentín quedaron otra vez solos, á la salida de Ildefonso, Cienfuegos dijo.

—No tenemos más que hablar, Antonio; manos á la obra, y hasta el domingo.

—Adios, Valentín; al despedirme de tí casi podría decirte, que te llevas la paz, dejándome la existencia!

—Pusilánime! Ya veremos si piensas así cuando contemples los primeros rendimientos:—contestó Valentín con sonrisa irónica poniéndose el poncho, y despues de estrechar la mano de su amigo fué á cabalgar en su caballo para emprender el regreso á Palomares.

El señor López se dejó caer sobre la butaca, junto al escritorio, estiró ambas piernas y, levantando la cabeza al cielo, arrojó una bocanada de aire que calcinaba sus pulmones.

—Antonio López! el primogénito de la familia que, en cien años de sucesión no interrumpida en el Perú, fué el dechado de la honradez y las virtudes, cuya palabra era una escritura pública y cuya firma valía mas que el oro. Antonio López, el que lle-

va su existencia ligada á un ángel de ternura y de amor; mañana!....ah!...mañana podrá ser señalado con el dedo de la justicia!! Por lo menos el suicidio habría inspirado la compasión de los unos y el perdón de los otros!! Pero, Valentín! Valentín!!... —se dijo López con vehemencia golpeándose la frente con la palma de la mano, y tornó al soliloquio calenturiento.

—Ella no podrá perdonarme nunca! Será el secreto negro entre los dos! Y es necesario alejarla para asegurar ese mismo secreto. Iré, pues, á hablarla, la rogaré con disimulado interés, la hablaré en nombre de doña Asunción; y despues, mis desvelos por ella serán dobles, crecerá mi solicitud, la haré olvidar mis largas ausencias al calor de mis brazos! Sí, sí, voy á buscarla.

El señor López se puso de pié, pasó su mano por sus bigotes y salió en dirección á las habitaciones de Eulalia que, por la primera vez, estaban cerradas. Púsose á pasear por el patio, presa de un volcán de congeturas, y despues se echó á andar por las calles de la población sin atinar el punto á donde podía haberse dirigido su esposa.

La población de Rosalina, donde se desarrollan los sucesos de que estamos tratando, en poquísimo se diferencia de las que fundaron los conquistadores castellanos en toda la región andina de la América del Sur. Sus calles son angostas y mal empedradas, divididas por una acequia pocas veces aseada segun pide la higiene de los tiempos actuales. Las casas

casi uniformes por la distribución interior, están fabricadas de adobes y teja cocida al horno, con ventanas de dos hojas que, tal cual vez, se cambian por balcones de madera; y sus paredes, blanqueadas con la mezcla de yeso apagado y agua de gigantón glutinoso, avivan el paisaje formado por la multitud de árboles frutales, sauces reales, saucos y capulíes que, entre sus frondosos follages, muestran cada casa como un huevo de paloma dejado en un nido de esmeraldas. Y solo la casa de la oración, el templo, se alza superior á todos los edificios, con la austeridad del pensamiento delineada hasta en sus paredes que son de piedra plomiza, con la portada maravillosamente tallada sobre duro granito, combinado con aquella que se llama *ala de mosca*, y su campanario adornado con elegantes cúpulas, donde se alza la bendita cruz como abarcando á todos los habitantes para reunirlos en un solo abrazo de paz.

En esas acequias en donde corren aguas ya turbias ya cristalinas, pero siempre murmuradoras, se baña el pato de albas plumas, y allí asoma la alegre campesina con sus carrillos mofletudos á lavar las infantiles ropas del niño que, si no vá cargado á las espaldas de la madre, juega con la cabra domesticada y el perro gruñón.

Por aquellas calles cruzaba don Antonio, taciturno y caviloso y, despues de media hora de caminar sin rumbo, volvió á su casa donde ya estaba Eulalia de regreso del templo, reclinada en el canapé de là siesta despues de la salida de Manonga.

—Eulalia,—dijo el señor López entrando—Eulalia, donde has estado todo el dia, hija mia?

—Estraño que preguntes por mí, Antonio; yo para tí ya nada significo....

—Qué estás diciendo, esposa?

—Sí, lo que oyes, hace poco tiempo que has cambiado; anoche he acabado de convencerme de que hay algo entre nosotros dos, algo que estorba.

—Mujercita, amada Eulalia....

—Que fué, me dirás, Antonio.

—Pero á qué vienen estos cargos, á qué viene esta tempestad?

—No la llames tempestad, querido Antonio. Yo no soy una tonta, sé que eres mi esposo; ayer fuimos novios; en fin, el tiempo todo lo cambia, nombres, fechas, edades....

—Sí, pero no puede cambiar tu corazón ni el mio, adorada!—dijo el señor López tomando la barba de Eulalia para estampar un beso en sus lábios, caricia que fué esquivada sin disimulo.

—Reina, no me castigues; ve que estás cometiendo una injusticia.

—El injusto eres tú.

—Yo merezco que me compadezcas; Eulalia, el mundo es mi infierno, tú eres mi cielo!—dijo don Antonio cayendo de rodillas junto á Eulalia y escondiendo su frente en el seno de la mujer amada.

—Antonio, quiero ser ingenua contigo....yo siento celos, yo estoy celosa.

—De quién?

—No lo sé; pero tú tienes algo que ocultas, algo que separa nuestros corazones.

Al oir estas frases palideció visiblemente él y tratando de disimular dijo.

—Te juro, hija, que todo no depende sino de asuntos comerciales.

—Antonio....

—Sí, hija, sérios contratiempos que he sufrido; pero que mejorarán, mediante un trabajo que vamos á emprender con Valentín.

—Qué trabajo?

—Aún no estamos acordes; resolveremos eso el domingo, que deseo ir á Palomares en tu compañía para visitar tambien á doña Asunción.

—El domingo, no, Antonio, ese dia voy á comulgar.

—Cómo? tú, la que me había prometido no partir nuestros secretos!

—Mira, Antonio, yo necesito esos consuelos, esas espansiones, yo no soy ninguna literata hereje para dejar de cumplir con mis deberes religiosos, yo quiero ser lo mismo que todas las señoras *arregladas*.

Una bomba caída á sus piés, y allí estallada, no habría producido el efecto que las palabras de Eulalia produjeron en el corazón del señor López, que acababa de ponerse de pié.

—Por lo menos sabré con quien te vas á confesar;......

—Que me he visto ya dirás...con el señor Isidoro Peñas.

—El señor Peñas!—murmuró don Antonio palideciendo ligeramente. Y en aquellos momentos, el ángel de las infantiles confidencias matrimoniales plegó sus alas para no revolotear alegre en torno de aquella pareja, á la que tantas veces había narcotizado con el suave beleño de los que se aman con la plenitud del amor, ese amor santo que no admite reservas ni marcó límites á las caricias de los corazones que se estiman, unidos por el lazo de flores que se marchitan y mueren con la desconfianza y reverdecen siempre con el divino rocío de la fe.

XVIII

En el cerebro de don Valentín Cienfuegos evolucionaba triunfante el plán preconcebido, y durante su camino acortó el paso del caballo, y se puso á reflexionar trasluciendo sus pensamientos en una sonrisa verdaderamente satánica.

—Al fin llegaremos á la jornada! Antonio, pobre Antonio, tontonazo, has caído definitivamente; y dentro de quince dias te será imposible volver atrás un solo paso de lo andado. ¡Cáspita! esto se llama vencer; yo dispongo ahora de todos ellos y mi trama está *equitativamente* urdida. Já! já! já...!—terminó riendo.

Entretanto Ildefonso ganó la partida del camino y, al galope de su jaca, se encontró otra vez á las puertas de su novia, acompañada ya por su madre y dos hermanas que habían vuelto del campo.

Ildefonso se había dicho:

—Mi padre San Antonio me saca limpio de ésta, y me caso como que estoy ahora sobre la jaca castaña. Jajay! Pues la señora Asunción será la que afloje unas monedas de su gabeta negra; yo estoy en buen camino, sí, sabré darme trazas, y despues que la chica sea mi esposita, que truene por el lado que le dé la gana tronar. Sí, trato cerrado don Ildefonso de Lopera—concluyó el mozo con el aplomo del que forma una resolución inquebrantable.

Llegado á la casa se apeó con presteza, saludó una á una á las personas de la familia de Francisca y, dirigiéndose á la madre, dijo.

—Vengo, mi doña Mónica, á recibir su voluntad para que de una vez me lleve mi prenda. Ya todo se ha allanado por milagro de la Vírgen.

Ziska, al escuchar las palabras de su novio, se puso roja como un capulí, y las hermanas la miraron con cierto grado de envidia.

—Ajá! Foncito y qué listo has andado;—contestó doña Mónica.

—Como fino amante.

—Y qué resolución es la que tienes tomada?

—La de casarme el dia de San Francisco que cumple años ella—contestó mirando á Ziska que, con la vista baja, envolvía sus dedos en el extremo del pañuelo prendido al pecho.

—Para San Francisco solo faltan diez dias y......

—En diez dias se puede ir al valle y volver, suegra;—dijo riendo Foncito.

—Pero si nada tenemos hecho; —objetó doña Mónica.

—Cómo?—dijeron á una voz las hermanas, mientras que la interesada permanecía muda encarrujando siempre la orla de su pañuelo.

—Si hasta he hablado ya con el señor cura;—contestó Ildefonso precisando la cuestión.

—Con el cura?—preguntaron todas en coro.

—Claro, clarinete! y ¿á qué fuí, pues, á la parroquia?—contestó él con llaneza.

—Bueno, pero... ¿y para derechos? y para alquiler de ropa? y para atender á las amistades? y para música?—preguntó la madre de Francisca enumerando con los dedos.

—Para todo eso estoy trotando ahora, y, lo tengo seguro como guardado en mi faja. Qué caray! para eso es uno hombre, y despues, yo sabré como sudo y traigo pan á la casa.

—Ildefonso eres un hombre honrado, ustedes se quieren como palomas, llévatela,—dijo doña Mónica un tanto enternecida acercándose á su hija, tomándola de la mano y entregándola á Ildefonso. Los dos jóvenes se arrodillaron á los piés de la madre que, sintiendo asomar una lágrima á sus ojos la enjugó con disimulo, y dijo.

—Si viviera Eugenio!

Y despues bendijo el amor de los que, desde aquel momento, se consideraban esposos.

Ellos besaron la mano encallecida de la madre que los bendecía en el templo del trabajo honrado

y de las virtudes ejecutadas con austeridad y sin apariencias, en diez años de viudedad; besaron la bendita mano de la madre y despues, puestos de pié, abrazaron á sus hermanas sin decirse una sola palabra con los lábios. Sus corazones se lo decían todo con la elocuencia del silencio.

—El sábado tempranito que se vaya á confesar ésta; yo iré despues; en eso he quedado con el señor cura—dijo Ildefonso como volviendo en sí, pues estaba emocionado.

—El sábado? hoy es jueves;—dijo Ziska.

—Y qué más? Esta noche te examinas; mañana te examina doña Mónica, y estamos;—insistió Ildefonso.

—Bueno, pues,—dijo turbada la muchacha pensando en el beso que dió á su novio en la mañana; sin maliciar la pobrecilla que ese fuera la causa que determinó el estado fisiológico del mozo, obligándolo á ocuparse sériamente de su matrimonio.

—Yo pasaré el sábado á medio dia por aquí, y entonces traigo.....cien soles—dijo Ildefonso haciendo una pausa como para sumar en su mente la cantidad de que podía disponer.

—Con eso sobra—repuso Ziska confundida.

—Sí, que alcanza, hija; la ropa puedo pedirla prestada á mi comadre doña Anita que tiene buenas sayas de seda....

—Y flores de manos.

—Y mantones de color.

Dijeron las hemanas de Ziska interrumpiendo á

su madre, pues tenían que pasar los novios por la irrisoria costumbre establecida por los notables de provincia, desde el coloniaje, de disfrazarse con vestidos alquilados, las más veces á precio fabuloso.

—No ven ustedes que vienen las cosas claras como el agua? Adios, que me urge,—contestó Ildefonso despidiéndose de cada cual con un abrazo, y fué á tomar su cabalgadura, alegre como un chiquillo que consigue el juguete largo tiempo codiciado.

Las mujeres se quedaron llenas de entusiasmo, arreglando desde ese instante las bodas de la afortunada Ziska, á quien envidiaban muy de corazón sus hermanas mayores, pues ella era la menor de la familia.

Cuando llegó Ildefonso á Palomares, doña Asunción acababa de salir del oratorio donde estaba haciendo dos novenas á la vez, la de las Animas, y la de Santa Rita de Casia. El muchacho, tan alegre que no cabía en sí, saludó con ceremoniosos ademanes y dijo:

—Mamita y señora, yo soy el galgo que alcanza la presa como nadie; pues fuí, llegué y encontré al señor don-Valentín, tate que tate, en la querencia. Pues, yo me entré á la casa y á la sala sin ceremonia, y como alguna disculpa iba á dar dije...

—Qué? cómo?—interrumpió doña Asunción interesándose por grados.

—He tenido que tramar grueso despues de hilar delgado, mi señora Asunción, y si usted no me salva aquí, estamos lucidos.

—Y bien....explícate más claro hombre.

—Tuve, pues, que decir á don Antonio que yo iba á hablarle para padrino de mi casamiento.

—Jesús! qué pícaro te has vuelto, Foncito!

—Picardía no cabe en quién desea servir pronto y bien á una ámita tan santa, tan buena y tan querida;—repuso el mozo, calculando los fines á los que encaminaba aquellas zalamerías.

—Si digo bien cuando afirmo que vales un Potosí, Foncito! Pero, y don Antonio?

—Dijo que bueno y me dió una tarjeta para el señor cura.

—¿Y?

—Con ella me presenté al señor Peñas, y quedó hecho el trato para estos dias.

—Ave María Purísima, Ildefonso! ¿En qué enredos te has ido á meter por servirme?—dijo doña Asunción ampalmando las manos.

—Así fuese necesario ir á la cárcel por mi señora, iría, sí, iría alegre cantando la *palomita*.

—Eres un santo, Foncito, hijo, y ¿cómo te compones ahora?—preguntó la señora de Cienfuegos, poniendo la mano derecha en el hombro del muchacho con ademán de cariño.

—Que me caso, patroncita mia, y usted me salva de este aprieto, segura de que yo sabré ser don Ildefonso Lopera—dijo con aplomo el mozo.

—Y tienes *piquina*?

—Hermosa como el sol de plata.

—Bribonazo! Entonces las cosas te salen á pedir de boca.

—Así lo creo, doña Asunción, y no hay razón para lo contrario, desde que me he expuesto á tamaña aventura por quien àmo más que á mi libertad.

—Foncito!

—La verdad, patrona mía; la suerte está echada y...

—Habla, Foncito.

—Y no solo he de trabajar por descubrir lo que usted necesita saber, sino que castigaré, bien castigada, á la traidora.

Doña Asunción Vila estaba emocionada por tanta fidelidad del mozo, su corazón rebosaba de júbilo á la idea de tener un defensor resuelto, una mano vengadora.

Despues de una corta pausa dijo.

—Eres un santo. Y en qué podré servirte?

—Será usted mi madrina con don Antonio, á él debemos tenerlo de nuestro lado; me entiende?—preguntó Ildefonso con· intencionada expresión en el rostro.

—Me admira lo precavido que eres, Foncito, y quisiera corresponder á tanta fineza tuya.

—Ya llegará la hora, mamita, y ahora le abriré mi corazón para decirle que solo necesito doscientos soles para ser feliz: prestados, se entiende, porque yo sé trabajar y sabré pagar.

—Cuenta con ellos, Ildefonso. Mañana irás tú mismo á cobrar los arrendamientos de las chacras

grandes; son trescientos soles, pero de esos necesito cincuenta para mandar hacer el trisagio......

Decía esto la señora Vila cuando apareció don Valentín, é Ildefonso fué á tomar las riendas del caballo para ayudarlo á apearse.

XIX

Los instantes que siguen á un triunfo parcial, precursor de la ganancia decisiva, son, para el corazón enfermo de amores como el sopor dulce de la morfina usada con precauciones.

El cura Peñas se hallaba embargado por esa somnolencia, cuando cerrados los ojos, vió todavía, entre nubes de topacio, perderse en lontananza la figura de la mujer que no solamente amaba, porque el amor implica respetos, sino que codiciaba con toda la fuerza de una corriente lujuriosa en cuyas turbias ondas debía naufragar una alma honrada.

Acaso hizo él un esfuerzo sobre humano para no comprometer el éxito en la primera entrevista; acaso era táctica establecida de antemano por él la de ganar terreno palmo á palmo, para adueñarse de éste en definitiva; lo cierto es que distraído momentáneamente por Ildefonso, regresó á su habitación estrujando entre los dedos la tarjeta de don Antonio López, sin parar mientes en las notas que en ella escribiera.

En sus ojos se había impreso más el círculo ojeroso, negro, que los rodeaba, y en sus lábios pasea-

ba juguetona una sonrisa tal que para el observador podía decir más que un libro de fisiología comparada; y luego se sacó el sombrero, lo colgó en una pequeña percha, y comenzó á desabrochar algunos botones de su negra sotana, como para dar aire al pecho oprimido entre planchas quemantes.

—Calma! y....oh! dicha tantos años soñada! tú llegarás! De qué ha servido á mi corazón tanta pobrecilla, mariposa incauta que llegó á la llama del confesonario para hacer mi voluntad? combustible para la hoguera y nada mas; porque ella, solamente ella podrá saciar la sed despertada en la soledad con la exigencia del hidrópico. Eulalia! está decretada nuestra suerte, y nada, ni nadie podrá alejarte de mis brazos. El marido..... ja! ja! ja! Todos los maridos nos entregan sus esposas y descansan en la tranquilidad del sigilo! El marido, qué importa? acaso éste no será confiado como los demás? Y luego yo no dejaré huellas, y no habrá indicio para los dos!.... Pero, tampoco debo andarme con chanzonetas, es preciso aprovechar de los primeros entusiasmos de la mujer. A la mujer jamás se la debe dejar tiempo para la reflexión, pues si bien ella no reflexiona, vacila, y la vacilación compromete los asuntos más asegurados.... Sí;....mañana.....es demasiado pronto....sí, sí, es más conveniente; los primeros entusiasmos;....sí señor, la experiencia me lo ha demostrado, y ante la precisión numérica, no hay argumento. Mañana la llamo, mañana voy..... en fin, de un modo ú otro; mañana debo hablar.....

Ah!.....tengo pretexto, y magnífico—dijo el cura saltando hácia la mesa, levantando la tarjeta encartuchada y procurando aplanarla entre sus manos.

—Ildefonso, ese alegre mozalvete de carrillos de guindo; él me va á dar motivo para ir á la casa donde seré bien recibido, porque iré á dispensar un favor á don Antonio. Magnífico! No me importa sacrificar los trece *tostones* de las arras ni las amonestaciones: será vela encendida á santo de buen milagro;—terminó el cura y, como respondiendo á su último pensamiento, dijo desde la puerta una voz quejumbrosa.

—Ave María Purísima, tata curay.

—Sin pecado y....

—Entierro pide un difunto ay! ay!...*se ha perdido*—repuso entre sollozos una india á la que el señor Peñas habló así:

—Quién se te ha muerto, Juana?

—Mi hijo, tatay, el Marianito, que era mi padre y mi madre.

—Cierto que era bueno el mozo; asi es que le harás entierro de cruz alta, no?

—Ay! ay! señor, cómo será entierro de cruz alta si no he podido reunir ni los ocho pesos de última?

—De modo que lo verás podrirse en tu casa.

—Curay, caridad, por la Vírgen!—imploró la desolada madre empalmando las manos.

—Eso quisieran todos ustedes; pero tambien el cura sabe comer, y sabe vestir, y sabe recibir visitas y oficiales cuando transitan tropas; y....

—Curay, todo eso es *exacto*, sí, *exactito;* pero los pobres que nada tenemos, que hasta el sudor de la frente cae en el surco de la tierra agena y no en el pañuelo que le enjuga.

—Caramba! que habías traído sermón estudiado, Juana.....pero te digo que no puedo, y no hablemos más porque estoy ocupado;—contestó el cura dando una vuelta como para despedir á Juana, que enjugaba una lágrima con la botamanga de su jubón.

—Señor, solo tenemos una fanega de trigo por todo capital;—aclaró la india insistiendo en la demanda.

—Bueno; la fanega está á seis pesos cuatro reales, te recibiré el trigo, y por el resto de dos pesos cuatro reales podrás tejer unas frazadillas.......tú sabes tejer, no?

—Sí, tatay, pero estoy malograda del pecho y demoraría hasta un año.

—Ponte parche de *bálsamo del valle*, y no andes con delicadezas que se han hecho para señoritas,—recetó don Isidoro, á lo que la india repuso enjugándose gruesas gotas de lágrimas que inundaron sus mejillas cobrunas y rugosas.

—Sin mi hijo, sin mi marido, viuda infeliz ¿dónde iré á arrastrar la pobreza? ay! ay!—Y despues, como envuelta en un secreto consuelo enviado por Dios para la triste, dijo—Manda, pues, tatay, por el trigo; manda, pues, el hilo para las frazadillas, y la Vírgen me dará fuerzas en nombre de Mariano. Ay! hijo mio, hijo del alma, dichoso tú!—Y besó la

mano del sacerdote, y salió cubriendo su rostro con la manta larga de lana negra tejida por sus manos.

Y el señor Isidoro Peñas continuó con el estoicismo del que hubiese hecho un negocio indiferente para las fibras delicadas de esa válvula llamada corazón que, en el hombre, sabe responder á los nombres de ternura, conmiseración, pena del dolor ageno; impresiones sublímes, divinizadas por la Caridad que el Rey de los cielos practicó junto al sepulcro de Lázaro, y enseñó á sus discípulos cuando dijo: *Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados.*

XX

El estado espiritual de Eulalia pertenecía al número de aquellas transiciones que sacuden el sistema nervioso como una pila eléctrica, y despues le dejan vibrando por largo tiempo. Y, aunque obedeciendo á causas diferentes, se notaba igual efecto en el ánimo de don Antonio, debilitado por la profunda preocupación y agobiado por un cambio brusco de escenario, en el que debía seguir actuando siempre como víctima.

La declaración terminante que acababa de hacerle su esposa constituía, para él, un nuevo eslabón en la pesada cadena de sufrimientos morales que venía arrastrando, desde que tuvo conciencia de su banca-rota. Los momentos en que, para él, vino aquella declaración eran tales que, en lugar de ha-

berla rechazado, se sometió resuelto completamente á no contrariar las determinaciones de Eulalia, y más bien dirigirse al señor Peñas en busca de apoyo moral.

—Está bien—se dijo—hablaré con él, daré un giro cualquiera al asunto, y conseguiré que Eulalia se ausente de la casa por el tiempo preciso,—y después, dirigiéndose á su esposa, la dijo.

—Está bien, convenido, hija; yo no me opongo á que vuelvas á tus prácticas antiguas; sobre todo, pienso en que tienes el juicio y la reflexión suficientes para seguir tu buena índole, y solo te suplicaré que no desaires mi pedido de ir el domingo á Palomares,....he ofrecido á Valentín....

—Y por qué te empeñas en que sea el domingo?

—Señalé ese dia, y ya tú comprendes que sería quedar en ridículo.

—Bueno, Antonio; hagamos las paces; yo consultaré con mi director y que no se hable más de esto —dijo Eulalia levantándose del canapé.

—Lo dicho;—repitió él acercándose á Eulalia y, tomándole la cabeza con ambas manos, aproximó sus lábios para besarle la frente, y agregó un tanto débil—Yo necesito de tus caricias, Eulalia, yo quiero que siempre me ames, por eso no te contradigo: tú sabes cuán débil soy, hija mia.....tú lo comprendes mejor que nadie, tú fascinas mis sentidos, tu aliento es mi vida!...

Y el señor López se entregó á vivos trasportes de ternura, con tan explícita sencillez que Eulalia no

pudo permanecer impasible, y su sensibilidad de mujer triunfó sobre sus dudas íntimas.

Eulalia distrajo por completo su atención preocupada; sintió afluir á su corazón toda la sangre caliente del verdadero cariño, casi arrepentida de lo que horas ántes prometió al cura Peñas, y vió que era aún posible la felicidad entre ella y Antonio. Y mimada como una chiquilla de cabellos crespos rodeó con ambos brazos el cuello de su marido y le dijo con entusiasmo.

—Amor mio ¿no me engañas?

—Imposible, Eulalia, soy tuyo, nadie existe entre los dos.

Y al eco de esta frase una lanceta fria abrió un surco, como cinta eléctrica, en el corazón de Eulalia, y la imponente voz del cura resonó en los oídos de la confesada, recordándole su promesa solemne de contarle todo. Y con la rapidez del pensamiento cruzó por su mente la idea de que aquella escena conyugal, dulce é inocente, debía relatarla sin omitir detalle: y una nube de grana pasó rápidamente por su rostro, tiñendo sus mejillas con los arreboles del rubor y obligándola á desprender sus brazos del adorado cuello que rodeaban.

La influencia de la educación, el dominio del malicioso clérigo, pudieron más que la pasión santificada por el matrimonio.

—Antonio!—dijo Eulalia casi arrepentida.

Y volvió á esquivar la espontaneidad de sus caricias al hombre que devoraba sus encantos con el

fuego de sus ojos grandes, expresivos y claros. Antonio sujetó fuertemente el cuerpo de Eulalia contra su pecho y la repetía:

—Te amo, Eulalia, te adoro.

Y como si la visión espiritual de Eulalia se trocase por ensalmo en una palpable realidad, dieron tres golpes á la puerta, que sorprendieron á don Antonio, y soltando el brazo de Eulalia compuso maquinalmente sus cabellos esparcidos, ató el lazo de su corbata, deshecho momentos ántes, y dijo:

—Adelante! quién toca?

—Santas tardes nos dé Dios;—repuso avanzando el cura Peñas, ante cuya presencia quedó como petrificada la señora de López.

—Mucho gusto de verlo, mi cura—dijo don Antonio.

—Así es el mio, señor López. Esta mañana estuve por acá; pero no tuve la satisfacción de estrecharle la mano.

—Cierto, que aquí estuvo el señor. Olvidé decírtelo, Antonio,—interrumpió Eulalia encontrando salida.

—Mal hecho, hija; así me harás incurrir en faltas de cortesía con quien deseo usarla y muy ámplia;—repuso don Antonio dirigiéndose á su esposa, al mismo tiempo que ofrecía un asiento al señor Peñas. Este se inclinó, con exagerado ademán, y sentándose dijo:

—No use de tanto cumplimiento con su humilde

capellán, señor López. Yo doy el ejemplo repitiendo tan pronto la visita. Recibí su tarjeta....

—Ah! recomendación?....

—Cabalmente; sabe usted que soy su capellán, y no tiene más que mandar. Ese muchacho se casará el dia que usted determine.

—Gracias, señor cura, por tantas bondades. Ildefonso es un buen muchacho.

—Ildefonso es el novio?—preguntó Eulalia con curiosidad.

—Sí, hija....

—Cómo! usted no lo sabía, señora?—objetó el cura, clavando en ella una mirada cuyos rayos fosforescentes encendieron el alma de la mujer pusilánime, dándole vigor para seguir la conversación.

—Ha sido una cosa completamente inesperada, señor cura,...compromiso del momento enque le escribí la tarjetita. Por eso ni aún he dicho nada á mi Eulalia.

—Bien, pues. El sábado han de confesarse los futuros esposos, y despues ustedes elegirán dia.

—Creo que se necesitan algunas declaraciones y proclamas....

—Todo eso corre de mi cuenta, señor López. Usted nada tiene que hacer. Para estos casos estamos los amigos.

—Tantas gracias.

—Siempre tan amable nuestro párroco—agregó Eulalia que, durante el diálogo, engarzaba y desen-

garzaba los dedos de las manos unos con otros, silenciosa é interesada en el resultado.

—Con que, cumplido el objeto de mi venida, darán ustedes su permiso,—dijo el cura Isidoro levantándose.

—Tan pronto, señor?

—De lo bueno poco, dirá nuestro tataito;

—Eso no, señora mia, ocupaciones no faltan. No vé que sirvo dos campanas? Yo desearía quedarme algo más, pero ....

—Y estamos pensando hacer una visita á doña Asunción Vila—dijo don Antonio intencionalmente.

—A la señora de Cienfuegos, una magnífica señora, muy arreglada, confiesa y comulga semanalmente;—repuso el párroco.

—Antonio quiere ir el domingo, y yo estoy porfiando que no.

—Malo, señora! La esposa tiene que estar al querer del esposo;—contestó con malicia el señor Peñas, y agregó—Espero que no se irá usted sin decir adios por allá.

—No lo crea, taitito; mañana voy á buscarlo sin falta;—ofreció Eulalia, comprometiéndose así delante de su marido.

—Esa es mucha bondad, señora. Entonces, hasta mañana.

—Adios, señor.

—Adios, taitito.

Dijeron don Antonio y Eulalia, y el párroco salió nuevamente triunfante en sus propósitos, con la

idea fija de no dar ocasión á que se evaporaran los primeros entusiasmos de la mujer.

—La oportunidad se llama éxito;...—se dijo entre dientes, ya en la calle, mientras que los esposos López sostenían este diálogo.

—No ves, Antonio, cuán bueno es el señor Peñas.

—Ha estado muy cortés.

—Ustedes los hombres, por malos no más, hacen la guerra á los clérigos.

—Yo nunca, hija ¿Alguna vez me has oído decir una frase contra ellos?

—Serás tú, pero otros... ¡Jesús! el otro dia oí una disputa entre jóvenes que parecían decentes, y, ya te digo, me quedé escandalizada, porque se atrevieron esos desalmados hasta á decir que en el confesonario conquistaban mujeres.

—Cierto que es avance y grande; pero de todo hay en la viña del Señor. Esos serán los malos curas que profanan la santidad de los sacramentos; pero no personas de la talla del señor Peñas.

—Sí, es un santo.

—Lo creo;—repuso el señor López, fijando su imaginación en un punto que hacía algunas horas había perdido de vista.

Y ya las sombras del crepúsculo vespertino comenzaban á envolver la tierra con el manto negro de la noche, en cuyo fondo oscuro lucirían, en breve, las estrellas en las alturas; y, en la pradera, derramadas al pié de los arbustos, las luciérnagas de plateada lumbre.

XXI

Necesitamos encontrar, entre las laderas del camino de Palomares, á uno de nuestros personajes, que, aunque secundario, no puede quedar relegado al olvido.

Manuelita; que salió de Rosalina, horas despues que Ildefonso, hizo su camino pausado, consumiendo en la rueca el vellón de lana que tomó al salir en peregrinación; y, como era natural, se llegó á descansar en casa de Ziska.

Manonga halló aquella casa, dejada en la mañana con la tranquilidad de un nido de torcaz, convertida en una verdadera colmena de abejas indústriosas y ligeras. Esta sacaba los sacos rellenos de cebada en grano, echándolos al remojo para la jora que debía convertirse en espumante chicha, color onza de oro; aquella repasaba las gallinas y los corderos del corral, sentenciando á muerte, sin otra ley qu sus propias simpatías y antipatías, separándolas para la seba; esa vaciaba el trigo del celemín para escoger la *cirizuela* y llevarlo al molino, porque los rosquetes del árbol nupcial y los panes de la boda quería amasarlos personalmente doña Mónica.

Solo Ziska permanecía alejada en un rincón, pensativa y taciturna, con un montón de piedrecitas de diversos tamaños, á manera de lapiceros de pizarra, que iba atando en distintas posiciones en una cuerda de lana, según el pensamiento que quería expresar, que es la manera como apuntan en las serra-

nías sus cuentas ó sus pecados las personas que no saben escribir.

—Caray que me huele á resurrección doña Mónica! En qué *traginetes* se han *enredau* las doncellas?

—Manonga *pasá*, mira que la gracia nos ha caído. Se remedia la Ziska y ese dolor de cabeza menos es un milagro de mi Señora del Cármen.

—Ni me lo repitas, Mónica; ahora las casacas andan por los montes, todos los hombres quieren al fiado y á plazo, y para cumplir ¡if!—dijo pasando el índice por los lábios.

—Esa es mucha *verdá*, Manonga, ya una madre tiene que tener ocho ojos. Gracias á Dios que estas han *sàliu* á mí que, de moza, ni un confite de cuaresma les *almití* á los que me cantaban *huanitos* á la media noche. Lo dijera Eugenio, si viviera el pobre.

—Foncito, *pá qué es decir*, se ha *portau* bien;

—Ni que digan lo contrario, que el muchacho no ha *veniu* sino con ojos á la iglesia, y lo contrario sería *falsa calumnia* y *descrédito*.

—Y en qué ayudo, pues?—preguntó Manonga, desatándose el pequeño bultito en el que estaban sus veinte soles, guardando tambien la rueca.

—Catay que puedes hacer una obra de *caridá* con la Ziska: allí la tienes en el *esamen* sin ir ni *pa tras* ni *pa* delante.

—Bueno, bueno,—aceptó riendo Manonga y se fué á sentar junto á la muchacha que escondió su sarta de piedrecillas.

—*Atatao*, Ziska; ni si fuera yo la justicia;—dijo

Manonga aparentando resentimiento, y agregó con intención—Y yo que te pillé con él esta mañana, vamos, en cuál estás?

—Estoy en *octavo mandamiento:*—respondió con timidez la chica sacando la sartita. Y ambas se pusieron á hablar en voz muy baja.

....

Entretanto Ildefonso no desperdiciaba minuto en casa de doña Asunción, cuya confianza ganó definitivamente, y activó las cobranzas, asegurando sus doscientos soles, y aparejó su modesto ajuar de novio, comprando terno nuevo para él y para ella; pues en cuanto á la ropa del dia de la ceremonia, él tendría que alquilarla de los poseedores de prendas semejantes. Y reflexionando sobre este punto se dijo.

—Solo hay dos clases: ó militar ó diplomático; y ella...pero, según dijo mi futura suegra, ella podrá prestarse buena saya de su comadre doña Anita. A mí no me sentaría bien el *fraque* y el *tarro:* me gusta más el de militar ¡qué caray! yo puedo ser tambien un coronel de *á deveras*, qué no tendría miedo de echarle pinchazo al mismito presidente con su banda y todo! Sí, alquilo...de militar, vamos!

Y Foncito se puso en movimiento como un agente de negocios.

Don, Valentín despues de algunos minutos de descanso, dijo á su mujer.

—He estado en Rosalina, Asunción.

—Esa es tu querencia,

—Bien, como quieras llamarla, mujer; pero el domingo viene Antonio con su señora, y espero que la recibas como ella merece.

—Eso quieres tú, desalmado, hereje,....

—Ténte, mujer, que no estoy para bromas, y te suplico que no provoques un conflicto decisivo.

—Querrás dejarme para irte con esa hija de tal.

—Lengua maldiciente, repara en lo que estás diciendo, y no me espongas, por los mil diantres!—dijo Cienfuegos golpeando el suelo con el pié derecho.

—Si no es por ella ¿á qué vás dia sí, dia nó, á la casa?—preguntó Asunción un tanto humillada.

—Tengo graves negocios con Antonio, te juro que ese es el motivo y nada más.

—Ya lo veremos.

—Lo verás claro como el sol. Entretanto, no debes pasar por una mujer imprudente. Yo no sé quien te ha metido semejante cosa en el caletre..... serán los frailes.

—Jesús! Ya comienzas, Valentín, tú espones la salvación de mi alma con todo lo que hablas;...que acabe todo, bueno, y ¿cuándo viene doña Eulalia?

—Te he dicho que el domingo,—repuso Valentín, disimulando una sonrisa de triunfo y de burla á la vez.

—Está bien, despues de la misa, me vengo á esperarla; pues mis devociones las dejaré para la noche—prometió doña Asunción cediendo el campo

por completo á don Valentín. Y salió de la vivienda, diciendo para sí:

—Por partes, mejor que venga. Yo observaré todo con mis mismos ojos, y en la primera que la pille le planto en la cara cuatro verdades, y que arda Troya de una vez.

Doña Asunción tenía, en aquellas horas, todo el arrojo que acompaña á la mujer entrada en los cincuenta años, cuando perdidos todos los encantos de la vida, solo le queda la aridéz de la observación de las demas mujeres, en quienes nunca quiere reconocer mérito alguno, y va á expurgar los pequeños defectos aumentándoles tamaño y fealdad, amén de que las mujeres hermosas no tienen un enemigo más irreconciliable que la mujer fea.

No interesan á nuestro relato las escenas con que trascurrieron las veinticuatro horas, en el reloj de doña Asunción, desde la anterior entrevista con su marido; pero, sí debemos exponer lo que ocurrió al regreso de Manuelita, despues de su visita á Eulalia y su permanencia en casa de la novia de Ildefonso.

Presentóse, pues, Manonga en la casa de la señora de Cienfuegos y dijo.

—*Catay*, *señoracha*, que bien he cumplido su mandar.

—Hola, Manonga! Supongo que traes malas nuevas; siéntate.

—Ni por pienso, mi sea Asuntita, que así son las habladas de la gente, que, por mal hablar, á *na-*

dies cobran impuesto—repuso la moza sentándose y colocando en sus faldas un sombrero de fieltro negro con cintillo de color.

—Cómo? qué...?

—Le digo, niña, que en su corazón de *usté* no debe engordar el gusano de los desconfiados. La señora Eulalia es una persona arreglada, catay que yo *laí* visto salir de confesarse.

—De veras?—interrumpió doña Asunción interesada en sumo grado.

—De veritas, niña, yo *lai* visto con estos ojos que *van volver* tierra, y usté se lo puede preguntar al señor cura.

—Manonga! me vuelves la tranquilidad! Sí, yo hablaré con el señor Peñas que es mi confesor.

—Sí, y aun me dijo la señora Eulalia que iba venir á visitar á usté.

—Así me lo ha comunicado Valentín, y ahora sí que le daré mil satisfacciones á ella por mis juicios temerarios. Jesús! Una persona que se confiesa, que tiene su director, nada malo puede hacer. Te repito, Manonga, que me devuelves la paz, y Dios te lo pague—dijo la esposa de Cienfuegos, palmeando suavemente el hombro de Manonga, á lo que ésta repuso con segunda intención.

—Así es, señoray, aunque la gente es *fagil* y el *pecao* no se duerme, y usté debe *ocservar* las cosas de cerca cuando ella venga.

—Cabalmente eso mismo he pensado, Manonga,

y el domingo no te pierdas, pues haremos unas *huatias* de papas con queso fresco.

—Bueno, señoray, tambien podemos hacer un *pollito de viernes.*

—Cómo es eso?

—Guá, siendo usté de aquí no conoce?—dijo riendo la moza.

—De veras que es vergüenza; pero dime como se hace.

—Catay que se toma una calabaza tiernecita como si dijece el pollito de las calabazas, y se le monda la cáscara.

—Enterita?

—Sí, enterita, y se le saca despues el corazón con *toas* las pepitas, poniendo en su lugar una salsa aguada de huevos duros, rebanadas de queso fresco, peregil menudo, cebolla picada, y su puntita de ajo, granitos de pimienta y sus cuantas pasas. Despues se rellena la calabacita con esta salsa, se revuelca en vizcocho *molío* y se frie en la sartén con manteca.

—Jesús! qué potage tan sabroso debe ser ese!

—*Toabía* no, señoray. Despues de frita se echa la calabacita en la cacerola, con leche preparada en aguado de ají colorado, se le dá un herborcito y despues, ¡uff!—dijo Manonga aspirando la ú como quien hace agua en la boca para ponderar la bondad de una comida.

—Ganas me has abierto, Manonga; pues se hace

el pollito de viernes y trataremos muy bien á doña Eulalia.

—Eso es, niñay, ella ni que malicie las sospechas que usté tuvo porque disimularía, y el *pecao disimulao* no es escándalo—afirmó Manuelita con aplomo disponiéndose á partir, y dejando á doña Asunción nuevamente perpleja entre ese si es no es con que luchan las almas pusilánimes, que desconocen los sentimientos levantados y generosos en sus prójimos.

XXII

El dia sábado tiene, entre los de la semana, no sé qué particularidad que ejerce grato influjo sobre el espíritu.

Parece que una nube de gasa blanca y de topacio se estendiera en nuestro horizonte, marcando las faenas terminadas ayer y el descanso de mañana, paréntesis á los afanes del vivir con sus promesas ilusorias. Á veces se presenta como el ángel de nacaradas alas que, agitándolas sobre nuestra frente calenturienta, nos aduerme con la brisa de las esperanzas, de la fe, del amor.

¿Quién no termina gozoso el sábado? Desde la escuela aprendemos á desearle y sonreirle!

Los personajes de la presente historia llegaron á esperarle con ánsia, por ese tejido misterioso que hace el tiempo con los sucesos que se desarrollan, todos con diversidad de ilusión, con variadas impre-

siones; esperaban, pues, ese dia blanco cual armiño, dorado como el sol, coronado de esmeraldas, símbolo de la esperanza.

Esperar es renacer.

El cura Isidoro Peñas era, sin duda, el más inquieto de todos.

Ziska, la más temerosa.

Don Antonio, envuelto en la incertidumbre matadora.

Asunción anhelante de encontrar el desenlace de su gran campaña.

Eulalia, pusilánime como quien camina en terreno movedizo.

Cienfuegos, resuelto, tacaño, calculador.

Y Foncito, desesperado con esa ansiedad del adolescente que, llegado á la pubertad, aguarda los brazos de la primera mujer que ha de estrecharle en ellos, y descorrer el velo caído en ese triste lindero que marca el fin del niño y señala el comienzo del hombre. Ah! todos aguardaban el sábado.

El señor Peñas se puso en pié más temprano que de costumbre.

En su mente reververaba, como una luciérnaga, un punto blanquecino reflejando sin cesar este nombre—Eulalia.

No bien los punteros del reloj marcaron las ocho, se dirigió al templo y se sentó en el confesonario de la derecha.

Una contrita penitenta lo esperaba desde media

hora antes y, llegándose á la tablilla, se persignó y dijo las oraciones de la preparación.

El cura apenas notaba á la que, compungida, temerosa, cobarde cual nunca, lanzó un hondo suspiro del alma obligándolo á dar dos golpecitos en la reja.

Despues, en voz imperceptible, se trabó este diálogo íntimo, confidencial.

—Hola, tú eres la que se casa?

—Sí, curay—respondió Ziska lacónicamente.

—Pues, acúsate y comienza por lo más grave, eh? lo más feo hay que botarlo por delante, no calles, no omitas, piensa, hija, que lo que me dices lo vas echando á un pozo; nadie lo oye, nadie lo sabrá.

Ziska guardó silencio, volvió á suspirar, y haciendo un esfuerzo sobrehumano despues de retorcer sus dedos, habló así:

—Acúsome que he dado un beso...

—Bueno, y ¿á quién besaste?

—A...á un hombre, señor.

—Ya estoy; pero ese hombre es soltero ó casado? estaban ustedes solos, cómo fué? no tengas reservas, hija.

—Señor es mi novio.

—Solos los dos.

—Sí, solos completamente, mi madre estaba en los molinos y mis hermanas en la población.

—Esto sucedía en el campo, no?

—Sí, señor.

—Y despues...

—Nada más.

—Despues que te besó, que tú besaste ¿qué hubo?

—Nada, señor. Yo desde entonces siento los lábios de él sobre mis lábios...

—Imposible! Tú callas, tú escondes tu feo pecado, y la vergüenza te llevará á tu condenación.

—Nada más, señor—insistió ella confundida.

—A mí no puedes engañarme; dí, te agarró de la cintura, verdad?

—Sí señor, desde antes me agarró.

—No ves? y luego?

—Dijo que le diera una cereza de mis lábios y acercó su boca y...condescendí.

—Ya lo sé; pero dime lo demás, no seas rebelde, nadie más que yo ha de saberlo.

—Es todo, curay.

—Imposible, imposible! Si no declaras lo demás yo no puedo darte la absolución, y no podrás casarte.

—Yo he dejado de oir misa por cuidar los carneros de la casa...y he respondido mal á mi madre cinco veces.....

—Esos son otros; pero ántes acúsate del primero, ese tu novio se conformó con el beso que le diste?

—No, señor, dijo que me quería mucho y que prontito me llevaría á la parroquia.

—Y así, con esa promesa, caiste?

—No señor, la que cayó fué Manonga que venía de paso y entró á descansar en casa.

—Manonga?

—Sí, señor, curay ella cayó y tuvimos que disimular, y saqué un potito de chicha para invitarla.

Ante esta declaración de Ziska el señor Peñas se dijo:

—Pedazo de imbécil! Pero hay que complacer á don Antonio.

Y en aquellos momentos resonaron en las naves unos pasos menuditos, cuyo eco fué á herir el corazón del señor Peñas.

—Nada más eh?—preguntó él.

—Es todo, curay.

—Pues por penitencia rezarás cinco rosarios y darás, cuando puedas, dos soles á la demanda de Nuestro Amo—terminó el cura repitiendo en seguida la fórmula de la absolución.

Ella se levantó cubriendo su rostro ruboroso con el pañolón de lana, y en seguida ganó la tablilla otra mujer que, con el roce de su vestido, decía claramente su nombre y apellido.

—Siempre esperada, siempre calmosa—dijo el cura pasando por alto las fórmulas de introducción.

—Padre, necesito reprimenda, es cierto; pero dormí mal, me levanté enferma y....

—Ya, ya, eso trae el dormir acompañada; pero, vamos, hija. Ya he resuelto lo que debo hacer de tí, y necesito que me jures obediencia.

—Sí, lo juro, señor.

—Me juras que nadie, por terrible que sea lo que yo te diga ó te revele, nadie lo sabrá?

—Sí, padre.

—Juras no reprochar mis mandatos, entregarte á mi dirección por completo?

—Sí, padre.

—Pues hija, hija del alma mia; yo tiemblo como un niño, me acobardo como un mendigo ante tí, sé lo que importa el juramento que me acabas de hacer, sé que eres incapaz de romperlo, Eulalia.....Yo te amo, pero no con el amor mundano de los hombres; mi amor es noble, espiritual, levantado, necesito que tú correspondas ese afecto, así, espiritualmente, sin que tomen parte los sentidos ni la materia, Eulalia, amame así: me amarás?

—Sí.

—Me haces muy feliz. Ahora deja que yo arregle tus asuntos con tu marido, yo descubriré si te es infiel....y entonces....

—Me lo dirá usted?

—Acaso, según....hija,...pero yo quiero verte de nuevo rozagante y bella.

—Gracias, buen padre.

—Eso del viaje á Palomares, en qué quedó?

—Insiste Antonio.

—Yo te ordeno que vayas. Asunción es mi confesada, es tu hermanita, quédate unos dias con ella, yo iré á hacerles una visita, pero no digas nada á nadie: ni á ella ni á ellos: tú sola serás la depositaria de mis confidencias.

—Gracias, señor, gracias—dijo Eulalia satisfecha, orgullosa al verse favorecida con la confianza de su confesor.

Y siguieron hablando sigilosamente por media hora; ella, revelando los secretos más íntimos de su alma; él, recibiendo aquellas revelaciones entre estremecimientos involuntarios de su organismo, manifestados al exterior ya por sonrisas intencionadas, ya por oleadas de sangre que afluían á su rostro.

—Es todo?—dijo, por último, cambiando el tono del cuchicheo y alzando un tantico la voz.

—Sí, señor—repuso ella, que había entregado el perfume del espíritu, cuyas mejillas estaban encendidas como la más aterciopelada rosa de Jericó, donde resbalaban algunas lágrimas silenciosas, diamantes caídos como tributo del alma acongojada. Ay! el espíritu de Eulalia estaba preparado en aquellos momentos como la cera blanda; el artista podría modelarlo á su capricho; mejor aún, parecía un vaso de agua cristalina. A ese hombre le tocaba verter en él la esencia aromática color de rosa de las virtudes cristianas; pero, el simple hecho de haberse colgado una sotana no para entregar á Dios vaso y aroma en el altar de los sacrificios, sino por buscar manera de vivir, no pudo, ni podía despojarlo de las miserias del hombre á las que sojuzga el respeto á las leyes de Dios y á las leyes sociales emanación directa de aquellas.

No vertió la esencia aromática de la virtud predicada por el Cristo, sino dejó caer una gota de veneno como gota de tinta que manchó el vaso y ennegreció la agua cristalina.

—Tú eres un ángel—dijo el cura.

Y, como ella callase, sin encontrar respuesta aparente continuó él:——Eulalia, no calles! Dame una prueba de tu cariño inocente, de ese cariño espiritual que nos liga desde hoy.

—Qué dice, padre?

—Pasa la mano por debajo de la tablilla, quiero estrecharla entre las mias como prueba del afecto entre padre é hija. Sí, Eulalia,....temes?....desconfias?....crees acaso que te ofrezco un amor mundano?......

Y ella vencida por aquella frase, dominada completamente por la fuerza superior del hombre que la hablaba, con el intermedio de un pedazo de madera, buscó instintivamente el claro de la tabla, y por él introdujo una mano diminuta calzada con fino guante de seda.

El la tomó con la avidéz con que pica el pez la carnaza del anzuelo, la estrechó entre sus manos y, desprendiendo el botoncillo de porcelana, quitó aquel guante y llevó aquella mano, blanca como la leche, á sus lábios quemadores y secos.

Eulalia sintió en su corazón una aguja clavada como un dardo, su sangre circuló con violencia, y en aquel ósculo le fué comunicada toda la corriente magnética de que estaba impregnada la naturaleza vigorosa, apasionada del amable cura Isidoro Peñas.

Despues retiró la mano suavemente, y él la dijo.

—Deja que se quede el guantecito.

Y aquella seda finamente trenzada, oliente á ber-

gamota, quedó en poder del cura, haciendo las veces de un prisma de cristal al través, del que divisaba los colores del iris en los vergeles encantados del amor colmado, donde iba él en alas de un triunfo positivo, si hemos de tomar en cuenta aquel embrutecimiento en que se sume la mujer–cosa, tan diversa de la mujer–persona.

XXIII

La Felicidad es también una Hada caprichosa que corre veloz en el carro conducido por las ilusiones.

Pero, los dias en que se la aguarda, las ruedas de su carro se ponen pesadas y las horas parecen eternas, como sucedía á Ildefonso que veía amanecer y anochecer los dias largos como el invierno.

En el caserío de Palomares todo se hallaba cambiado con sorprendente rapidez.

Eulalia y doña Asunta, como llamaban en familia á la señora de Cienfuegos, se vieron, se abrazaron cordialmente y se comunicaron sus secretos, con las reservas que cada cual conceptuaba necesarias.

Fué Asunción la que dijo:

—Ya le digo á usted, Eulalita, conviene que nosotras dos consultemos á nuestro director sobre estos manejos de don Antonio y de Valentín.

—No me explico, en verdad, amiga mía, este empeño de traerme y luego regresarse los dos, sin

aceptar ni el almuerzo del lunes que usted preparó con tanta amabilidad.

—Sí, algo hay entre los dos, Eulalita, usted no sabe lo que son estos hombres de reveseros y *tramoinos*.

—Por mi parte, mi sea Asuntita, yo no estoy ya tan ciega como ántes con Antonio. Ya me he puesto en guardia, y si no fuese por mi confesor estaría pasando la pena negra.

—Ay! el señor Peñas es un santo, ya le digo á usted que lo quiero con todo mi corazón y daría mi vida por él.

—Y yo .....

Decian esto las amigas cuando entró Ildefonso, afanado y sudoroso, á dar la buena nueva de que llegaba el señor cura de Rosalina.

Don Isidoro había medido maestramente todos los efectos y las evoluciones del corazón femenino.

Despues de su entrevista tierna, íntima, en que quedó convencido de que la mujer que amaba le correspondía, puesto que ella no rechazó ninguna de las libertades que él se tomó á guisa de correspondencia espiritual, se dijo.

—La he prometido una visita sin fijarle dia, para que constantemente me espere y piense en mí: luego dejaré de verla, para prepararle el corazón á la obediencia ciega en los momentos de las impresiones fuertes. ¿Qué importa este momentáneo sacrificio que yo impongo á mi propio corazón, dejando



de mirarla, si de él depende todo? Luego la casa de Asunta me prestará mayores seguridades.

Y cumpliendo estos propósitos dejó trascurrir ocho dias de mortal ansiedad para Eulalia, en cuyo organismo se efectuaba la gran evolución calculada por el cura.

Este, por fin, al terminar la semana, llamó á uno de sus sacristanes de servicio.

—Ensilla la *Pajarera* con la silla nueva, y tú irás en la *Boticaria* —le dijo el cura señalando á las mulas por los nombres que tenían en la tropa de bestias, y se fué á tomar su poncho negro con listas azules, envolviéndose el cuello con una bufanda de lana morada tejida al *crochet* de ocho puntos; arremangó la sotana hácia la cintura quedando en traje de hombre, es decir en pantalones; calzó sus piés con ricas espuela de plata esmeradamente bruñidas; sacó del armario un sombrero de paja con cintillo ancho de gró negro; cubrióse con él y salió fuera de la habitación.

En la puerta aguardaba el sacristán sujetando de la brida una mula tucumana parda, alta, de buenas carnes, recientemente herrada y enjaezada con un hermoso terno trenzado en *Curahuasi*, lleno de hevillas de plata. Lucía el animal una montura limeña de estribos cuadrados, chapeados de plata igualmente, y quedaba cubierta con un pellón *San Pedrano* de largo filamento.

El cura hizo una cruz con la mano sobre la montura, más por costumbre que por encomendarse, ca-

balgó y partió seguido de Perico, el sacristán de la parroquia, que los domingos cambiaba su chaquetilla de paño azúl oscuro por la túnica de bayeta roja y el roquete blanco.

Así llegaron ambos ginetes al espacioso patio de Palomares, en cuyo empedrado desigual resonaron las herraduras de las bestias.

—Jesús! qué buen mozo había estado!—dijo Asunción al ver al cura.

—Si, deveras que parece un San Antonio—repuso Eulalia cuyo corazón hacía cabriolas dentro del pecho.

El, entretanto, se apeó de la mula, dió las riendas á Pedrito, soltó las faldas de la sotana y se dirigió hácia las dos señoras, á las que alargó la mano que ellas besaron. Cuando le tocó el turno á Eulalia, el señor Peñas cuidó de ajustar la mano contra los lábios temblorosos de la presunta víctima, á cuyo roce revivieron todas las emociones ya dulces, ya lujuriosas, del amable cura de la parroquia, que, con fingida ternura preguntó.

—Y cómo están estas mis hijitas?

—Tanta dicha no esperaba tener—dijo Asunción.

—Cómo estaremos solas y abandonadas en esta hacienda, señor—contestó Eulalia aparentando un si es no es de resentimiento por la demora, acaso comprensible solo para el señor Peñas.

—Ni solas ni abandonadas, hija, puesto que cuando vuestros maridos os dejan, quizá por exigencias de los negocios, aquí está vuestro padre......

—Siempre tan bueno!—exclamó Asunción.

—Gracias de todos modos, señor—dijo Eulalia levantando cargos.

—Pero pase mi taitito aquí, aqui......

—Quiere sacarse las espuelas?......

—Desea algo, mi padre......?

Preguntaron ellas alternativamente y Asunción, dando voces, dijo.

—Ildefonso! Foncito! Jesús, con este muchacho! Desde que se le ha metido el diablo en el cuerpo ya no se cuenta con él.

—No hay que molestarse, Asuntita, que todos somos de hueso y de carne;—exhortó el señor Peñas, sacándose las espuelas primero y despues la bufanda y el poncho, que acomodó en el respaldo de una silleta dejando las espuelas debajo de ella.

—Taitito ¿qué le ofreceré á usted? una *chabela*, un vaso de chicha morada ó una copita de puro?—enumeró Asunción.

—Venga la chabela, que esa aplaca la sangre y alimenta, dijo el cura.

—Volandito—contestó doña Asunción saliendo de la pieza.

—Eulalia: mucho y grave tengo que decirte. Voy á procurar una conferencia contigo; déjame hablar un momento con Asunción;—dijo el señor Peñas en cuanto quedaron solos, dando á sus palabras un tono de misterio y dirigiendo miradas hácia la puerta.

—En el momento, padre mio,—repuso ella saliendo en busca de su amiga.

Cuando Asunción entró á la vivienda el cura paseaba largo á largo la sala, examinando con escrúpulo los menores detalles de ella.

—Dispense usted, taitito, que mucha cachaza es achaque de viejas—dijo ella, llegando con el vaso de chabela preparada con chicha de jora y vino generoso.

—Pues no; te declaro, hijita, que has tardado solo lo preciso para criar ganas,—repusó él tomando con una mano el vaso y palmeando, con la otra, suavemente en el hombro de la señora. En seguida acercó el cristal á los lábios y apuró de golpe el contenido, vació un pequeñísimo rezago en el platillo, limpióse la boca con su pañuelo cuidadosamente doblado, y devolviendo el vaso dijo:

—Como de manos *angelorum.*

—Que Dios le pague tanta bondad, señor.

—Aguarda, santica, aguarda, pués tengo que decirte alguna cosita ántes que venga tu amiguita;—observó el cura poniendo en práctica su plan preconcebido.

—Aquí soy toda oídos, taitito;—repuso Asunción deteniendo el paso y prestando respetuosa atención á las palabras de don Isidoro.

—Bueno, hija, todo es en reserva eh? Yo he venido por arreglar unos asuntos de conciencia de este matrimonio. La pobrecilla es una bienaventurada; pero estos hombres se van poniendo ¡puf! que ni condenados, desde que se usan estos estilajos de liberales y racionalistas, y tanta patraña y herejía...

—Dice mucha verdad mi tatito. Ay! harto tengo que consultarle tambien yo de este Valentin.

-Lo que quieras, hija; yo estoy para consolar á las que necesitan de consuelo.

—Dios le pague, señor.

—Pero, antes tengo que tratar con doña Eulalia, y espero que en tu casa me darás un momento de sosiego.

—Cuando guste, señor, para eso está su criada—respondió Asunción con exajerados ademanes, al extremo de que casi se le vá el vaso de la mano, en momentos en que llegaba Ildefonso, quien se inclinó y dijo.

—Ya las mulas están aseguradas con alfalfa limpia, y mi tata sacristán *acomodao* como canónigo.

—Bueno, bueno. bribonazo. Y ¿cuándo acabas de acomodarte tú con la chiquilla de la quebrada? —contestó el señor Peñas aparentando amabilidad y dando á su frase el tono de chanzoneta.

—Ay, mi *tata*, ya poquititos dias me restan de soltura y *libertá*, que el dia de mi padre San Francisco, si Dios quiere, usted nos echará el nudo de ¡ni quién desate!—contestó Ildefonso.

—Pero llamen á la señora de López, que no se pierda tanto por adentro;—dijo el señor Peñas, variando el tema de la charla, y, dirigiendo la visual hácia el lugar por donde pasó Eulalia, agregó.

—Creo que mi Asuntita no será tan agarrada que deje de convidar otro vaso de chabelita para tomar todos nosotros á la salud de este presunto novio.

XXIV

Don Valentín y don Antonio regresaron á Rosalina la tarde misma del domingo, comenzando el lunes sus proyectados trabajos, que emprendieron con resultado halagador.

En el momento en que volvemos á encontrarlos, el señor López cubierto de una blusa azúl de trabajador, atada la cabeza con un pañuelo blanco, agarraba en la mano izquierda una lámpara de minero y en la diestra una enorme barra de platina, y entrando á una claraboya, abierta en la tierra, comenzó á bajar unos escalones improvisados con troncos y adobes, semejantes á los que sirven en las trojes de empalizada, y comenzó á contar mentalmente.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete!

Al dar el último número pegó un pequeño salto, como para afianzar definitivamente las pisadas, y la luz de la lámpara iluminó mortecínamente el tétrico recinto, oscuro como boca de lobo, dejando ver diversas herramientas en un taller de herrero y grabador á la vez.

—¡Cómo me tiemblan las carnes! No parezco un hombre aquí...un hombre! Bien que...digamos claro, tampoco estoy en mi centro. No sé qué fuerza impulsiva ejerce sobre mí este maldito Valentin, desde aquel dia fatal. A veces creo que la acción de mi revólver hubiese sido más eficaz. Cáscaras!...... he sido pusilánime!...... Pero ella! .....la adorada mujer!......¡ah! ¡vida de perros!......cosas existen

en este miserable mundo que dán al traste con filosofia y todo, y casi, casi, sí señor, nos empujan al fatalismo!....

En el curso de estas reflexiones, don Antonio colocó la lámpara encima de un banco, junto á la barra de platina; y fué, escogiendo martilletes, buriles y remaches con sumo cuidado.

Luego resonaron unas pisadas en el exterior y crujió la madera de los escalones, dando el quién vive á los que profanaban el misterio de aquel recinto; sin que el señor López parase mientes en tal accidente, absorvido por su ocupación.

Trascurridos algunos segundos, llegó don Valentín acompañado de un hombre alto, fornido, de patillas ralas como los palos de la *canchalahua*, amarillos como ésta. Sobre su cara blanca lucían dos ojuelos azules como cuentas de vidrio, y entre uno y otro se levantaba altanera una nariz tosca y colorada.

Las tres personas se saludaron solo con un movimiento de cabeza, levantando la barba en *tono* de pregunta, y tomaron parte en la labor comenzada por López.

El silencio que reinaba, unido á la atención que embargaba á los operarios, decía claramente que era aquel trabajo de importancia.

Así continuaron durante dos horas; al cabo de ellas dijo Cienfuegos á media voz.

—Por hoy creo que tenemos tarea llenada?

—Eso diciendo cuerpo *mí* que pidiendo *una* tra-

go,—repuso el hombre fornido, á lo que observó López

—Por ahí empieza usted y acaba siempre Mister Williams.

—Como dice mí *dicen* todo hombre trabajando fuerte,—dijo y alzó la lámpara.

Don Antonio y Cienfuegos acomodaron algunos objetos con señales determinadas, y comenzaron la ascensión seguidos de Mister Williams. Una vez llegados al término de la salida, que daba á una vivienda, Williams entregó la lámpara al señor López, que, despues de apagada, la colgó en un clavo de la pared, y luego preguntó dirigiéndose á Valentín.

—Y, mañana á qué hora será la marcha?

—Es curiosa tu violencia, Antonio.

—Te digo francamente, Valentín, que deseo verla y traer á mi Eulalia. Esto no puede prolongarse ni repetirse.

—Cómo?

—Prefiero decirla todo. Si ella me ama guardará mi secreto.

—Y si ya no te ama?

Esta pregunta hizo circular una corriente de mentol en el organismo del señor López, que palideció visiblemente.

Mister Williams, indiferente á la conversación, había sacado un cigarrillo, lo armó y encendió, dando el primer chupetón con la avidez del vicioso que, por algunas horas, se halla privado de aquella suprema delicia trocada en humo.

—No quiero ni suponerlo, Valentín, eso sería terrible.

—Pero mil cosas terribles se ven en la vida.

—No amarguemos la sangre. ¿A qué hora partimos?

—Saldrémos cuando gustes.

—Pues, á las nueve almorzaremos en Palomares, y en la tarde regreso con ella.

—Convenido; pero no pienses ni por tentación decirle nada. Tú no sabes que las mujeres no guardan secretos; y, sobre todo, hecho el trabajo fundamental, esto es arreglado el sótano, ya las cosas tomarán otro rumbo y pretextos no nos han de faltar.

—Convengo, Valentín. Por tu parte agasaja á doña Asunción, no seas terco con ella; comprométela para que nos acompañe el dia del matrimonio de Ildefonso......

—Si ella es la madrina.

—Tanto mejor, compensaremos estas horas tristes con unos ratitos de gloria;—dijo el señor López con tono sagaz, sacudiendo el polvo de su calzado con el pañuelo que acababa de desatar de la cabeza, y caminando despues hácia un lavabo de hoja de lata colocado en atril.

Cienfuegos, por su parte, limpióse el vestido con un cepillo que tomó de la mesa, y dijo riendo.

—Me entretiene la sencillez con que te preocupas del matrimonio del *cholo*.

—He simpatizado mucho con él, es un corazón abierto, franco y debe ser leal.

—Con la lealtad de estas gentes de pueblo que esperan que uno dé la vuelta para arrimarle de palos.

—No seas pesimista, y, tú ¿de dónde eres, tagarote?

—Nací, por mi desdicha, en este villorrio; pero harto hago por sacudirme del capullo y volar, cual pintada mariposa, á regiones de vida y salud. Caspiroletas! y si esto anda como principia, en dos años iré á Roma por la bendición del Papa.

—Yo he perdido la fe en los negocios, Valentín, y no sé qué corazonadas me dan de que esta mina ha de ahogarse.

— La única corazonada puede ser el haber muchas manos en el tiesto; pero como cada una está atada;...—repuso Valentín con reticencia, arremangando los puños de la camisa para lavarse las manos.

Antonio tenía entre las suyas una toalla felpada con que se secó, y la ofreció en seguida á su compañero, sacudiendo despues del brazo á Mister Williams que estaba como petrificado enfrente de ellos, observando los giros que daban las pequeñas columnas de humo del cigarro ya casi reducido á pucho.

—Mister Williams, desde el jueves todas las tardes, eh?—le dijo.

—Ah! sí, mucho buena caballera;—respondió el americano, y se largó sin más explicaciones.

Williams era un ente raro. Callado, caviloso, escéntrico, parecía guardar en el fondo de su alma un abismo oscuro como el crímen, ó tal vez insondable

como el dolor. Sus ojuelos brillaban solo cuando veían una copa de *wisky*. Aseguraba que su oficio era dorador de metales, y alguna vez que le preguntaron por su nacionalidad mencionó la Carolina del Norte.

Don Valentín Cienfuegos trabó amistad con él en la feria de *Vilque*, y pensando en sus proyectos se dijo; este es mi hombre—y lo llevó consigo dándole diversas ocupaciones mientras llegaba el momento. Despues de los arreglos de Valentín con el señor López, Williams fué empleado sin observación alguna, siendo su virtud principal hablar poco y trabajar con tesón, asi como su gran defecto consistía en beber mucho wisky y consumir tabaco en todas las formas conocidas; porque á Williams le era familiar el cigarrillo, tanto como la cachimba y el puro de á centavo.

El señor López se sacó la blusa azúl cambiándola por el saco de casimir, ordenó sus cabellos con el peine y, cubriéndose con el somorero de fieltro negro, invitó á Valentín á salir á la calle.

—Iremos á la ruleta;—dijo éste.

—Como gustes; el objeto es matar el tiempo.

XXV

En la casa de Ziska los preparativos tocaban á su término, y puede decirse que allí exclusivamente reinaba la paz que los negocios, la ambición y la intriga han robado á los hogares en la sociedad con civilización á medias.

Ildefonso, fiel á sus promesas, llegó á la casa y dijo á doña Mónica:

--Catay, señora suegra, que con permiso de usté traigo el viático para mi virgencita;—y alcanzó á su novia un bolsillo de lana, conteniendo los doscientos soles que consiguió de doña Asunción y algunos otros de sus ahorros.

—Ya ni para qué me dices, Foncito? Ella es tu mujer y puedes darle cuenta de tu sudor y de tu fatiga;—repuso ella.

Ziska, al recibir el bolsillo, preguntó:

—Todo me traes Foncito, y tú?...

—No te afanes, *moñina*, el hombre es hombre y saca mortaja de la baraja;—contestó el mozo riendo.

—Bueno, lo sé; pero ¿de qué te vistes el dia aquel?

—Yo de Coronel, claro, ya está *asegurao* el uniforme, y de lo buenazo.

—Cierto, Foncico, que en todo no parece sino que mi *sea* del Cármen es la que ha *tapau* la casa con su escapulario. Yo he *conseguiu* unas prendas de las mejores, y, ya verás á tu Ziska el dia de la boda.

—No hay como andar derecho por el mundo.

—Eso sí que es clarito como el sol, hijo.

—Pues, Foncito, yo quiero que tú determines en una disputa qué tenemos con máma.

—Y?

—Ella dice que alquilaremos la banda de don Esteban, y yo y mis hermanas queremos la del cojo Pinelo, porque tiene dos clarinetes, y platillos, y chinesco.

—Bueno, hija, si en eso no hay disputa ahora Yo dije eso porque la del cojo Pinelo vale más, y como no contaba con lo que trae tu *mariu* había que ajustarse.

—De modo que en paz, y en vísperas, *moñona*—dijo Foncito, abrazando por la cintura á la muchacha y comiéndosela á besos con los ojos. Y al llegársele la dijo al oído.

—*Entro e poco* serás mia para siempre.

—¡Ay! déjame, Ildefonso, no seas atrevido. Jesús! y lo que me ha *costao* con el cura tu cariño del otro dia!—respondió la muchacha, esquivando el cuerpo á su novio.

—Guá y qué lisura! y qué hubo en mi casa?—interrumpió doña Mónica tomando un aire de gravedad.

—No fué *nadá*, señora suegra *nadá*, que si algo hubiese habido, le juro por quien soy, que no vuelvo á pisar estas puertas, y ella se habría entendido con la encomienda.

—Pues! ¿y qué dices, moza?

—No te enojes máma *follullita*, si yo le hago *idea* á Foncito por darle que rabiar; eso que me dijo el cura, ya le contaré despacio—contestó Ziska con los carrillos rojos y procurando reir.

—A mí no me gustan lisuras, ya lo sabes, Ildefonso; yo he *criao* á mis hijas para hombres *honraos* como tú y se acabó—dijo doña Mónica sacudiendo las faldas de su vestido.

—Trato cerrado no *almite* pleitos; doña Mónica.

Yo nada tengo que ver con *naidie*, el juéves se cumple mi dia, y ahora tengo que tratar con el párroco, á ver si hace el matrimonio tempranito; porque sería mucha molestia ir desde aquí de noche.

—Esa es *verdá*, y en poniendo empeño tus padrines ya verás como se allana *too*. Solo para los pobres hay dificultades.

—Y tú ya te has *confesao?*—preguntó Ziska con interés.

—Eso lo dirá el gallo cuando cante, á la media noche, cocorocóoo—Repuso Ildefonso contento como al principio, y luego, dirigiéndose á la madre de la novia, dijo:

—Bueno pues, doña Mónica, yo no vengo ya aquí, ustedes irán á la casa del padrino llevando todo, y la hora les mandaré avisar con Marcelino: porque en estos tragines se me vá el tiempo, y tambien yo tengo que atender allá en la casa, que allí está la esposa de mi padrino..

—Convenido, ya sé lo *queide* hacer, y no tengas *cuidao* por esa parte.

—Adios, pues, hasta pronto.

—Adios!!—dijeron ellas, y Foncito salió enviando desde lejos besitos volados á su novia.

Doña Mónica, en el acto se puso á dar órdenes terminantes, y Ziska á arreglar una petaca de cuero donde acomodaba distintos objetos y piezas de vestir.

Ildefonso llegó en unos cuantos minutos á Palomares, donde sus atenciones se redoblaban con mo-

tivo de la permanencia de Eulalia; puesto que él y Manonga, más experta que las indias de servicio tenían que arreglarlo todo, desde el ponche de la mañana, mientras las señoras rezaban la novena del *Justo Juez* y despues conversaban de sus sospechas recíprocas acerca del comportamiento de sus maridos. Y así llegó el momento de la presencia del señor Peñas, al que dejamos pidiendo una chabela para beber á la salud del presunto novio.

—Con el mayor gusto, *tataito*....á ver Manonga; —dijo doña Asunción, mientras Ildefonso pasaba la voz de llamada á doña Eulalia que no se hizo aguardar.

Simultáneamente entraron en la sala Eulalia y Manonga, seguidas de Ildefonso que recibió de la segunda un azafate, con cuatro vasos de chabela, y acercándolo al señor Peñas le dijo:

—Usté elegirá, mi señor.

—Estos dos para mis dos hijas;—contestó él, agarrando dos vasos con ambas manos y alcanzándolos respectivamente á Eulalia y Asunción.

—Para tí será este, y yo...

—Falta un vaso, Manonga.

—No; tomará Ildefonso como novio, señoray, que yo acabo de beber una *chicha de ojo*—repuso Manonga recibiendo el azafate vacío de Ildefonso, y salió.

—Pues, que seas buen casado, y críes en el temor de Dios á tus hijos;—brindó el cura y bebió sin apartar la mirada de la señora de López.

—Esta Manonga que se lleva la *charola*—dijo Asunción sin saber donde colocar el vaso.

—Deme usté su vaso, máma—dijo Ildefonso, colocando éste y el suyo en la mesa del centro, y volviendo á recibir el del cura y Eulalia.

—Creo que es tropel de caballos?....—observó Eulalia parando la atención.

Ildefonso se asomó á la puerta precipitadamente y, volviendo, dijo.

—Son los patrones, máma.

—Recojan esos *cristales*, no vayan á creer que bebemos—advirtió el cura visiblemente contrariado, y dirigiéndose á Asunción la dijo:

—Espero que me darás una vivienda reservada, yo necesito descansar.

—Todo tendrá usté, tataito, voy á ponerle una cama en el escritorio de Valentín.

—Eulalia, hija mia, yo he venido por hablar contigo; confiate de Asunta—dijo el cura á media voz á la señora de López, que lacónicamente contestó:

—Está bien.

Y las herraduras de los caballos, briosos y ligeros, resonaron en el empedrado de la casa, del mismo modo que el rodar de las espuelas cuando los ginetes se apearon.

Don Antonio y Cienfuegos entraron sin ceremonia á la sala.

—Buenos dias.

—Hola, mi cura ¿usted por acá?

—Sí, caballeros. Así andan los tiempos...las visi-

tas en la casa y los patrones en la calle,—contestó él disimulando su contrariedad.

—De Rosalina venimos, allá hemos estado toda la semana.

—Así lo supongo.

—Cómo vá la salud, mi sea Asunción? y tú ¿cómo estás, hijita?—preguntó el señor López.

—Buena.

—Bien.

—Ni qué preguntarle, señora. Cada dia está usted más hermosa, perdone Antonio—dijo Valentín, y sus palabras mordieron como una víbora el seno de Asunción que, al oir la galantería dirijida á Eulalia, se puso en asecho. Esas frases fueron suficientes para echar por tierra todo el cúmulo de reflexiones, y su pensamiento volvió á fijarse en las palabras de Ildefonso que le había dicho: si sale cierto, yo castigo y vengo....

Don Antonio tambien encontraba á su mujer más bella. Había adelgazado imperceptiblemente en ocho dias, un ligero tinte de palidez se notaba en su semblante, y sus ojos, sombreados por una ténue gasa negra, parecían mas grandes, quedando en sus lábios la frescura de las frutillas de primavera.

—Yo acababa de pedir una pieza para descansar, señor don Valentín,—dijo el señor Peñas.

—Hija, atiende al señor cura.

—Si está listo el cuarto, por acá pasará mi taitito.

—Pues entonces con el permiso de ustedes—dijo

don Isidoro, alzando su poncho y bufanda del espaldar de la silleta y las espuelas que colocó debajo.

—Que descanse bien, señor.

—Hasta luego, lo llamaremos para el almuerzo.

—Sí, y que no dure mucho el reposo.

Dijeron simultáneamente los presentes, y el cura penetró en un tercer cuarto que servía de escritorio á Valentín donde, por órden de Asunción, habían colocado Manonga é Ildefonso, un pequeño catre de viento, limpia y confortable cama en la que se acostó largo á largo el párroco, profundamente embargado por un gran pensamiento que debía resolverse en aquel dia sin prórroga posible.

Doña Asunción salió para ocuparse con Manonga de los asuntos relativos al almuerzo, dirigiéndose Cienfuegos á su dormitorio. Cuando López quedó solo con Eulalia, fué á sentarse junto á ella, y tomándole suavemente la mano la llevó á sus lábios, y la dijo.

—No sabes, esposa del alma, el sacrificio que me he impuesto privándome de tu compañia. ¡Ah! he sufrido mucho.

—Dices verdad?

—Como Dios lo sabe! ¿Y por qué dudas?

—Entonces Antonio, ¿qué misterio nos separa? tienes acaso algun secreto y te averguenzas de que yo......

—No, no, Eulalia, te hablo con el corazón en esta mano que estrecha la tuya! no! te amo más que nunca!...

En aquel momento crujió un mueble como un cajón forzado; pero ninguno de los esposos advirtió el sonido.

—Diera algo por saber si dices la verdad.

—Nada necesitas dar, alma mia, porque lo sabes, te lo juro, te lo probaré.

—¿Y por qué huyes de mí? Lo que pasa entre nosotros dos no puedo explicármelo, Antonio. Al principio me dijiste que tus negocios iban mal, y hasta llegaste á preguntarme, en una de nuestras horas de felicidad, si viéndote arruinado te amaría siempre. Despues, tu carácter se ha convertido en hosco y caviloso, y gastas dinero como si aquellos quebrantos de que me hablaste hubiesen sido fingidos.

—Eulalia, todos esos cargos házmelos, pero no dudes de mi amor. Tú eres para mí la única mujer en el mundo sí, sí—dijo el señor López con frenesí y atrajo con pasión el cuerpo de ella que estrechó entre sus brazos, y devoró los rojos lábios de ella con los suyos sedientos de una dicha sin nombre.

En aquellos mismos momentos el cura Peñas, que en vano intentó dormitar reclinado sobre los almohadones, cuajados de mallas y labores de mano, fué á sentarse al escritorio de don Valentín, y sea por propósito deliberado ó por mera curiosidad, fué abriendo uno á uno los cuatro cajoncitos en que habia útiles de escritorio y diversos papeles numerados. Por una de aquellas casualidades que jamás

alcanzamos á explicarnos, su mano tomó el pliego signado número tres, con lápiz rojo. Desdobló el papel siempre preocupado, y repasó la escritura maquinalmente, como suele hacerse en casos semejantes; pero cuando llegó á la conclusión saltó en su asiento, como herido por un rayo, paseó en su semblante una sonrisa satánica, y volvió á leer el contenido con suma atención.

—Tengo un ángel malo ó bueno que me proteje? esto es todo. Plan definido, no necesito más!—se dijo dándose una palmada en la frente. Paseó su mirada recelosa por todos los rincones de la sala, y seguro de su soledad y del silencio que le rodeaba, dobló cuidadosamente el papel, lo guardó en el bolsillo de la sotana y fué á echarse nuevamente en la cama.

XXVI

La voz de Ildefonso fué notificando que el almuerzo estaba servido; y el señor López, despojado ya desde momentos ántes de sus prendas de viaje, tomó de la mano á Eulalia, dirigiéndose ambos al comedor donde aguardaban Asunción y Cienfuegos. El señor Isidoro Peñas fué el último en llegar, haciendo ostentación de amabilidad, y frotándose las manos, dijo:

—Creo que esperan.

—Sí señor, pase por acá—contestó Cienfuegos señalando el asiento de la cabecera.

—A servirles de respeto, no?

—Este platito de *chairo* para mi *táta*—dijo Asunción pasando uno servido.

—Y qué buena cara la del chairito! ¿tendrá retazos de *cucho,?*—preguntó el cura oliendo la vianda.

—Ni sé, mi tata; la Manonga es la que está desempeñando la cocina, y para la tarde nos prepara un pollito de viernes.

—Hola, la Manonga es veterana.

—A qué llaman *cucho*, mi cura?—preguntó don Antonio.

—Hombre, aquí los de un departamento no nos entendemos con los de otro; y no es raro que en Lima pregunten cómo crece el *chuño*. El cucho, mi amigo, es el borreguito tierno, deshuesado y salado.

—Cómo! no te acuerdas que una vez nos obsequió el gobernador uno, cuando sacaste á Miguelito de la recluta?—observó Eulalia.

—Cabal pues! no me acordaba.

—Primero beberemos un *tránquilis* para abrir las ganas—propuso Valentín.

—Aceptado, el *matagusano* se hace necesario en estas alturas—opinó el señor Peñas, tocándole la comisión á Ildefonso.

—Vaya, novio; por este servicio voy á tratar ahora de su *remedio*—dijo el cura riendo al recibir la copa.

—Verdad que se acerca el dia.

—Y si á ustedes no les parece mal podemos hacer el matrimonio en la capilla de la hacienda—ofreció el párroco.

—Eso que lo resuelva Ildefonso; pero tomemos ántes, que las moscas amenazan las copas—dijo don Antonio.

—Salud!

—Salud—repitieron todos. Don Valentín despues de limpiarse los lábios con la orla del mantel, dijo:

—Bueno, Foncito; ya que vas á entrar en el gremio, agacha la cabeza y decide donde quieres recibir el yugo: aquí ó en la parroquia.

El mozo se puso á reflexionar por cortos momentos y contestó:

—Para mí lo mismo dá aquí que allá, señor; pero la chica querrá lucir su *paramento* y que la vean las del pueblo......

—Y que la envidien al ver que se lleva un mozo tan guapo como tú;—interrunpió don Antonio.

—O que la compadezcan las que saben llevar la pesada cruz—observó doña Asunción.

—Gracias, señora—dijo Cienfuegos socarronamente dándose por notificado.

—No creo que diga eso Asuntita por quejarse—aclaró el cura.

—Vaya que ustedes se llevan la bola por otro lado; se trata de saber donde se hace el matrimonio;—dijo Eulalia, á lo que don Antonio repuso:

—Por convenir á los intereses de la ahijada y á nuestra cortesía se hará en el templo de Rosalina; así tendremos, tambien, motivo para llevar á ca a á la señora Asunción que es la madrina.

—Sí, padrino, y allá echaremos una *moza–malita* con banda de viento;—dijo Ildefonso traspirando alegría por todos sus poros.

—Como ustedes dispongan, que yo soy el capellán;—respondió el señor Peñas interiormente contrariado; porque su escenario de ataque en los planes forjados era la casa de Asunción, donde él disponía de toda la gente femenina y por el momento aún de Ildefonso.

—Por acá el soconuzco—dijo don Valentín á Manonga que llegaba con tazas servidas y colocadas en bandeja.

—Me suscribo al chocolate, porque aquí lo toman puro, sin esa canela ni habas tostadas que le echan las monjas,—dijo el cura.

—Este es del Cuzco, legítimo.

—Tengo un *sucumbé* de leche ordeñada *ahoritita*, con huevos de gallina guinea y el *pisco* que vende la *Mantón blanco;*—ofreció Manonga.

—Jesús! qué rico estará ese sucumbé; á ver un vaso.

—Yo tomo tambien, que á mí me gusta la leche en todo;—dijeron Eulalia y Asunción respectivamente.

Manonga no tardó un minuto en presentarse con dos vasos, rebosantes de espuma y aromáticos que trascendían á distancia.

—Está tentador el sucumbé; á esto lo llaman en Lima *caspiroleta*, en Arequipa *ponchecito batido*, en Puno *leche de cielo*, y en Ayacucho *corta-calambres;*—relató don Isidoro.

—Yo tomaré de él, doña Manonguita, y declaro que usted ha remachado con clavo de plata este almuerzo tan bueno;—dijo don Antonio.

-Mi patroncito siempre tan bien *manerao*— repuso ella en tono de agradecimiento.

—Te comprometo á que no faltes en casa el dia de las bodas de Ildefonso;—previno Eulalia.

—No, niñay, si yo estoy en los secretos de ellos desde la *pretensa;*—repuso ella mirando al mozo que, callado y meditabundo, sopaba una rebanada de pan en el pocillo de chocolate.

—Pues,....yo soy de parecer que el chocolate del Cuzco es *bocato di cardinali.* no lo cambio por otro; —dijo el cura, limpiándose los lábios con el mantel, despues de haber agotado su ración, y paseando la mirada por el contorno de la mesa para ver si todos habían concluido. Entonces dijo:

—*Deo gratias:* ahora no vendrá mal un ratito de siesta.

—Cuando usted guste, tataito, que su cuarto lo conoce ya,—repuso Asunción.

--Nosotros vamos contra esa regla. Antonio daremos un paseo por el gramadal; nos acompañarán las señoras—dijo Valentín ofreciendo un cigarrillo al cura y á su amigo, mientras Ildefonso apuraba un vaso de agua fresca y cristalina.

El señor Peñas dirigió en aquel momento una mirada á Eulalia y Asunción, *mirada de grillete*, si asi pudiera llamarse á la que, en ciertos casos, dan los ojos para impartir un mandato irrevocable; mirada

hipnótica que determina hasta el crímen, y que sin embargo puede pasar inadvertida para los espíritus que no están comprendidos en la corriente magnética, como sucedió esta vez en que ni el señor López, ni don Valentín, ni Ildefonso pararon mientes en ella; pero las dos mujeres quedaron como anonadadas, y Asunción rompió el momentáneo silencio diciendo:

—Ustedes vayan, que nosotras tenemos algo que hacer en casa.

—Sí, y tambien el sol está picante;—apoyó Eulalia.

Y todos salieron del comedor.

Ildefonso que estaba en ascuas por comunicar á su novia que el jueves, á las nueve del dia, iba á ser la ceremonia en el templo de la parroquia de Rosalina, se fué corriendo en busca de Marcelino con quien pasó recado al caserío de doña Mónica.

Trascurrieron treinta minutos escasos cuando la voz del señor Peñas se dejó oir, llamando desde la puerta con ese tono hipócrita que imita la gravedad.

—Asunta, Asuntita!

—A su mandar, taitito;—respondió lista ella, separándose de Eulalia en cuya compañía comentaba ciertos detalles del almuerzo y la llegada de los maridos.

—Hija, ya te dije que mi venida obedece á serios asuntos que tengo que hablar con tu amiguita; y como debo regresar ya, desearía, pues, que tú, con tu prudencia, me proporciones una entrevista, sin que

de esto se impongan don Antonio ni tu marido, ni nadie. Hay secretos que no todos pueden guardar.

—Por mi parte, taitito, aquí no sale un sí ni un nó—dijo ella haciendo una cruz en su boca.

—Bueno, así reservadas, así prudentes deben ser las mujeres; porque el corazón no debe conocerlo sino el padre espiritual.

—Ya lo dije, taitito.

—Llama, pues, á Eulalita, y, tén cuidado por afuera,—dijo el cura dándose á comprender en toda su plenitud por su hija de confesión, y volvió á la vivienda empeñado en contener las emociones que se agolpaban á su corazón.

—¡Momento supremo! ¡cuánto hás tardado en llegar; pero al fin llegas!!—se dijo el señor Peñas dejándose caer de golpe sobre la cama.

—El taitito dice que tiene unas consultas sérias que revelarle. Eulalita; vaya usted, vaya que yo estaré por aquí cerca para lo que se ofrezca—dijo doña Asunción sacando del bolsillo del vestido un ovillo blanco con el cual estaba tejiendo malla.

—Cierto, Asunción, que tal vez por eso se molestaría en venir el señor cura.

—Si es tan bueno! es un santo!

—Allá voy, que prontito vuelvo, ya hablaremos —contestó la señora de López caminando.

Qué observación sicológica puede determinar las diversas, cambiadas y casi inverosímiles emociones de una mujer colocada en el caso de Eulalia? Ninguna; porque, hasta hoy, el corazón de la mujer es

un abismo cuya oscuridad mantiene la ignorancia, y ¡ay! de aquella que pidiendo gracia al Dios de las alturas enciende una luz en su conciencia y, ante la llama vívida de la razón, encuentra sepulcros blanqueados, allí donde soñó ver la sublíme emanación de una Religión santa, divina como su fundador!

Eulalia se detuvo en el dintel del escritorio de don Valentín Cienfuegos, y vaciló para dar el último paso que le daba entrada en el aposento.

Si el entusiasmo de las palabras de su marido, si sus caricias vehementes, habían tranquilizado su corazón; si ella lo amaba ¿por qué acudía á la llamada del cura cuyos lábios posados sobre su mano la hicieron estremecer de un modo pasional? ¿por qué no evitaba verse, cara á cara, con el que le arrancó repetidos juramentos de sigilo para decirla *yo te amo?* Tupida y fuertemente atada es la benda del fanatismo en cualquier órden que se le considere.

—Es un amor espiritual que en nada puede afectar la honradez de una mujer casada;—se repitió mentalmente, por toda explicación, la señora de López, y avanzó varios pasos diciendo:

—Me llamaba usted, padre?

Entretanto Asunción, al formar las primeras cadenetas de la malla, se decía con verdadero dolor.

—Perdóname, Eulalia, tánto juicio temerario que he hecho de tí con mi marido, cuando tú eras tan arreglada.

XXVII

Reinaba silencio absoluto por todos los ámbitos del caserío de Palomares, hermoso con sus minaretes blancos y sus techos colorados de tejas.

El aire saturado de los perfumes del trébol, las flores de las habas y el maíz en penachos rubios, brindaba á los pulmones una atmósfera, caliente al rigor del sol suspendido en un cielo trasparente donde ni la más lijera gasa en forma de nube, interceptaba uno solo de los rayos que abrasaban la tierra con el calor tropical, señalando la hora de las germinaciones en el seno de esa madre cuyos secretos posee el Autor de la Naturaleza, secretos que roba el naturalista para determinar cómo se hincha la semilla, se abre y brota un ojo imperceptible que, rompiendo á su vez la capa terrestre, surje hasta convertirse en el frondoso pisonae coronado de bombones rojos ó en el oloroso sauco de albos plumajes.

¡Momentos solemnes!

Acaso determ:nan también para el hombre la hora de las grandes efervescencias de la sangre, que le impelen á arrojarse en brazos del placer, exitados sus sentidos con ese efluvio de atmósfera tibia y olorosa.

Cuando el cura Peñas vió á Eulalia, se puso de pié, esforzándose por tranquilizar su propia sobreexitación y, estudiando una forma para no alarmarla, le ofreció una silleta y la dijo:

—Sí, Eulalita; y, cómo hemos de hablar largo, será bueno tomar asiento.

—Gracias, tataito.

El señor Peñas arrastró otra silleta, y poniéndola cerca, bien cerca de la señora de López, continuó:

—Siento no tener una tablita á la mano para ponerla entre los dos, porque tú has de responderme con la franqueza que siempre te he pedido, como á tu padre.

—Ya lo sé y ¿qué?...

—Que hiciste mal en quedarte aquí tantos dias; verdad que tambien te lo aconsejé; pero yo no creia que él regresase á Rosalina dejándote sola.

—Ya usted vé cómo se ha cambiado mi suerte, padre, y tan mala índole la mia que todavía le amo.

—Respetarás la sociedad, tus vínculos, en fin, hija, porque amor de amor vive, y en faltando en un corazón muere en el otro;—peroró el cura, sintiendo herida su fibra celosa por la franca declaración de Eulalia; y con la suavidad con que la víbora engulle la rana caída en el momento sicológico, fué acercando su mano á la mano de ella, hasta tomarla completamente entre las suyas, y la fué acariciando con ternura de niño.

—Por qué no retiro la mano que es de Antonio? —pensó la señora de López; pero una fuerza superior á toda reflexión, una especie de laxitud espiritual que dejaba sin acción la voluntad, la obligó á abandonar su diminuta diestra entre las manos sua-

ves de quien solo manejaba objetos delicados como los lienzos de lino.

—Es preciso que te diga, Eulalia, una vez por todas, que hace quince años que tú vives aquí en el corazón, fija, sola, adorada á cada minuto, reverenciada á cada hora! Compadéceme, no seas insensible. Nuestro secreto será tan profundo como el de las tumbas! Oh Eulalia! mi carácter me hace intocable por la lengua y la maledicencia humana; y, en todo caso, sería.....una debilidad,.....no un crímen, no!......

—El adulterío! exclamó Eulalia horrorizada sin poderse contener.

—Qué dices, hija? no! no! no! yo no te llevaré al adulterio que, bien mirado, es un accidente sin importancia en la vida humana; porque en las sociedades que viven con escasos ideales y con el sentido moral en huelga, el adulterio no preocupa á los mismos que son víctimas de él. Lo que preocupa en todo caso es el escándalo,— dijo el señor Peñas, midiendo maestramente la dósis de veneno que vertia sobre el cáliz de una existencia creada para el bien, porque su índole era buena.

—Jesús, qué horrores está usted hablando, por Dios, padre mio!.... Imposible! —arguyó ella en uno de los sacudimientos que, como la carne próxima á morir, daba su organización afectada.

—Te haces la tonta! vamos Eulalia, ni te enseño el adulterio ni te lo pido. No, lo que te exijo es simplemente compasión para un afecto inmenso, inco-

mensurable!...— dijo el cura con arrebato pasional; y prevaleciendo la materia en aquel momento, ébrio, ciego, nave sin timonel arrojada á la témpestad, tomó del brazo á Eulalia y sujetándola como con barras de fierro la atrajo hácia la derecha con ánimo resuelto; mas en esos momentos dieron golpes repetidos y menuditos en la puerta principal, dejándose oir la voz de Asunción que decía:

—Doña Eulalita, doña Eulalita, salga, que vienen.

Y el cura apenas tuvo tiempo para decir.

—Hija de mi corazón! Mi honor está en tus lábios!—y cayó desvanecido en la cama que estaba á su derecha.

....

—Bueno señora! Las horas no se miden ya en casa agena, es tiempo de marchar—dijo don Antonio, al ver á Eulalia que salía á su encuentro, y Asunción repuso.

—Cómo se habían de ir sin tomar el pollito de viernes de la Manonga?

—Para todo nos daríamos tiempo, señora, si fuese más temprano; pero la tarde avanza, y los caballos esperan embridados—contestó el señor López, examinando con estrañeza el semblante de su mujer.

XXVIII

Las campanas del templo se desgañitaban, de risa probablemente; la banda de música del cojo Pinelo resonaba en los aires con los acordes del *Jamás mi*

pecho, tonada compuesta sabe Dios por quién pero de todos comprendida, amada y aplaudida, hasta por su letra que es el juramento de amor más tierno; cientos de paquetes de cohetes chinos reventaban en el atrio del templo, casi formando una calle delineada por el humo, los papelitos rojos y la tronadera; cuando salió de la iglesia un grupo compacto y heterogéneo, presidido por un Coronel de pantalón grana, levita azúl marino con presillas de finos hilados, sombrero de picos con pluma de General, y sable de caballería al cinto. Era el feliz Ildefonso, y á su lado, asida del brazo, iba una dama con faldellín de seda color tumbo, pañolón de vapor granate bordado de colores, peinado alto como una torre, sujeto con una peineta de carey de siete pulgadas, y flores de manos, un tanto descoloridas, en el remate. No era otra que Ziska, la afortunada esposa, que, de bracete con Foncito y llevando ya la bendición nupcial encima, no se cambiaba ni con la Sara Bernardt de los tiempos posteriores, despues de morir en la *Dama de las Camelias*. En seguida iban varias parejas notables, siendo las primeras don Antonio López y doña Asunción, padrinos del matrimonio, don Valentín y Eulalia, el gobernador, Juez de paz y maestro de escuela del lugar, y un séquito de ochenta ó más personas, parientes y amigos de los novios.

En la puerta de la casa del señor López reventaron media docena de *camaretas*, como formidables cañones de un blindado marítimo, salva con que se

recibía á la pareja nueva; y todos entraron en la casa, que, convertida en una especie de romería de Navidad, ostentaba en medio del patio un árbol cargado de rosquetes, cucharas, monedas, animales vivos y cuanto el afecto de los parientes y ámigos colgó en sus ramas.

—Ajá! qué rico está el árbol de la boda, lo *qués* elegir buena mitad—dijo uno de los envidiosos.

—Pasen todos adentro, y que vaya una comisión por el señor cura!—exclamó don Antonio.

—Cierto, padrino, aunque él ofreció venir luego que se desvistiera;—dijo Ildefonso.

—Con todo. es de atención—insistió López entrando en la sala de recibo.

—A ver, Asunción, ¿qué tomará usted?—preguntó Eulalia.

—Lo que ustedes gusten, yo tomo todo.

—Para Valentín una copita de *puro* ántes,—interrumpió don Antonio.

—Sí, amigo, que estoy con el estómago respondón......

—Aquí viene nuestro cura;—dijeron varios desde la puerta de la sala.

—Hurra á los novios!! hurrááá!—gritaron otros en coro.

—La banda que toque el ataque de *Huchumayo*;—pidió uno.

—Sí. el ataque, porque Foncito ataca—contestaron algunos.

—Chist! eso de *callao*, que ahí está el cura con su gobernador;—observaron otros.

—Y la novia, que no vió, lo verá—dijo un mozón.

—Lisura, y miren quien habla! el que no tiene coteja—murmuró una vieja.

—Mi cura con usted, que por la Iglesia se entra al cielo;—dijo uno brindando.

—Con todos, yo soy de todos;—repuso el párroco, y en seguida alcanzó una copa á Eulalia diciendo:

—Creo que no me desairará esta copita la señora de la casa.

—Asunción y la novia que nos acompañen—respondió ella recibiendo la copa.

—Foncito, buena te la buscaste, zorro,—decía uno abrazando al momentáneo Coronel.

—En la quebrada crecen las más gallardas flores, miren á la de *Sulluni*.

—Y que la conozca su padre si resucita;—decían en aparte dos mozos señalando á Ziska; y el copeo se hizo general, sin que nadie alegase razón alguna para escusarse de empinar el codo, tanto que, en un cuarto de hora, todos hablaban alto y porfiaban como unos ultramontanos.

—Vaya, hijita, que hoy haremos las paces;—dijo el señor Peñas llegándose á Eulalia.

—Verdad, tata, que me molesté de veras.

—Pero me perdonas, me has perdonado?

—Por qué no? el perdón es del que lo solicita.

—Bueno: en prueba tomaremos un pisco grande.

—Y si me mareo?

—Estás en tu casa, y con irte á tu cama se acabó la historia.

—Bueno, venga el pisco.

—Señores, copa general por mis ahijados—dijo en esos momentos el señor López.

—Todos servidos, padrino.

—Pues, señores, este matrimonio que se celebra cobijado por el amor y el trabajo, sea feliz y bendiga el cielo esta unión dándole la prole que merece, un hijo cada año!—brindó el padrino.

—Bravóóó—gritaron todos, chocáronse vasos y copas, y Ziska dijo á su novio.

—*Mirá*, Coronel buen mozo, *llevá* esta copita á la madrina.

—Con permiso ó sin él voy un rato por adentro; —dijo Eulalia dirigiéndose á Asunción.

—Vamos juntos, doña Eulalia, que si usted desea descansar yo tambien clamo por aire fresco, y esto es menudear mucho la copa;—contestó la señora de Cienfuegos, y ambas se dirijieron al dormitorio.

—¿Qué hace esa banda? á ver *la palomita;*—pidió uno.

—Para eso se les paga á éstos,—dijo doña Mónica muda hasta entonces.

Y el párroco, paseando la mirada con la pericia del militar que toma posiciones, se levantó disimuladamente y se introdujo al interior.

—No, *padrinoy!*

—Señor Valentín!

—Beba el padrino primero ¿y si tiene veneno?—decían éstas y las otras, empeñadas en comprometer á López y Cienfuegos.

Para la escursión del cura no hubo valla, y llegando donde estaban las dos señoras, las dijo:

—Las pesqué, las pesqué como á dos palomitas. ¡Cómo descuidar yo á mis hijas!

Y ambas sorprendidas dijeron á una voz:

—Táta!!

—No se asusten, que no soy león. A ver, Asunta, no está propio que las dos se vengan dejando la sala con gente. Desempeña á tu hermana mientras descansa.

—Cierto que ni me había *fijao*,—dijo doña Asunción saliendo inmediatamente; y cuando el señor Peñas quedó solo delante de Eulalia se lanzó sobre ella sin preámbulo, y la estrechó entre sus brazos repitiendo fuera de sí.

—Mujer, mujer! te pertenezco.

—Deténgase ó grito.

—Tú amas á Antonio?

—Con toda mi alma.

—Pues si no cedes, aquí está su perdición—dijo el cura presentándole el pliego signado con el número tres de lápiz rojo.

Eulalia lo leyó temblando, y estaba próxima á desmayarse cuando don Isidoro le arrebató el papel y despues, con la fuerza del milano que coje á la paloma, la sujetó en sus brazos y con sus lábios

candentes como el áscua, envolvió los purpurinos lábios de la mártir en un beso que no tuvo fin, llevándosela hácia el canapé rojo. Pero ella sintió acudir en su auxilio una fuerza misteriosa como la impulsión de la índole de la persona nacida para el bien, y trocadas sus emociones en ira dió una sacudida titánica y arrojó al cura léjos de sí, cayendo él de lleno sobre el canapé y rodando por el suelo su negro solideo; en momentos en que la figura simpática y noble de don Antonio López aparecía en el umbral de la alcoba, donde llegaban las voces de afuera que decían:

¡¡Viva, viva el novio que *no vió!!*

Y el señor López distinguió al través de una gasa negra la imagen marmórea de Eulalia, junto á la mal traída sotana del cura Peñas, donde esos labios de mujer, rojos como los guindos de Urubamba, eran una gota de sangre indeleble.

El cura formó ante los ojos del infortunado señor López el oscuro del claro color de cielo que en su corazón dibujó la tímida niña que, en la noche de su desposorio, estrechó él entre sus brazos con la pureza con que el rayo de luna circunda la corola de una rosa; noche inmemorial en que ambos se dijeron en la suprema exaltación del amor.

¡Eternamente solos! Nadie entre los dos!!

FIN DE LA PRIMERA PARTE.



SEGUNDA PARTE

I

La alcoba estaba decorada con el primitivo gusto de los dias felices del matrimonio de López, cuando entre ellos no se alzaba aún la fatídica figura del confesor solicitante, tipo del mal sacerdote que abraza la carrera por cálculo, sin haber sido llamado por aquellas excitaciones del espíritu que llevan al hombre ya sea al tabernáculo de las artes, ya á los altares de lo divino.

Un enorme jarrón de *amancáes* perfumaba la pieza, y sobre el mármol del lavabo yacían esparcidas algunas horquillas de alambre negro y peinecillos de carey de dos dientes; y un pomo de vinagre Bu-

lly destapado, que mezclaba su olor fuerte á la suave fragancia de los amancáes.

La luna azogada del enorme ropero de roble charolado reproducía, clara y silenciosa, la imágen de los personajes que, en medio de la gravedad de la situación, mal podían fijarse en la risible figura del señor Peñas, ni en el solideo tirado por el suelo y reproducido tambien por el espejo.

Don Antonio quedó como petrificado por algunos segundos, procurando darse cuenta de lo que pasaba ante sus ojos.

El cura Peñas se arrojó á los piés de don Antonio, y puesto de rodillas le dijo:

—Detenga su juicio, hermano,......ella está sin mancha; perdone,....calle,....calle y perdone......

—Miserable! esa es la actitud del mal sacerdote, esa es la misión de reptíl que se arrastra humilde hasta verter el veneno en el cáliz de la dicha ajena, —repuso el señor López, despertado del estupor, asiendo del cuello al cura Peñas con propósito de destrozarlo.

—No provoque un escándalo—arguyó lacónicamente el cura, poniéndose de pié, logrando deshacerse de la mano de su rival y en actitud de defensa.

—Antonio, por Dios, Antonio, acepta por lo ménos una explicación—suplicó Eulalia, empalmando las manos con los ojos preñados de lágrimas al través de las que todo lo veía turbio.

—Señora, todo ha concluido entre usted y yo—

respondió el señor López lanzando una mirada de desprecio á su mujer.

—Sí, será como quieras; pero, escucha por Dios!...

—El ridículo caerá sobre usted sólo don Antonio. ¿Quién le creerá, en la sociedad, lo que usted cuente de mí? Mi condición, mi estado me escudan y....la sociedad es mia..... Por otra parte, yo puedo perderlo para siempre; yo estoy al corriente de los secretos de....don Valentín—dijo el cura aceptando la situación resueltamente.

Una oleada de sangre pasó por el rostro de don Antonio López, quedando en seguida pálido y sin acción.

—Vea que la reconciliación es una necesidad, señor López—continuó el cura, seguro de llevar ventaja en las armas de defensa y de ataque.

—El escándalo sería peor que la muerte, Antonio; quítame la vida que te pertenece; pero.....

—El honor valía mas que la vida, señora—interrumpió don Antonio, á lo que don Isidoro dijo:

—Sí, y es del honor de usted del que se trata. Esa señora está sin mancha, se lo juro, y usted quiere mancharla señalándola ante una sociedad que condena el adulterio en la mujer y no se fija en el del hombre.

—Antonio, por Dios, yo te contaré todo. He sido confiada, pero no culpable; no habría cedido por nada del mundo, tú conoces mi índole—dijo Eulalia acercándose humildemente á don Antonio.

—Necesito saber por qué vino este hombre hasta este lugar.

—Lo sabrá usted—repuso balbuciente el clérigo —Cuando vine, la señora estaba acompañada por doña Asunción que se retiró á poco; y al verla sola, un acto impulsivo impremeditado, una oleada de hombre, un impulso bestial, me hizo aproximarme á la mujer que más respeto en la vida!!

Y se inclinó para recojer del piso el solideo.

—Doña Eulalita, tataito—dijo Asunción llegando y, sorprendida al encontrarse con don Antonio, agregó—Señor López, vamos por allá que todos echan de ménos á ustedes.

—No parece sino que todos se han echado á roncar por acá—dijo don Valentín entrando, seguido del gobernador y de Ildefonso con su uniforme de Coronel.

Don Antonio, demudado y tembloroso como el león que deja escapar la presa, se dijo mentalmente.

—Evitaré el escándalo, pero la venganza es mia— y levantando la voz agregó.

—Vamos, y que esos novios no sufran por nuestra ausencia.

—Padrino, quieren bailar una *mozamalita*,—dijo el novio.

Y salieron todos pasando á la sala, donde el señor López tomó el sombrero del cura y, alcanzándoselo, dijo en voz baja:

—Iré á su casa á verlo.

El cura Peñas salió sin despedirse; pero uno de

los de la reunión, que lo vió cerca de la puerta de calle, corrió á detenerlo.

—No se vaya, señor, que no tardan en servir la merienda, no se vaya......

—Sería cargo de conciencia, hijo, tengo que hacer dos bautismos, volveré más tarde—contestó él apurando el paso mientras que en la sala arreciaba el baile y jaleo, y uno de los parientes de Ziska, sin hacer mérito de la música, cantaba

Ya salieron á bailar
la rosa con el clavel;
á deshojarse la rosa,
y el clavel á recoger.

II

En el patio de la casa, junto al árbol de la boda, estaba preparada una gran mesa, angosta como un banco, pues en la cabecera difícilmente cabían los dos asientos juntos para los novios que se sentarían, según la costumbre, con sus padrinos al lado.

Las fuentes de la merienda iban llegando en abundancia tal, que bastaban para una división de ejército.

Doña Mónica y Manonga dirijían la maniobra gritando á los indios servidores:

—Por acá esa fuente de *cuyes*.

—A la cabecera hay que poner las gallinas al horno y los patos rellenos.

—Sí, que por allí estará el tata Fernando.

—Cabales, los de abajo cualquier cosa comerán. A ver esas papas de *huatia* y los choclos *sancochaos.*

—Mira, Marcelino, *sacá* el corcho y *poné* el clavel en las botellas.

—Jesús! Por lo mismo que una pone *cuidao.*

—Sí, pues, que van á faltar frascos para el vino. Bien me decía mi comadre doña Simona.

—Pero esa banda ¿por qué no toca? Así en silencio se aburrirán de esperar.

—Mejor avisaremos de una vez—observó Marcelino.

—Sí, bien dices; *inter* toman el *abre-ganas* á la buena de los novios hay tiempo para servir el ají de huevos.

—Qué lástima de mi señor cura ¿cómo lo han dejado ir!

—Le apartaremos un platito; él regresará—aseguró Manonga.

Notificados los de la sala salieron con sus parejas: don Antonio dió el brazo á Asunción, don Valentín tomó á Eulalia, Foncito á Ziska, y los demás escojieron pareja á su gusto.

Don Antonio estaba muy demudado y triste. En vano se esforzaba por disimular que llevaba la muerte en el corazón. La idea del suicidio brotó nuevamente en su cerebro enfermo y casi no dirijía la mirada á Eulalia que, tambien con el corazón saturado de amargura y las lágrimas anudando su garganta, parecía una muerta vestida de gala.

Don Antonio López deseaba y temía á la vez explicarse con su mujer. Ansiaba que aquella reunión terminase temprano, y luego se empeñaba en prolongarla. Consultaba su corazón para medir el ódio que sentía por la mujer pérfida y desleal, y luego débil como un niño sentía crecer las pulsaciones que dá el amor, y las últimas palabras de Eulalia, cuando dijo "yo te contaré todo," zumbaban en su oído como delirio producido por la fiebre.

Eulalia, por fin, bebió de golpe medio vaso de vino con agua, y pareció quedar tranquila y confiada.

Se había reconcentrado un momento levantando su espíritu á Dios y pensado que El dijo que no había culpa sin perdon.

Mientras tanto, al rededor de esos dos corazones desgarrados por la mano que debía llevar solo bálsamos y consuelos á los hogares, todo era bullicio, alegria y placer.

Las risas del festín sacudían el organismo adolorido como el estridente golpe del yunque junto al lecho del neurálgico.

—Qué tal mi cura! se fué sin decir allí queda la *puchuela*—dijo el gobernador, y aquellas palabras cayeron como plomo candente sobre el corázón de Antonio, y produjeron un frio temblor en la señora López.

—Es preciso multarlo cuando vuelva, él sacará el zorrito del cuye—contestó otro.

—Antonio, te noto muy disgustado ¿qué te pasa? —preguntó don Valentín á media voz.

—Siento jaqueca, sí, tengo malestar, ya pasará—repuso éste friamente mordiéndose los bigotes.

—Jesús! qué pálida se ha puesto usté doña Eulalita! Le ha dado el viento?—dijo Asunción levantándose de su asiento, acercándose á su amiga, y poniéndole la mano en el hombro, añadió en baja voz.

—Se ha retirao el tatito, algo ha habido.

Jesús! si cuando encontré á don Antonio adentro ni sé qué corazonada me dió, porque estos masones son capaces de juzgar mal de un sacerdote.

—No hablemos de esto aquí, doña Asunción. Más tarde diré á usted lo que hay—repuso enfadada Eulalia, casi aturdida por el sonido del bombo y los platillos de la banda que sonaban muy cerca.

Momentos despues, la medida estaba colmada. El corazón de Eulalia, repleto de lágrimas, se desbordó en corriente incontenible, cruzó los brazos sobre la mesa, inclinó la cabeza y los sollozos comenzaron á salir á borbotones, casi ahogándola.

—*Atios!* tú madrina ha *tomao* sus copitas—dijo doña Mónica á Ildefonso.

Y don Antonio, que estaba un tanto sereno, se levantó de su asiento, se llegó donde Eulalia y la dijo á media voz:

—Señora, está usted indispuesta, déme el brazo para llevarla á su habitación.

Ella no esperaba aquel acto de generosidad de parte de López. Levantó la cabeza, y fijando en él

sus ojos anegados en lágrimas, expresó su gratitud en una de aquellas miradas que trasparentan el alma y estrechan el corazón, pues sentía anudársele la palabra en la garganta.

Tomó el brazo que le ofreció don Antonio.

Muda como la estátua del dolor su rostro decía á gritos la pena infinita, su brazo temblaba al contacto del brazo del que, acaso en breves momentos, iba á ser su juez inexorable.

No se dijeron ni una palabra en el trayecto.

Cuando llegaron á la alcoba, él, soltándola, dijo con aspereza:

—No lleveis las cosas al escándalo y al ridículo. Descansad en ese lecho que habeis deshonrado.

Ella entonces, recobrando la entereza de la dignidad que se reacciona, lo tomó del brazo con ambas manos, y le dijo:

—Antonio, ese hombre que, en su carácter, debía velar por la virtud es un infame, sí, lo sé, lo rechazaba, lo arrojé sobre el canapé como á un muñeco, cuando tú llegaste á acabar de salvarme, y en su merecida caída rodó al suelo hasta el solideo de su cabeza.

Este detalle fué el más importante. López recordaba haber visto el solideo, al cura levantarse del canapé, y á Eulalia frente á frente. Antonio balbuceó:

—Te perdonaría si hablases la verdad.

—Te lo juro por tí, por Dios, por lo más santo que tengo, por tí, por tu amor, por tí—repetía fre-

nética Eulalia, soltando el brazo de Antonio y empalmando las manos en ademán de súplica. Poco le faltaba para caer de rodillas. Su cuerpo la venció por fin, escondió el rostro entre las manos y cayó sobre el pecho del señor López, que comenzaba á sentir compasión. Era tal la sinceridad de la expresión en Eulalia que él se iba convenciendo de que llegaría á saber la verdad.

—Si fuese culpable te lo confesaría, Antonio, segura de tu perdón. Sé que me amas todavía, porque te amo yo y mido tu corazón por el mio!......

—Tranquilízate, descansa—dijo por fin el señor López invitándola á sentarse en el canapé, y allí escuchó la confesión minuciosa de Eulalia, que no olvidó ni el más pequeño detalle, desde la mañana en que el cura don Isidoro Peñas entró en su casa cuando ella regaba los tiestos de violetas.

—De modo que el guante lo tiene él?

—Sí, Antonio, ni he pensado más en él desde aquel dia.

—Y el maldito pliego?

—Esa fué su gran amenaza, sí, yo lo he visto, lo he repasado, y me lo arrebató en momentos de romperlo.

—Quedo satisfecho de tus palabras. A costa de tan amarga lección, te persuadirás que los que van al sacerdocio sin las virtudes de la vocación y la educación necesaria, son los mercaderes del templo á quienes arrojó nuestro Señor con el látigo infamante; estos malos curas siembran en el confesona-

rio la zizaña de la familia y la deshonra del hogar. Ah!.....cuántos maridos!.....Eulalia!.....cuántos padres!....cuántas mujeres en quienes no prevalece la índole!...--repetía el señor López formulando á medias sus terribles pensamientos, y poniéndose de pié, nervioso y agitado.

—Antonio mio, te juro que no olvidaré jamás esta lección—prometió Eulalia, pálida como la flor del almendro, mientras que de afuera llegaba una oleada de murmullo y risotadas anunciando que el mundo, divirtiéndose, no piensa en los corazones que sufren.

-Mañana quedará todo arreglado, tranquilízate y calla—ordenó don Antonio, saliendo transformado de aquel mismo lugar de donde, en la mañana, salió como un idiota arrastrado por la gente que llegó. Ahora iba por sí solo en busca de los que reían. Era preciso beber y reir tambien.

III

El cura Peñas llegó á su casa en unos cuantos trancos, dió un puntapié al gato que, con el lomo arqueado y la cola rectamente suspendida ,salió á recibirlo; arrojó sobre la mesa su sombrero y fué á caer en una butaca de cuero, con las piernas estendidas, la cabeza reclinada en el espaldar de la butaca, y las manos puestas sobre los muslos. Cerró los ojos, como quien se reconcentra, y permaneció en aquella actitud por algunos momentos.

El aspecto sombrío de la habitación correspondía perfectamente á los pensamientos que cruzaban, por el cerebro del señor Peñas, como culebras hambrientas, ganosas de devorarse entre ellas.

Las paredes de barro bruñido tenían por todo adorno un lienzo de la Concepción, cópia de Murillo, con marco de madera dorada, y una repisa al pié sobre la que estaba colocado un tiesto de flores ya marchitas.

Una pequeña ventana, ó más propiamente clasificada claraboya abierta en la pared, á bastante altura del suelo, daba escasísima luz, y ésta interceptada por un trapo rosado clavado por la parte interior.

Los muebles respondían tambien al aspecto de la casa dando unidad al cuadro; pues, fuera de una mesa de pino mal tallada por un aprendiz de carpintero de ciudad que fué á instalar taller en el pueblo; tres butacas de cuero, un escaño de fecha inmemorial, y la cama colocada en una cuja de barrotes negros; solo podríamos mencionar un baúl grande forrado en hoja de lata, de chapa fuerte y pintado de colores, ostentando en la tapa el escudo nacional.

Sobre una de las tres butacas estaba colocada una labor de mano, un *crochet* de lana con crocheros de marfil; y sobre la mesa de pino, cubierta con bayeta verde, un barro del país imitando las jarras de Guadalajara.

—Si al menos hubiese llegado al final.....me rei-

ría de él.....ahora ella se reirá de mí—dijo el cura como fatigado de una lucha interna, y recogió las piernas y abrió los ojos que fueron á fijarse en el crochet de la butaca, y como variando de tema agregó:

—Hola! Josefa estuvo aquí? Pobre Josefa! Cómo se resigna la infeliz á todo! Parece una perra por lo fiel, obediente y callada. Pero sus brazos no son los de Eulalia!..... Este papel me salvaría en cualquier momento; pero, acaso sea un compromiso trascendental para Asunción; y yo no debo perder la amistad de Asunción, ni la de Valentín, ni la de nadie ¡qué diantres!

Púsose en pié, guardó ambas manos en los bolsillos de la sotana y comenzó á dar paseos por el cuarto, mascullando frases que ya le encandilaban los ojos, ya le hacían sonreir con la sonrisa de Maquiavelo cuando lograba convencer al príncipe.

Y, como si los ángeles del arrepentimiento, que á toda hora pululan cerca del pecador extendiéndole los brazos y llamándolo al bien, hubiesen sacudido sus blancas alas para refrescar, cual abanicos celestiales, la calenturienta frente del sacerdote, inspirándole recuerdos y ejemplos felices; en la imaginación del señor Peñas apareció real, viviente, la escena de su consagración, cuando los bronces sagrados se echaron á vuelo cantando gloria, y sus manos fueron ungidas con el crisma del órden, y cuando sobre su cuerpo cayeron las rosas de la campiña deshojadas por los creyentes, y una lluvia de *Berga-*

mota, de *Magnolia* y de *Agua de la Banda* mojó la vestidura sacerdotal de la primera misa.

Quién había de decirle entonces, que flores y perfumes, símbolo de la virtud y de la santidad del verdadero sacerdote, evaporándose poco á poco con el terrible ventarrón de la carne, se trocarían ora en gotas de veneno, ora en sierpes ponzoñosas para el hogar, excitadas en su apetito por aquella comunicación íntima, sin velo, sin reserva, del confesonario, donde la mujer iba á desnudarse moralmente todos los dias!

Acaso el mismo señor Peñas no fué responsable al iniciarse en la lid desigual para la mujer, con todas las ventajas de parte de quien dispone del sigilo y del supremo poder sobre la conciencia.

No eran los padres de familia, los mismos esposos, los que le entregaban hijas y, consortes y con elias honor y dicha?

Qué haría el hombre sin una preparación sobrenatural que sirviese del antídoto invocado por el rey del Ponto? Qué hace el tigre sanguinario, agasapado en la cueva que le sirve de madriguera, cuando asoma á sus puertas el corderillo indefenso? Qué puede hacer el hombre de la forzada continencia, cuando cae la paloma sin alas, falta de razón, con grilletes en la voluntad?

Devorarla!

La lógica de los hechos está en armonía con las leyes de la naturaleza que, en vano se empeñará el hombre en cambiarlas, porque son leyes escritas

por Dios en la gran página estendida por su mano con el nombre de universo.

El cura don Isidoro Peñas optó por una solución.

—Hablaré con Asunta. Las mujeres son astutas, ella sabrá arreglarse, y ella me salvará—se dijo resueltamente y dió voces á Pedrito.

Despues escribió con lápiz unas cuantas líneas en un papel, y cuando llegó el sacristán le dijo:

—Vas volando á la casa del señor López; allí está la señora Asuntita, la de Palomares eh?

—Sí, curay.

—La entregas este papel con reserva, á ella, en mano propia, esperas lo que te diga y vuelves.

—Sí, curay—repuso el indio saliendo á cumplir el mandato.

Cuando llegó á la casa, la reunión estaba próxima á terminar, pues doña Mónica y Manonga se ocupaban en recojer los restos en grandes canastas de mimbres.

IV

El señor López estaba bajo la impresión que resuelve de los grandes problemas del hombre y es, como el despertar de la pesadilla, despues de dias terribles en que se ha luchado empleando todas las fuerzas del organismo animal y todos los recursos que brinda el poder espiritual.

Verdad que, en la vorágine de la vida, pocos son

los que se ven reducidos á prueba tan dura; pero ninguno es abandonado de la Providencia, de ese Ser infinitamente grande é incomprensible que, allá en su trono formado de mundos, verá al hombre más pequeño que el grano de arena, pero á ese grano le ínfunde fortaleza y le dá esperanzas.

El golpe dado por la mano del cura Peñas en lo íntimo de su hogar, fué para don Antonio como el sacudimiento de la pila de Volta que despertó en él espíritu y materia, devolviendo ambos á la actividad de la existencia.

Y mientras Ildefonso y los suyos se afanaban por cubrir de flores el lecho del amor donde reclinarían su casta frente los novios de la campiña, él, don Antonio, luchaba por apartar las espinas que en su camino colocó el director de Eulalia.

La urna de cristal, urna trasparente del amor de esposos, rota por el cura, iría á soldarse por la confianza de un hombre en la índole de la mujer; pero, desgraciado, quedaba una señal en el corazón del señor López con el nombre fatal de duda!

En aquellos dias el país estaba revuelto por una de tantas luchas civiles en que dos caudillos se disputan el poder, y los pueblos echan á la hornilla de las ambiciones personales hombres, dinero y creencias; pues, de tales revueltas políticas surjen tambien las entidades eclesiásticas con prebendas de canonicatos y mitras. El partido del General Castilla se mostraba preponderante, y don Antonio sintió cruzar por su mente, como una ráfaga de fuego,

la idea de abandonarlo todo, sin explicación para nadie, ceñirse la mochila, echar el rifle al brazo é ir á buscar la muerte en los campos de batalla.

Pero aquel pensamiento fué solo una ráfaga.

Pronto vino la lucidez precursora de la razón, y la calma no tardó en llegar.

El señor López se fué al hueco de una ventana del salón, y desde ahí llamó á Cienfuegos para decirle.

—Es preciso entendernos una vez por todas, Valentín; el negocio en cuyos preliminares estamos no es posible llevarlo adelante.

—Te has vuelto loco, Antonio?

—Dentro de ocho diás tendrás tu dinero y no habrá poder humano que me detenga aquí; yo me voy, pobre, mendigo tal vez, pero acabo de comprender lo que vale la honra y por la honra lo sacrifico todo.

—Te digo, francamente, que no te entiendo.

—Tanto peor para tí; porque sin entenderlo tendrás que recibir los veinte mil soles que me diste y devolverme el documento.

—Ni uno ni otro. Creo que te has excedido en las copas, vamos!

—Oh! qué necedad! mañana oirás lo mismo, y, por ahora, basta.

—Pero si no sé ni de lo que se trata! Este es un martillazo á pared lisa, sin clavo que se tenga.

—Está dicho, Valentín. Mañana no consiento trabajo alguno; y si persistes, seré yo quien traiga

á la autoridad. Las intenciones no puede juzgarlas sino Dios. El hombre ha dictado leyes para penar los hechos consumados.

—Pues te declaro que estoy en babia!....

—Señor padrino, los novios quieren ir á descansar, y necesitan su bendición—dijo doña Mónica acercándose, en momentos en que se oía el toque de una corneta de ejército.

—Qué novedad ocurre, soldados?—preguntó Valentín sorprendido.

—Es el batallon *Charansimi* que llega. A ver, señor Gobernador—dijo uno de los convidados.

Y al toque de aquella corneta de guerra, todos los músicos de la banda de Pinelo desaparecieron como las perdices en el peñascal. El terror de los campesinos es la leva y el oficio de músicos les ofrecía doble peligro.

Eulalia se paseaba, aparentemente tranquila, por el salón del festín convertido para la triste en ese mar insondable de dolores que se llama amargura y doña Asunción, despues de leer á hurtadillas el papelito del señor Peñas, se puso en camino á la casa cural.

En aquellos mismos momentos se presentaba en la sala el Comandante Campoverde, segundo jefe del Charansimi, quien con su franqueza de cuartel, dijo.

—Señores: más vale llegar á tiempo que ser convidado.

—Señor Comandante, la casa es muy suya.

—A ver un copón para el señor Comandante.

—Yo preferiría un *bebe* de aquellos que secan la sed.

—Todo por su turno, mi Comandante.

—Y está por acá el señor Gobernador?

—Servidor de usted.

—Pues en su busca vengo. Necesitamos cuartel, rancho para trescientas veinte plazas, y forraje para ochenta animales—enumeró el Comandante.

—Catay, estos son los gajes de la *gobernatura*, señores—respondió aquel alcanzando una copa servida á Campoverde.

—Pero eso será en tiempo de guerra, mi amigo.

—Cuartel no hay.

—No puede ser; la gente no es de confianza; viene forzadita, y pernoctar en la plaza sería darles puerta franca y.... salud!—dijo apurando la copa.

—No hay más recurso que la iglesia, mi Comandante; pero el cura tambien es embromadito como un demontre.

—Pues, á buenas ó á malas, tendrá que dar la iglesia.

—Bueno, mi Comandante. Yo iré con useñoría donde el cura y ¿si no cede?

—Lo arrestamos en el camarín ¿qué más se querrá el santo varón?

Todos rieron del chiste, y apuraron una copa general, saliendo, gobernador y comandante, con dirección á la casa parroquial, donde á la sazón se cruzaba este diálogo.

—Qué pechuga la mia, hijita! pero tú, que tienes caridad, me perdonarás.

—*Taitito*, si estoy á su mandar.

—Recuerdas lo de enantes cuando me quedé un momentito en el cuarto de tu hermana Eulalia?

—Sí, taitito; y, ya despues que regresé, me dió ni sé que susto de encontrarme con su marido.

—Tienes corazón de santa, pues has adivinado, hija. Don Antonio no sé qué ha pensado de mí; yo no digo que no soy de carne y hueso, uno es frágil; pero tú sabes que para ella mi cariño de padre......

—Ay señor, taitito; si ya ahora para estos hombres licenciosos no hay santidad. ¡Jesús! como que juzgan á todos por lo que ellos son—dijo la mujer de Cienfuegos haciendo aspavientos de mojigata.

—Yo te he molestado por un asunto de conciencia, hija; tengo que hacer una restitución en nombre de un pecador á tu marido. Se trata de unos papeles que, bajo santa obediencia, te mando colocar en el segundo cajoncito de la derecha del escritorio, sin imponerte de ellos. Mucho sigilo!

—Con todo gusto, señor.

—Cuidado con quebrantar el mandato! Acuérdate de la mujer de Lot en la Santa Escritura.

—Jesús, ni por pienso, mi taitito.

El cura dió el pliego á Asunción: ella lo tomó y guardó en el seno con el mayor cuidado.

—Tambien te advierto que con Eulalia no te des ni por entendida de nada, que no sepa tu venida, y anda—concluyó despidiéndola.

Ella besó reverente la mano del señor Peñas y salió precipitada.

El gobernador decía en el trayecto al Comandante Campoverde.

—Según van las cosas, tomaremos á los mistianos.

—Ni lo dude usted, mi gobernador; soy hombre de pelo en pecho, yo no me engaño y el triunfo lo llevo en el bolsillo.

—Qué gusto me dá usted mi Comandante! Aquí donde usted me vé soy mas castillista que el mismo *Cachabotas*, y para el dia de la entrada á Arequipa me amarro una mona!.....

—¿Esta es la casa cural?

—Cabalmente; sí.

—El curita estará en casa?

—Aquí debe estar, porque creo que se retiró de la reunión por atender á sus rezos.

—Hola, pues tienen ustedes buen cura. Yo en mis correrías de militar conozco curita que ha estado con nosotros en una de cajón rajado, chupa que chupa, y de ahí se ha ido á celebrar.

—No le dejaré mentir, mi Comandante. Nosotros tuvimos tambien uno de la laya; pero ya el pobre descansa en paz.

—Santas tardes, caballeros—dijo el señor Peñas, desde la puerta de su habitación, al ver entrar á sus huéspedes.

—Que usted las tenga mejores, mi curá.

—Tengo el gusto de hablar......

—Con el Comandante Campoverde, segundo jefe del *Charansimi*.

—Señor mio, su capellán Isidoro Peñas.

Al hacer este conocimiento el señor Peñas tuvo una idea lúcida, salvadora de su situación.

—Quieren la iglesia, mi cura, para alojar la tropa.

—Partido de Castilla, de mi don Ramón, de ese valeroso soldado que jamás ha atentado contra los intereses de su madre la Iglesia. Yo daré la iglesia, pero con una condición.

—Hable, mi cura.

—Pero ustedes tomen asiento;....por acá, mi comandante;....por acá, mi gobernador.

—Decía el señor cura una condición....

—Sí, una sola; que no entren mujeres; eso sí que no consiento.

—Es usted algo enemigo de las mujeres, mi cura.

—Enemigo no, que son prójimos; pero de léjos, de léjos, señor comandante—dijo frotándose las manos.

—Todo se procurará allanar, señor cura, y le doy las gracias en nombre de mi jefe. Su nombre no será olvidado en la lista de los buenos servidores de la Patria.

Los dos personajes dieron la mano al señor Peñas, se inclinaron y salieron.

En el seno de Asunción, vuelta ya á la casa de López, quemaba como una áscua el pliego número 3 signado con lápiz rojo, que ella no se atrevió á desdoblar, apesar de que la tentación de la curiosi-

dad la hirió lijeramente; pero ella por nada de esta vida habría quebrantado el supremo mandato del señor Peñas.

V

Ziska quedó convertida en un busto semejante á la pintura que hacen del Sol cuando lo representan por una cara con rayos en torno. Los rayos estaban formados con cintas de listón de todos los colores imaginables, y juntadas en pequeños manojos de seis y ocho tiras, cuyo remate pendía de una lazada; y cada una de las personas caracterizadas de la parentela femenina de la novia llevaba ese manojo en ademán de arrastrar á la heroina.

Los varones habían desnudado el árbol de la boda, cargando al hombro los utensillios de casa y cuanto de él pendía.

Siguiendo la costumbre establecida, debía llevarse á la novia hasta su hàbitación, y dejarla instalada con los enseres de casa obsequiados por los parientes y amigos bajo el gracioso nombre de *aiñi.*

Como la banda de música tomó las de villadiego á la llegada del *Charansimi*, fué preciso que don Antonio y don Valentín hablasen con los jefes sacando una garantía para las personas, y, con ésta se logró reunir nuevamente á los músicos para la salida solemne de aquella pareja feliz que, en breves momentos, podría repetir lo que el gallardo lirio de la selva dice á la fraganciosa *margarita*...... ¡estamos solos, mi amor! .....

El crepúsculo de la tarde comenzaba á dibujarse dando á la naturaleza la ténue luz que, en medio del campo, con su brisa cargada de olores, convida al placer tranquilo del hogar. Por eso en el crepúsculo de la tarde se recoje el ruiseñor al nido, se detiene en la puerta, sacude las lijeras alitas y canta la despedida llena de esperanzas; pues él sabe que vendrá la mañana, y que su saludo matinal es tambien el himno de alabanza que mezcla al concierto universal para bendecir á Dios.

Salió la numerosa comitiva de la casa del señor López con Ziska llevada por cintas; Ildefonso grave, con su vetusto uniforme; y los hombres cargados de las curiosidades domésticas debiendo recorrer á pié, y al són de la música de viento, el largo trayecto de Rosalina á la casa de Ziska, donde el nuevo matrimonio pasaría la luna de miel.

Don Valentín y Asunción se despidieron, sin que hubiese mediado la más pequeña insinuación de parte de Eulalia ni del señor López para que se quedaran á pasar la noche. Todo lo contrario: estaba manifiesto el deseo que ambos tenían de encontrarse libres de gente en su casa, y cuando don Valentin habló de marcharse, el señor López dijo con seriedad.

—De modo que pasado mañana nos veremos aquí.

—Pasado mañana es imposible. Vendré el lunes, á primera hora—contestó Cienfuegos, prorrogando el plazo premeditadamente; pues creía que Antonio

estaba bajo una impresión de momento, que con un poco de tiempo y otro poco de calma vendría á disiparse como los celajes de verano.

—Tanto mejor; para el lunes podré tener todo arreglado.

—Adios.

—Adios.

Y trás aquella inmensa bulla del festín, y despues de tan seca despedida, la casa quedó envuelta en el silencio de un claustro.

Por todas partes se veían copas con rezagos de colores, las flores marchitas y deshojadas, esparcidas acá y allá, corrían parejas con las escupideras llenas de puchos de cigarros que saturaban el aire de un vaho de olor repugnante, ese olor peculiar á los salones donde se realizan festines del género del que hemos visto, y que son como los miasmas pútridos en el panteón de las alegrías nacidas y muertas en un mismo dia.

Eulalia, aparentemente tranquila, ordenaba la casa dando instrucciones á los sirvientes, mientras que el señor López, profundamente abstraido en su pensamiento, paseaba en la sala con las manos escondidas en los bolsillos del pantalón, y mordiéndose los bigotes á intervalos.

Cuando hubo trascurrido más de media hora en situación semejante, detúvose delante de un sofá y dijo como quien delira

—Crebillon y Balzac llaman al sofá el mueble del adulterio—y una sonrisa sarcástica asomó á sus

lábios, y pascó su mirada por la sala buscando algo. Efectivamente; era su sombrero lo que buscaba, distinguiólo en una esquina, fué hácia él, cubrióse y salió en dirección al escritorio, donde abrió el cajoncito en que guardaba su revólver, sacó la arma, examinó sus cápsulas, guardóla en el bolsillo del pantalón, y salió murmurando estas palabras:

—La retención del guante será suficiente acusación para el infame, con ese guante le arrancaré la vida.

Y con paso mesurado, tranquilo ,como que iba á resolver un asunto trascendental, se dirijió á la casa de don Isidoro Peñas.

VI

—Has reparado, Valentín, en no sé qué, que ha pasado en la casa de López?—preguntó doña Asunción á su marido, despues de haberse despojado en Palomares de sus prendas de viaje.

—Sí, pero la culpa la tiene el fraile, ese......

—No seas mal *hablao* ¡Jesús, Valentín! si lo dices porque entró al cuarto, eso es injusto; si entramos las dos.

—Como quieras. Antonio está celoso, y un celoso es un loco.

—Pero cómo va á tener celos de un sacerdote? Eso ya es demasiada corrupción. Valentín, tú debes aconsejarlo.

—Le aconsejaría hacer lo quo yo medito realizar aquí hace años.

—Y qué?

—No consentir que tú vayas al confesonario, ni consentir que venga á casa ese curita.

—Ave María! parece que has tomado algunas copas de más. En tu juicio cabal no eres capaz de decir estas herejías. ¡Jesús, que ni nos oiga nadie!

—Es que yo soy hombre y he visto, y sé más que tú.

—Y en tal caso ¿qué garantía quedaba para la familia? Valentín, *entiéndete* bien, el confesonario es el único freno para ciertas cosas.

—No discutamos sobre asunto que nos llevará á echarnos la casa por encima, Asuntita. Lo único que te aseguro es que si tú te murierás, buscaría mujer sin más confesor que yo—dijo riendo Cienfuegos.

—Eso querrías, condenado; pero el consuelo que me queda es que yo te he de enterrar.

—Con responso cantado, eh?

Doña Asunción, sin hacer caso de las últimas palabras de su marido, se dirijió al interior, pasó al escritorio, sacó del seno el papel cuidadosamente doblado y, despues de meditar unos segundos, en ademán de duda, lo guardó en el segundo cajoncillo de la derecha, como se lo encargó el señor Peñas, volviendo á salir inmediatamente.

En casa de Ziska las cosas iban muy al placer de los acompañantes; pues, recojidos ya los novios en su alcoba nupcial, separada de la sala por una cor-

tina de percal; los concurrentes hicieron una grande fogata de gransa y *achupallas*, al rededor de la que acomodaron, á cierta distancia, cántaros de chicha de jora y vasijas de pisco que, conservándose en un grado conveniente de calor, lucharían contra la intemperie de la noche.

En la sala anterior al altar de la dicha de Ildefonso se habían colocado bancas de tabla de distintas dimensiones; y tres faroles de vidrio y hoja de lata, pegados en diferentes sitios de las paredes, proyectaban la escasa luz de la vela de sebo, suficiente, eso sí para alumbrar el buen humor que reinaba en los concurrentes; y al són de la música siguieron bailando por la felicidad de los flamantes esposos, hasta que la aurora del nuevo dia extendió su manto de nácar, dejando ver los semblantes marchitos y trasnochados de éstos, el despilfarro del vestido de aquellos y una lijera palidez en el semblante de Ziska que, un si es no es acobardada, se presentó en la sala, donde todos los saludos y todas las miradas fueron para ella, éstas de interés y no pocas de curiosidad mal intencionada.

VII

Cuando don Antonio penetró al zaguan de la casa cural, el señor Peñas paseaba en el salón; pero, luego que distinguió al señor López, corrió á la puerta de salida de la sacristía, donde Pedrito limpiaba tranquilamente unos candeleros de plata.

—Corre, corre—díjole el cura sacudiéndole del hombro—y dí que no estoy en casa, que he ido á visitar al jefe, que no vuelvo, que no sabes nada—y fué empujándolo hasta dejarlo en la puerta.

—El señor Peñas?

—Salió, señor—repuso Pedrito refregando el candelero que tenía en la mano, untado con una preparación de greda.

—Sabes si tardará?

—No sé, señor, puede tardar y puede no tardar... achíuu!...dijo el muchacho dando un estornudo provocado por las partículas de la greda aspiradas en la respiración nasal.

Don Antonio se quedó perplejo y pensativo por algunos segundos.

El cura Peñas estaba colocado trás de la puerta en actitud del ginete que incita con el cuerpo la carrera del caballo; la barba saliente, estirados los lábios, la nariz como pretendiendo prolongarse, y los cartílagos de las orejas inclinados ante la fuerza nerviosa que le dominaba.

Don Antonio necesitó un pañuelo para secar el lijero sudor que inundó su frente y, al llevar la mano al bolsillo notó que había guardado el revólver en el mismo bolsillo, en que estaba aquel. Sacó primero el Smith, luego el pañuelo con que enjugó su frente, sin darse cuenta de que la sola presencia del arma homicida hizo estremecer, trás de la puerta, al señor Peñas y arrancó á Pedro estas palabras.

—Jesús, señor! ¿para qué carga, mi patrón, esa pistola?

El señor López ó bien no atendió ó no quiso responder á la pregunta del muchacho, empeñado en la necesidad de encontrar al cura Peñas. Guardó el revólver en el mismo bolsillo, quedándose con el pañuelo en la mano mientras que Pedrito volvia á decir.

—Señor patrón, ay! yo le tengo mucho miedo á la pistola; capaz de que salga el tiro y nos mate á los dos—y accionaba con el candelero.

—No seas tonto, hombre—dijo por fin el señor López saliendo de su profunda ansiedad, sin sonreir siquiera ante aquellos temores infundados del mozo, y despues de lijera pausa agregó:

—Volveré á las ocho, á las nueve, á las diez. Volveré hasta dar con el ladrón—y salió estrujando entre las manos el pañuelo blanco perfumado, con la cifra de su nombre bordada en una esquina con seda color granate por la delicada mano de Eulalia.

El cura abrió de golpe la puerta, y sin poder dominar su excitación revelada por un lijero temblor muscular, dijo á media voz:

—Ese hombre parece que está loco.

—Curay, sí, parece loco el señor López. ¿Y es á usted á quien le llama ladrón y le quiere matar?

—No, Perico, no es á mí, es á un oficial de los que han llegado. A mí me busca para unas declaraciones y no quiero ir—contestó el señor Peñas, inventando esa cáfila de cosas con el deliberado propósi-

to de que Pedro no tuviese motivos para cavilar sobre los verdaderos asuntos que mediaban entre él y don Antonio.

Y despues de dar unas cuantas vueltas se sentó á la mesa. abrió el cajón de donde sacó una hoja de papel, y se puso á escribir.

El sacristán, sin atreverse á interrumpir al señor Peñas, daba la última mano de lustre al candelero, levantándolo á cierta altura de la cara para observar algunos paños que aún quedaban como lijera sombra.

—Bueno, pues, Peruchu, guarda tus candeleros en el armario de la sacristía, ensilla la *Boticaria* y véte de prisa á entregar esta papeleta al señor *ínter*. Vé, que es cosa que urge, eh?—dijo el señor Peñas doblando el papel y entregándolo á Pedro que, en silencio, seguía las prescripciones del amo retirándose por la puerta interior.

Al verse solo, el señor cura se dió un golpe en la frente y masculló algunas frases distinguiéndose apenas las últimas.

— Chambonazo!.... Ese papel no he debido restituirlo!....no queda otro recurso que tomar las de villadiego...y...quién sabe tambien;...carambolas! que de menos nos hizo Dios. En esta tierra arriesgar en política no es tan aventurado que digamos, y en el Perú no es el Papa quien hace mitrados. Sí, adelante, y paso de trote....—se dijo el cura como todo un sargento avezado á la voz de mando, tomó el sombrero y se encaminó por la misma puerta de co-

municación con la Iglesia, donde esperaba encontrar ya instalado el batallón y podría hablar con los jefes.

En efecto, las armas estaban en pabellones hácia la derecha de la entrada. La tropa, dividida en dos alas formando callejón por compañías, se entregaba al descanso, mientras que las *amorosas* acampadas en el átrio del templo se resignaban á la intemperie, en nombre del amor, y los jefes, reunidos en coro con los oficiales caracterizados, discurrían sobre el itinerario de marcha y las probabilidades de su entrada á la ciudad de los rosarios y de los temblores, cuya toma era el objetivo de tan cruda campaña.

—El comandante Campoverde?—dijo el cura llegando.

—Servidor de usted, mi cura.

—A que no cáe en la cuenta del motivo de mi venida?

—Cierto que no nací profeta, mi señor, ni siquiera brujo.

—Pero en tiempos de guerra, cuando se trata del gran Castilla, no es difícil adivinar el *casus belli*...

—Será un *Te Deum* para mañana....

—¡Cómo se conoce que mi comandante es de espada!

—Y?

—El *Te Deum* lo cantaremos en la catedral de los *ccalatos*—dijo el cura riendo.

—Espero en Dios y le pido que me deje con el cuero sin agujeros.

—Si, será mi Comandante. Yo vengo á insinuarles que mi sangre de peruano hace su deber en estos momentos, y he resuelto irme de capellán del Charansimi.

—De veras?

Al oir esto, el que parecía primer jefe volvió la vista con interés y examinó, de hito en hito, al señor Peñas. Era aquel un hombre alto, de bigote y pera grises, de ojos pardos, grandes y vivos, con una cicatriz hácia el carrillo derecho. Vestia uniforme de cuartel, abrochado hasta el cuello en un capotón cenizo con franjas azules y botones amarillos con el escudo nacional en relieve. Su cabeza, cubierta con un sombrero guarapón de ancho cintillo, dejaba vislumbrar debajo de su ala una frente despejada y cabello cano tal vez como sus bigotes.

—Tanta proeza sería indicio de ganancia;—agregó el Comandante Campoverde, á lo que el cura repuso.

—Es cosa resuelta, mi Comandante, y si los señores jefes me admiten no hay palabra que desperdiciar.

—El Coronel Cañones—dijo el Comandante, presentando al cura Peñas al jefe del capotón.

—A su mandar, mi cura.

—Su humilde capellán, Isidoro Peñas, señor Coronel.

—He escuchado á usted con todo el placer que puede infundirme una acción heróica en obsequio á la causa de los pueblos.

—Sí, mi Coronel. Yo, como hice presente al señor Comandante, en mi primera entrevista, soy castillista de tomo y lomo, y ahora me marcho con ustedes.

—Nada tengo que oponer sino mucho que agradecer á usted, pues muchos domingos carecemos de misa por falta de capellán.

—Ir á Arequipa sin capellán tambien sería una falta estratégica—observó el Comandante.

—Fuera de todo, mi Coronel, tambien uno es creyente, y como tal debe proceder.

—Exactamente, mi cura.

—De modo que quedo aceptado?

—De mil amores, doctor Peñas. Y su doctrina?

—Como sirvo dos campanas tengo mi *ínter*, y todo quedará arreglado para la mañana. Yo esperaré á ustedes en *Moyopata*, y abur—dijo el cura tendiendo la mano en ademán de despedida.

—Adios, pues, hasta mañana.

—Hasta pronto.

—Que pasen feliz noche.

Despues de este diálogo, los pasos del cura resonaron en las naves del templo, y atravesó por el centro de la calle formada por los soldados en descanso, para dirijirse á su domicilio por la puerta de comunicación.

—Qué opina usted, Comandante Campoverde, de la actitud del curita?--preguntó el Coronel.

—Que debemos recomendarlo en la órden gene-

ral que se dicte próximamente. Estos pases tienen efecto maravilloso en las filas contrarias.

—Oh! ni qué dudar. Fuera de eso escribiré particularmente á su Excelencia, recomendándole el nombre de este buen castillista. Si triunfamos, bien puede que le toque una mitra.

—O siquiera una silla en cualquier coro.

—No parece lerdo el frailecito. Alguna aspiración ha de moverlo y ¡quién sabe si apunta alto!

—Eso de contado, mi Coronel, y como sirva lo serviremos.

—Pese á los mil demontres! pero en el país hasta las cosas del alma penden de nuestras bayonetas—dijo con satisfacción el Coronel.

Y las cornetas, secundadas por los redoblantes, tocaron á lista de ocho.

VIII

Pintan al Tiempo como á un anciano venerable sentado en la orilla de un rio cuyos caudales arrastran la vida humana, que pasa delante de él para precipitarse en el abismo de los siglos.

Turbias á veces esas aguas, á veces trasparentes y tranquilas, van ora enturbiadas por la mano de la Fatalidad, ora clarean con las lágrimas que se mezclan á su caudal, iguales á las que vertió María de Magdala, á los piés de Jesús, que pudiéndolo todo en la tierra por la virtud de su Padre, también pudo perdonar los pecados de amor sublimizando la historia de la pecadora del castillo.

Más, no es el Tiempo el que pasa como generalmente pensamos; es la vida que se consume, la vida que corre tronchando flores, arrancando esperanzas, sin un dique que detenga su corriente hasta el oscuro umbral del sepulcro, en cuyas tinieblas penetra el atéo por la puerta de la duda hasta leer NADA, y el creyente á la diáfana sonrosada luz de la fe y la esperanza vislumbra TODO, despreciando la palabrería del filósofo que, en la teoría de la inmortalidad del alma, ve la irradiación del orgullo y la vanidad del hombre que se cree inmortal, eterno, como su Creador.

Cuánta vida ha pasado en el trascurso de un tiempo limitadísimo, desde la tarde en que don Antonio López volvió á desandar lo andado, y con pasos tardíos regresó á su casa despues de buscar en vano al señor Isidoro Peñas!

El curso de los acontecimientos llevaba á unos hácia los floridos campos de la dicha, donde descuella la virtud que sigue á un verdadero arrepentimiento; á otros hácia el tenebroso caos en cuya puerta, como en el infierno del poeta florentino podría escribirse *aquí acaba toda esperanza*, si la Religión, enseñada por el divino niño nacido en un frio pesebre y muerto en el árido monte de la Calavera, no hubiese grabado con buril de diamante en planchas de oro incorruptible, *perdonad setenta veces siete*, y si la palabra de Jesús no hubiese dejado oir al arrepentido la sublíme promesa de que *no hay culpa sin perdón*.

Al lado de aquella enseñanza divina, la ciencia humana, en sus relaciones fisiológicas, ha escrito tambien *índole*, traduciendo la tendencia ó inclinación natural, peculiar á cada individuo.

Y esta índole prevalece con mayor fuerza en la mujer, descuidada en su educación por el egoismo masculino, y entregada á sus propias fuerzas, en esta tramoya de la vida cuyos cuadros dispone el varón.

El alma de Eulalia se encontraba bajo el peso abrumador del sufrimiento, y cambiada la silueta en su corazón, léjos de ver ya el aterrador fantasma de los celos, veía la imagen demacrada de su propia debilidad, avergonzada ante la serena mirada de don Antonio.

Para éste había rayado la aurora de las reparaciones, y trás la laxitud del convalesciente moral, vino tambien la salud vigorosa que, dando tonicidad á su cerebro, serenó y dirijió sus reflexiones por el sendero conveniente.

¡Cuántas horas pasó él entregado á profundas meditaciones!

¡Cuántas noches huyó el sueño de sus párpados enrojecidos por el insomnio!

Lucha cruel, expiación secreta de su cobardía al querer huir de la faena de la vida por la vedada puerta del suicidio, como el soldado miserable que arroja el rifle y elude el combate.

¡Vivir es luchar!

Qué importan las heridas del alma, si al fin el triunfo recibe su palma?

Antonio López lucharia resuelto, y saldría victorioso.

El dia en que Valentín Cienfuegos debia volver, llamó á Eulalia y la dijo:

—Hoy resolveremos todos los problemas, Eulalia. Esta situación no puede prolongarse; los malos tragos, si es ineludible apurarlos, se beben de golpe.

—Qué quieres decir, Antonio?

—Que necesito de tí un sacrificio. He preparado un tósigo para los dos....

—Sabes que mi vida te pertenece, Antonio; dispón de ella.

—Eulalia, el sacrificio compartido, tal vez no debe llamarse sacrificio. Hace poco que, por no dar el paso que ahora doy, quise huir de la existencia, arrancándomela....

—Antonio, Antonio mio, qué es lo que dices? Ahora moriremos juntos!...

—Oh! no!... Nos salvaremos los dos. La quiebra amenazaba mi casa y, como caballero, no podía tocar tu dote ni tus joyas. Valentín vino trayéndome la salvación, pero á cambio de mi honor....

—Ah! el pliego!

—Sí, el pliego número 3,....la verdad! Yo acepté ese negocio en el que hasta hoy solo han entrado los preparativos; debo veinte mil soles, que devolveré tomando....tu dote.

—Y mis joyas, y mis brazos—repuso Eulalia con entusiasmo.

—Eso es; pero, no podré lavar la injuria del cura......

—Por piedad, Antonio! Te repito mis juramentos, sí, todo lo que te hé referido es la verdad.

—Yo debía arrancarle el guante y la vida; pero ha huido el muy canallá.

—Te pido, en nombre de la paz, que no menciones esto, Antonio. Yo culpable, habría huido de tu presencia, en la que hoy permanezco como la víctima salvada por tí.

—Tu dote y tus joyas salvarán tambien el conflicto, Eulalia, ¿y tu amor serenará despues mi corazón?

—Te lo juro.

—Valentín no debe tardar. Véte, ve á llorar nuestra ruina, y pide á Dios que jamás venga el deshonor—dijo López, esforzándose por dominar sus emociones fuertes, y se puso á trazar guarismos sobre un pliego de papel, mientras Eulalia se alejaba lentamente con el semblante sombreado por el velo de la tristeza, dejando á don Antonio pálido, con la resolución del que va al combate resuelto á vencer ó morir.

—Ha vuelto el juicio á las gentes de esta casa?—gritó desde la puerta Cienfuegos que acababa de llegar.

—Completo, sí.

—Pues, qué de nuevo me cuentas?

—Que ahora recibirás tu dinero y perjuicios. Prefiero la vida modesta y callada, pero, la vida con honor.

—Qué dices, Antonio?

—Que me voy de acá. Aquí tienes los valores. El escribano Mogollón tiene las escrituras á que se refieren estos testimonios, puedes girar por veinte mil soles.

—La dote de doña Eulalia?—preguntó Cienfuegos leyendo el lema.

—Su dote y sus joyas, todo servirá para salvarnos; y si ayer hubiese hecho esto, hoy no pesarían en mi corazón dos planchas de plomo candente que consumen mi existencia.

Don Valentín miraba fijamente á su amigo, mordiéndose los bigotes con rabia disimulada, y por fin preguntó:

—Es irrevocable tu resolución?

—Irrevocable, Valentín. Y cuenta que yo no me explico porqué el cura Peñas estaba al corriente de estos secretos.

—El cura Peñas? Imposible!

—Tan posible que el pliego número 3 está en sus manos.

—Jamás!

—Pues te juro que Eulalia lo ha visto, y lo ha leído.

Esta declaración demudó el semblante de don Valentín y, dando un golpe en el suelo con el pié derecho, dijo:

—Sería capáz de tanta infamia, Asunción? No siendo ella, nadie podía imponerse de mis papeles. Pero te juro que sabré castigar.

—Yo haría otro tanto; y aquí tienes tus valores.

—Si hemos sido vendidos, tienes razón, Antonio, y el diablo cargue con todo.

—Emplea mejor tus capitales—dijo el señor López, apelando al consejo para huir de toda discusión.

—Lucharé hasta saber la verdad, y esa mujer morirá á mis manos.

—Tal vez te estrellarías contra el instrumento de la ciega obediencia, cuando la víctima de reparación debía ser ese mal hombre que ha huido.

—Cómo?

—Se ha enrolado como capellán en el batallón *Charansimi* que pernoctó aquí.

—No importa, iré á buscarlo á la cima del *Misti*.

Don Antonio se sintió como humillado por la enérgica resolución de Cienfuegos, y se puso á dar paseos murmurando frases ininteligibles hasta que, trascurridos unos minutos de silencio, dijo:

—Yo me marcho......

—En buena hora; pero en el Perú ¿adonde irás que no encuentres la familia asediada por esos malos sacerdotes que, sin la preparación suficiente y sin virtudes, se ordenan al quién dá tanto?

—No seas pesimista. Anda á la capital y verás.

—Me atrevo á dudarlo.

—Pero tú te contradices, Valentín; es el egoismo lo que te hace discurrir; recuerda tus palabras el

dia que me animabas para el negocio; y, sea lo que fuese, estoy resuelto. Estudiando la índole de mi mujer te aseguro que será mia, y mis secretos no saldrán de las cuatro paredes de mi casa.

Al decir esto último el señor López cambió visiblemente de color, y á la vez el nombre de doña Asunción cruzó por la mente de don Valentín, como una centella que avibaba la acusación pendiente y dijo:

—Es imposible, Valentín, nuestro secreto no puede ser conocido. Asunción nunca ha tocado mis papeles, el sitio donde estaba guardado el pliego solo era conocido por mí.

—No lo sé; pero el cura Peñas es dueño de ese pliego; y tu nombre y el mio y el de esos amigos...

—Rayo de los desmontres!! Es necesario que yo le arranque primero el pliego y despues la confesión.

—A él.

—A él y á ella, á los dos!

—Lucharás en vano, Doña Asunción está suficientemente dominada por el misticismo, que ciega y embrutece, y morirá antes que delatar á su confesor.

—Terrible situación de los maridos!...

—Ridícula situación, dí mejor.

—Imbécil situación—acabó por decir Cienfuegos, recojiendo los papeles, enrollándolos y disponiéndose á partir.

—Hás visto á Williams?—preguntó don Antonio como deseoso de no dejar asunto pendiente.

—Sí, hace dias que vive en crápula; no sé cuando se separe de la ginebra.

—Ese es un inconveniente; pero, con un poco de tino .....

—Todavía abrigo alguna esperanza de que entres en reflexión, que todo se enderece y podamos seguir,—insistió don Valentín á lo que López repusa enfadado.

—Es en vano. Mi viaje es un hecho. Viviré contento allá donde se rinde culto al trabajo, donde uno puede confundirse entre cientos de personas, con garantías para el hogar, y sin que la vanidad y las exigencias sociales me empujen al camino de la estafa.

La última frase hizo un efecto decisivo en el ánimo de don Valentín, que salió sin ceremonia, sin decir siquiera el adios, seco y lacónico, de dos amigos dominados por el disgusto.

IX

El sol, en el zénit, sobre un cielo decorado de grandes nubes que dibujaban ya montañas nevadas, ya pilones de algodón escarmenado, ya gasas flotantes como el velo de una novia ó plomizas como el humo del cigarro que se dilata, se arremolina y se disipa; daba á la atmósfera ese calor asfixiante que precede á las tardes de tempestad en aquellos cielos de sierra, caprichosos é inconstantes como la nube cargada de agua que cruza el espacio azul.

La piedra blanca de los caminos, calcinada por los rayos solares, reflejaba luz y calor sobre el rostro del viajero; el paisaje estaba sombrío; los arbustos, como la *chilca* ó la árnica de flor amarilla nacidos entre peña y tierra, parecían mústios, no solo por la acción del sol abrasador sino por el polvo que fué á apagar el verde vivo de sus hojas.

Allá, en lontananza, apenas se divisaba un muchacho pastor de ovejas, sentado sobre una piedra prominente, con su sombrero viejo sobre las rodillas, copa abajo, con algunos puñados de mote frio guardado en la cavidad. Vestía camiseta grana descolorida por el sol y calzón negro de bayeta, remendado por las posaderas con género nuevo, y los piés calzados con ojota de tientos corredizos. Junto á él, como esperando los desperdicios de la merienda, un perro chusco, con la mirada lista, meneando la cola á intervalos, como expresando sus sensaciones de ansiedad; y más allá la manada, más bien lamiendo el caliche de los pedregales que arrancando la escasa yerba de los contornos, acudía á abrevar en un manantial de frescas y cristalinas aguas, que existe en la hondonada donde el pastorcillo arreó la armiñada tropa; y mientras ella saciaba la sed, él comía la regalada merienda en compañia de su fiel amigo.

Don Valentín Cienfuegos cruzó aquel paraje sin reparar en nada ni en nadie.

Su mente estaba demasiado ocupada en la traición de su mujer, para detenerse á contemplar el

paisaje ni los bellos cuadros de la madre naturaleza, dignos de dar renombre al lápiz ó al pincel de los que nacieron con el nervio del arte en la concavidad cerebral cuya forma determina, ante la ciencia fisiológica, los talentos humanos y hasta la índole del individuo.

Cienfuegos iba en un tordillo fogoso, cuyo vigor salvó la distancia en tres cuartos de hora; y una vez llegado á Palomares se dirijió impaciente al escritorio, para persuadirse por sí mismo de la realidad de la violación de sus secretos. Cuando la mano derecha de don Valentín tomó la perilla del cajoncito número dos, un calofrio extremeció su cuerpo; estaba bajo las impresiones de aquel que teme la posesión de la verdad por la magnitud de ella. Una ráfaga de duda templó su sangre, la reacción asomó á su sistema nervioso, y tiró con fuerza de la perilla.

Su mirada, encandilada con la llama de la cólera, abarcó el contenido del cajón, y el pliego número 3, signado con lápiz rojo, apareció allí blanco y doblado. Lo agarró con violencia, y estrujándolo entre sus manos, exclamó.

—Era un infame Antonio!.... Infame! ha calumniado al cura Peñas, ha derramado sombras en la reputación de mi mujer! Y todo ¿por qué? Por retractarse de un negocio al que tal vez le ha visto mala cara! Ah!....infame, infame! Caro ha de pagármela. Hoy muere su amistad en mi corazón y nace el ódio irreconciliable por quién, más débil

que una mujer, calumnia así para salvar de un compromiso.

Don Valentín desdobló el pliego arrugado, repasó la escritura con atención, volvió á doblarlo, y con él entre manos comenzó á dar paseos por la habitación, con la actitud del que forja un plán en la mente. De improviso su frente cobruna brilló como alumbrada por una idea, se contrajeron sus làbios plegados por la seca sonrisa que provoca lá ejecución de una venganza, y sentándose en el pupitre, púsose á escribir en un pliego de papel de oficio, empleando la mano izquierda para desfigurar su letra, y terminada la escritura dobló el papel, lo empaquetó, lo selló con lacre y puso el siguiente lema:—Al Señor Subprefecto é Intendente de la provincia,

Guardó este paquete en el bolsillo pechera de la levita, aseguró despues el pliego número 3, no en el mismo segundo cajoncillo de la gabeta sino en el siguiente, y salió en busca de dos personas. La primera doña Asunción, por quien sentía cierto grado de ternura, como la satisfacción dada interiormente á quien había ofendido en lo más delicado que existe para la mujer; en su lealtad de esposa. La segunda persona era el pongo nuevo de la casa, al que llamó en alta voz.

—Quispe?

Este no dió que esperar al amo; y se presentó inmediatamente un indio joven, alto, delgado y ágil que vestía calzón de chupa, chaleco de bayeta grana y casaca azul.

Su larga, negra y cerdosa cabellera estaba reunida hácia la nuca en una sola trenza, en cuyo remate colgaban finos hilos de vicuña tejida, á manera de cintillas, y sus piés completamente descalzos mostraban, en su ancha estructura y la separación relativa de los dedos, el no haberse sujetado nunca á la prisión del zapato.

—Quispe—díjole don Valentín, sacando el paquete del bolsillo de la levita—véte de carrera á la posta y echa á la caja del correo esta nota que es de precisión; no tardes.

—Corriendo, wiracochay—repuso Quispe recibiendo el oficio y arrancando la carrera.

—Donde irás conmigo, bribón!—se dijo Cienfuegos dirijiendo sus pasos hácia la vivienda de doña Asunción.

X

Las huestes guiadas por el Gran Mariscal don Ramón Castilla á las fronteras de Arequipa coronaron sus esfuerzos con el más brillante éxito; pues la toma de la ciudad volcánica fue un hecho, aunque á costa de infinitas víctimas caídas en las barricadas levantadas en las boca-calles de la población, y las invasoras posesionadas en los minaretes, en los techos de bóveda y en las torres de granito.

Al batallón Charansimi no le tocó la suerte del combate porque, precipitados los acontecimientos, apoyada la causa por una parte del pueblo que cla-

maba por la rendición, precisado por el asedio el director de las operaciones resolvió solucionar la causa sin el concurso de ese batallón fuerte de cuatrocientas plazas, bien equipado, tal vez mejor que otros del ejército privados de uniforme y acaso aún del rancho necesario.

A la subida de la *Cuesta de las ánimas* un *chasqui*, sudoroso y entusiasta, puso en manos del Comandante Campoverde un pliego, que éste pasó al primer jefe despues de repasar la escritura del sobre. Era el aviso que el Gran Mariscal daba, desde el cuartel general de Arequipa, de haber triunfado la causa de la legalidad.

Tan inesperada nueva corrió con la rapidez de la electricidad en las filas del batallón Charansimi, resonaron calurosos vivas, los soldados echaron al aire sus kepís, la banda de música rompió en una entusiasta diana, y el capellán propuso pernoctar en el inmediato pueblo de *Quishuarpata*, en cuyo modesto templo se entonaría el *Te Deum laudamus* en acción de gracias; y allí mismo el Coronel empeñó su palabra al señor Peñas de que, una vez llegados al asiento del gobierno triunfante, él sería preferido en la provisión de una de las sillas canongiales.

—El sacrificio patriótico de mi capellán importa más que el nuestro, camaradas. Ha dejado en su doctrina, sus emolumentos y sus comodidades por el servicio de la causa, y el batallón ha atendido sus planillas de pago en varios dias con los préstamos del señor Peñas; y todo esto requiere, una ca-

nongía por lo ménos, de premio—dijo el Coronel, en medio de la alegría y la manifiesta aprobación de oficiales y tropa.

Esta oferta fué atendida por Castilla con la buena fe del que sabe pagar deudas contraidas; y meses despues el señor Isidoro Peñas tomaba colación en el coro de una de las catedrales de la República, señalado como personaje de campanillas, aclamado como patricio ejemplar y como varón santo que allá, en su curato, edificaba á su feligresía.

No era estraño que las candorosas beatitas besaran muy á placer la blanca mano, que aún guardaba el fino guantecillo de seda de la señora de López.

Quién podía fijarse en nimiedades en una sociedad donde se rinde culto al éxito, donde la virtud, que no descansa en la aparatosa forma de carruajes, sedas y lacayos, ni aún merece el nombre de tal?

Quién podía señalar á tipos como el que nos ocupa?

Nadie sino el novelista observador que, llevando el correctivo en los puntos de su pluma, penetra los misterios de la vida, y descorre ante la multitud ese denso velo que cubre los ojos de los moradores ciegos y fanatizados á un mismo tiempo.

El novelista de sana intención, llevado en alas de la moral social, en nombre de las mismas instituciones que deben depurarse á medida que el progreso se extiende.

En el Perú no existe, sin embargo, el temor del

correctivo retocado por el romance, porque todavía la novela trascendental, la novela para el pueblo y para el hogar, no tiene ni prosélitos ni cultivadores. Y á juzgar por el grado de los adelantos morales ¡ay de aquella mano que, enristrando la poderosa arma del siglo, la tajante pluma, osara tasajear velo y tradición!

Los pueblos se moverían para condenarla en nombre del cielo prometido á los pobres de espíritu.

Hemos adelantado los acontecimientos al desarrollo natural de esta historia, por pedirlo el curso posterior que daremos á la narración, á cuyo fin nos acercamos llevando en la mente la afiligranada vagilla de la verdad.

XI

Los correos del interior son llevados por un conductor de á caballo, seguido de una acémila cargada de la balija, y arreada por el incansable postillón de á pié, cuya fortaleza rivaliza con la de los animales que se van renovando de posta en posta.

El pliego que Quispe puso en el buzón de la carrera siguió su curso, con rapidez digna de notarse, hasta llegar á su destino.

El mandatario era á la sazón un sargento mayor retirado del servicio activo, por causa de una herida de sable que recibió en la pierna izquierda en la gloriosa jornada de Junin, donde el choque fué al arma blanca, terrible y decisivo, pues la victoria se-

lló el triunfo más completo para el ejército libertador.

El sargento mayor don Cayetano de Quezada es un hombre entrado en años, de frente ancha y pecho altivo; resíduo de esa noble legión veterana que combatió por la idéa echando á retaguardia la personalidad, esa terrible plaga que después ha traido á vanguardia la República con sus odiosas concesiones de entorchados y graduaciones de compadrería.

Lo que hace prominente la figura de don Cayetano, es el reposo con que acompaña el discernimiento y la tranquilidad de ánimo en la aplicación de la ley.

En los momentos en que lo encontramos se hallaba sentado en una añosa poltrona, fabricada con la combinación de la madera y la vaqueta, junto á una mesa con papeles esparcidos en distintas direcciones. Acababa de abrir el pliego trazado por don Valentín Cienfuegos y leer esta tremenda revelación:

"Señor Subprefecto Intendente. Un ciudadano, honrado si los háy, notifica á US. en nombre de la ley que en la casa de don Antonio López se fabrica moneda clandestinamente. US. con esta denuncia haga las pesquisas y castigue al delincuente."

—Está anónimo! Un anónimo es siempre el arma de los cobardes, de los calumniantes tambien! Don Antonio López es una persona de distinción, cuya fortuna saneada no puede permitirle semejan-

te comercio. Y luego, en esta tierra, la acusación de monedero para el hombre y de adulterio para las damas, se va haciendo moneda de oro! Sin embargo ¿quién me garantiza que este anónimo no sea la expresión de la verdad, el estallido de un corazón honrado, el grito de un interés herido?—Se dijo don Cayetano, y se quedó con el pliego suspendido en la mano izquierda, mientras que su diestra retorcía suavemente ya su bigote, ya su pera, grises, como anhelando sacar mejores razonamientos para un proceder acorde con su autoridad.

De improviso halló lo que ansiaba, y poniéndose de pié, sin soltar el pliego, dijo.

—Sí, sí y sí; creo que daré el golpe en el clavo si no me engaña la herradura. Voy á hacer comparecer á López. Su fisonomía me dirá lo que calle su lengua franca. Cáspita! que allá en el campamento, al mismo Canterac le leía yo en la tienda enemiga sus intenciones, y no es Lopecitos quien engatuza á un veterano. A ver, alguacil de vara, ¿quién hay por esas puertas?—llamó en alta voz.

El alguacil de servicio acudió en el instante y recibió esta órden.

—Marche usted de frente, paso de trote á la casa de don Antonio López, cuádrese y dígale que se presente en este despacho.

—Sí, mi Mayor.

Y el Subprefecto volvió á su puesto y siguió repasando otros pliegos del servicio oficial, no sin interrumpir de vez en cuando su lectura para pensar

en la acusación pendiente y dar repasadas tambien al bigote. Despues sacó del bolsillo una finísima petaca de paja de Piura, tomó un cigarro corbatón, armó su papelillo, sacó de otro bolsillo el yesquero, rastrilló con el pedernal, encendió el cigarro y, despues de apagar el fuego del yesquero, lo miró dándole una vuelta, lo guardó y se puso á fumar tranquilamente, contemplando con la mirada los giros que tomaba la columna de humo; con el pensamiento sumido en el mar sin orillas que presentaba ante su honrada y pacífica administración, aquel inesperado anónimo que podía decir crímen con la misma razón que decir nada.

—Y la calumnia? Qué diantres! la calumnia tambien la debo castigar, yo que soy soldado de la ley —dijo, por fin, arrojando una bocanada de humo, recojiendo la tabaquera que dejó sobre la mesa, guardándola en el bolsillo, y tomando la actitud de confianza que acostumbraba en la vida del vivac, dejando ambas piernas estiradas.

XII

La calma y la resignación, esos génios tutelares del hombre empeñado en la contienda de la vida, protejían de nuevo el hogar de don Antonio López donde él, á cada paso, contemplaba la fisonomía de Eulalia trasparentando la sinceridad de su alma y el dolor de su corazón.

Quién sino ella con su inobediencia al mandato,

ó mejor dicho á la súplica de su esposo, había llevado la amargura al fondo mismo del nido de sus amores, donde su corazón de esposa dormitaba el sueño de la felicidad? quién sino ella, repetimos, llevó á los piés del confesor los secretos del hogar y de su propia honra?

Por dicha la serpiente de la seducción quedó enredada en las redes tejidas por la índole superior de la mujer, y no se mancharon las cisnerianas plumas de la paloma entre las sucias garras del milano; y el viaje de los esposos López á la capital de la República quedó definido, soñando ya la mente con esa Lima, reina escondida entre minaretes y celocías.

Y la dicha, esa veleidosa golondrina de nuestro cielo, volvería á anidar bajo los alares de un hogar calentado por el afecto de dos corazones que se respetan.

Don Antonio tomó el brazalete de brillantes, deslumbrado por el brillo de las piedras ricamente engastadas en oro de diez y ocho quilates; oro inglés, importado al Perú por solo una joyería de gran nombre, única entonces con privilegio de patente de fábrica. Y, paseando la mirada entre el brazalete y Eulalia, pensó algo que reflejaba compasión, pero que fué ahogada por estas frases, más bien pensadas que moduladas por la palabra.

—Y el veneno caído en mi alma?......

—Señor wiracocha; dá usted su permiso?—dijo desde la puerta el alguacil de gobierno, que llegaba

empuñando la vara con canutillos de plata y cadenilla del mismo metal.

—Hola! ¿Y qué ocurre por acá?—repuso López escondiendo las joyas entre unos papeles.

—Por acá nada que yo sepa, señor wiracocha; pero por allá, que se necesita á su persona de usté en la casa de cabildo sin pérdida de minuto, que así terminante es el mandato del señor Subprefecto.

—A mí? y para qué me necesita el Subprefecto? —preguntó López, sintiendo culebrillas de menta en sus venas.

—Jesús, á mí no me agradan llamadas de autoridad. Antonio, mejor te escusaras, no vayan á haberte chismeado;—observó Eulalia.

—Pero en qué sentido, si ya la revolución está terminada?

—Ni lo creas, en el pais nunca dejará de haber tramoyas politiqueras......

—No debe ser cosa de mayores, mi señor, porque yo nada he olido con trazas de molestia, y solito el Mayor está leyendo su correo,—relató el alguacil.

—Bueno, iré mañana.

—No, tatay, que soy alguacil de vara y obedezco.

—Caramba! pero si no te han dicho que me lleves preso, yo iré.

—Es que yo debo ir con usté.

—Qué puede ser?—preguntó aún caviloso don Antonio.

—Podías escribirle.

—No! mejor salir de la duda. Vamos á ver que manda su señoría—dijo don Antonio, saliendo seguido del alguacil que se despidió de Eulalia con una venia reverencial.

Eulalia recojió con presteza todo lo que tenía delante; y poseida de esa misteriosa intuición de que goza el corazón femenino, comenzó á temblar y á temer por don Antonio; y sin darse cuenta ella misma, el nombre de don Valentín Cienfuegos cruzó por su cerebro, como ave agorera que grazna la muerte de los seres que viven á nuestro lado, ó de los amigos que se despiden desde léjos para el tenebroso viaje del sepulcro.

—Ese don Valentín!—dijo con un sollozo la mujer de López.

Y gruesas lágrimas resbalaron por sus mejillas marchitas desde dias ántes, y una sombra triste amortiguó su frente de marfil, poniéndose en seguida á dar paseos por la habitación con esas vueltas inconsientes del gilguero que, viéndose encerrado en la jaula, busca afanoso la puerta de escape chocándose á un lado y otro con los alambres de su prisión.

—Nada bueno ha de ser! La fatalidad nos persigue. Sí, yo, yo he traido la desgracia á esta casa. Desconocerlo sería blasfemia! Dios perdone á esos malos curas como Peñas, Dios me perdone á mi! Y esa Asunción, ella con todos sus resabios de beata!.... Asunción! ella sabe, sí, no lo dudo, ella es la confidente del cura Peñas! Qué hago? Cómo saber

para qué llaman á Antonio? Cómo alivio mi corazón roto ya en mil pedazos por la mano de aquel hombre! .....

Decía Eulalia y cayó como desvanecida sobre el mismo canapé rojo, impasible y mudo testigo de tan encontradas emociones, de escenas mutables como el caer de las hojas del árbol, unas veces cubiertas de polvo, otras de nieve, y algunas secas y mustias arrastradas por el campo á merced de los vientos caprichosos.

El hombre, también será árbol de la vida y las sensaciones de su corazón hojas desparramadas que vuelan al impulso del destino, cubiertas de lodo hácia la tierra, cuajadas de lágrimas hácia los cielos?

XIII

Doña Asunción estaba acabando de rezar la novena, cuando entró don Valentín á su vivienda y la dijo:

—Hasta qué hora, señorona? Deja á San Antonio por un rato y ven á mis brazos, paloma.

Sorprendió este dulce lenguaje á doña Asunción, y fué suficiente para que trasportada á mejores dias se creyese en las quince primaveras de la mujer, cuando la vida se desliza entre los lábios como un confite.

Púsose de pié. y volviéndose á su marido repuso.

—*Catay* que este milagro es de mi señor San Antonio; Valentín, yo le hé pedido que te cambie tu

corazón y *velay* que está hecho el milagro!—Y se acercó al esposo y se abrazaron con dulcísima ternura, como no lo habían hecho desde hacía diez años por lo ménos.

En la mente de Cienfuegos revoloteaba un murciélago negro de anchas alas. Era la duda, y para buscar la verdad no necesitaba más que explotar la cuerda sensible de la mujer.

El cariño doblega las fieras; el cariño avasalla al ser humano. La mujer resiste á la vanidad, y al orgullo, pero cede á una palabra de amor.

—Mira *Asu*, de veras que estoy por creer en el milagro de tu Santo devoto, y te ofrezco una misa. Sabes que pienso confesarme......

—Taita, bendita sea la hora en que esto escucho —interrumpió doña Asunción empalmando las manos con santo regocijo.

—Yo voy á esperar á nuestro cura Peñas para hacerlo con él. Le estoy agradecido, malicio que él me ha hecho devolver unos papeles que se me perdieron, que eran de compromiso, y.....me ha salvado!

—Sí Valentín, sí, él ha sido, es preciso que lo sepas, porque con todo sigilo, yo los he puesto en tu gaveta según el tata me dijo.

Don Valentin brincó al oir esto como picado por un áspid; sin embargo se contuvo, y preguntó:

—Tú, Asunción, tú?

—Sí hijo, *guá!* y por qué te había de mentir?

—En qué cajón pusiste esos papeles?

—En el segundo de la derecha.

—Cuando?

—Al regresar de Rosalina, porque allá me los entregó para traerlos.

—Entonces no era embuste de Antonio, y yo he perdido á Antonio!—dijo Cienfuegos dándose una palmada en la frente, y continuó.

—Tú viste esos papeles?

—Ni por tentación, Jesús! que había de desobedecer al *taitito*?—repuso con calma ella, sin poderse explicar el cambio efectuado en el semblante de su marido, ni la violencia de sus últimas palabras y acciones.

En el cielo negro de las noches de conjunción cruza de improviso una cinta de fuego que alumbra los abismos de la tierra; así, en la mente de don Valentín, pasó un meteoro luminoso, y alumbrándole el escenario en treinta dias á la redonda, le puso delante al cura Peñas alojado en su escritorio, encerrado ahí durante largas horas, y platicando á solas ya con doña Asunción, ya con Eulalia.

Y una mano misteriosa levantada en el espacio señalaba con el índice la frente del reo; la ancha frente del cura Peñas!

—Estoy en el infierno mismo!—exclamó don Valentín saliendo del estupor momentáneo, sin poderse dominar por más tiempo, y tomando á Asunción de un brazo la condujo hácia el escritorio, como puede llevar al indefenso ratoncillo el gato cazador, y la dijo con vehemencia.

—Aquí, *Asunta*, vas á confesarme todo; porque si no me hablas la verdad, si me engañas, mira, soy capáz....de matarte, mujer.

—Jesús! Valentín, tú estás loco, Dios me ampare, loco!—repitió ella balbuciente, sin acertar á definir la mudanza realizada en el hombre que, habiendo llegado lleno de afecto, de ternura, de arrepentimiento, le ofrecía ahora la muerte.

—No estoy loco. Jamás estuve más en mi juicio, y tú vas á hablar la verdad, la verdad.

—Sobre qué, hombre?

—Sobre ese papel, y sobre el cura Peñas; porque ese papel ha salido de mi escritorio, de esta gaveta, y aquí nadie entra, nadie ha entrado sino tú y él.

—Bueno, cálmate, Valentín. Yo no soy capaz de engañarte—repuso ella humillada.

—Aquí lo pusiste, verdad, no?—preguntó Cienfuegos tirando la perilla del cajón número dos.

—Sí, ahí mismo.

—Y ¿quién lo sacó?

—Eso no puedo decirte. ¿Acaso no te he dicho ya que el *táta* me dió, para restituir, lo que quién sabe cuándo y cómo te hurtaron?

—Nada, él ha sacado ese pliego en los dias en que estuvo aquí alojado, de visita, de petardo......

—Cómo, Valentín! Semejante cosa es una blasfemia de hereje, y yó daría mi brazo á quemar para justificar al señor Peñas.

Estas palabras revelaron á Cienfuegos la inutilidad de su investigación con una persona cegada por

el fanatismo, que acababa de declarar que iría al martirio, antes que comprometer al señor Peñas; y apartando de sí á doña Asunción, con el mismo ademán del que arroja léjos la arma que conceptúa inútil para la lucha, por que le han vencido.

—Véte en paz—la dijo; y despues de meditar por cortos momentos salió, tomó el caballo que aún permanecía ensillado, cabalgó y partió al galope en dirección de Rosalina, donde quería llegar con la presteza del cóndor que hiende los aires con el vigor de sus alas.

XIV

—Dios guarde á usted, señor Subprefecto—dijo don Antonio descubriéndose ante el Mayor Quezada.

—Para servirle, amigo López. Aquí lo necesito por un asuntillo medio feo, así, como la pasada que nos tiraron en Ingavi. Siéntese pues, y use de franqueza, eh?—respondió el Subprefecto, señalando una silleta al recien llegado.

Este tomó asiento, colocó el sombrero sobre la falda asiéndolo del ala con ambas manos, y repuso.

—Con un veterano de los tiempos de la guerra magna, sí, con él es con quien se puede gastar franqueza en estos tiempos de los falsos amigos y de la moneda feble.

—-Gracias, mi amigo. Y precisamente es de moneda de lo que vamos á tratar.

—Ha cambiado el tipo el gobierno triunfante?—preguntó con llaneza don Antonio.

—No, mi amigo esas serían tantas pesetas para la patria,—dijo don Cayetano, sin desprender su mirada de avanzada del rostro de López, y continuó—Sabrá usted que he recibido un aviso, un aviso que, francamente, me habría dejado lelo, si no conociera á usted don Antonio López.

—Esplíquese más claro, señor Quezada.

—Está usted con una séria acusación encima.

—Yo?

—Usted.

—De qué? por quién?

—Por quién? eso es lo que falta averiguar y lo averiguamos. De qué? de fabricar moneda sin la ley ni la garantía del Estado, y usted queda detenido acá; así, como se encuentra.....

—Cómo, señor, yo?

—No se dé prisa, amigo; iremos por partes—dijo el señor Quezada variando su primera intención.

—Sí señor; pero mi acusador...algún enemigo....

—Quién sabe, á uno le sale un enemigo entre ceja y ceja el día menos pensado, como salirle un *golondrino*.

—Podría permitirme una pregunta?

—Dos tambien, señor López.

—Cuál es la forma de la acusación, señor Subprefecto?

—Es un papel que acabo de recibir por correo.

—Ah! ya sé entonces el origen—dijo don Anto-

nio, ocultando con la risa una llamarada de cólera que subía á sus ojos.

—Mejor para usted; reconocido el enemigo se le toma cualquier flanco.

—Así es, señor, mi acusador debe ser el cura Peñas.

—Cómo! Ese curita tan patriotero, que de capellán del *Charansimi* llegó á la silla de la catedral?

—Podrá llegar á Obispo y á Arzobispo tambien, señor Subprefecto; á todo se llega en el Perú con los tejidos de la política; pero ante Dios, ante mi conciencia y ante la conciencia de él mismo, no pasará de ser un miserable y muy miserable.

—Un miserable perpétuo ¡já! já! já!

—Su risa me hace daño, señor......

—No lo tome por ofensa, señor López, que yo tambien conozco mi gente, y sé respetar á quien merece respetos. Yo presento armas al misionero, á ese hombre abnegado, verdadero apóstol, que despreciando el oro y los honores, consagra su existencia al prójimo; pero esos de olla y......

—Bien, señor, y por lo mismo, si usted presta oídos á la acusación que se me hace, si tiene alguna prueba en que apoyarla, aquí estoy, á sus órdenes—terminó don Antonio aparentando la mayor resignación del mundo, lo que fué un golpe decisivo ante la determinación del señor Quezada, que creyó á López el ser más inocente y honrado salido de vientre de mujer, y le dijo.

—Pues, mi amigo; yo ¿qué iba á dudar de usted?

Lo he llamado para cumplir con mi conciencia de autoridad, porque la órden general está en un anónimo, y en un anónimo se le puede echar pólvora al lucero del alba.

—Gracias, señor, no lo dudo. ¿Y podría ver ese papel?

—Sí, á veces disimulan mal la letra; y el que es perito puede dar con la barricada y tumbar al sujeto. Aquí tiene usted el *pax Christi*—dijo alargándole el papel, que don Antonio tomó con manifiesta curiosidad, y apenas hubo repasado dos renglones, palideció visiblemente, su brazo comenzó á temblar, y presa de la indignación dijo.

—No señor! no es el cura Peñas. Esto viene de más cerca, aquí está la mano de un amigo que ayer no más estrechaba mi mano y se sentaba conmigo á la mesa....

—Buena laya de amigo!—interrumpió don Cayetano; pero López, sin reparar casi en la observación, continuó acercándose al Subprefecto y dejando rodar por el suelo su sombrero.

—Sí, estas erres, esa c y las eses.....sí.....y está escrito esto con la mano izquierda ¿no repara usted? Fíjese en los perfiles, vea este rasgo.

—No le falta á usted razón. Cuando copiábamos Táctica, sobraban aprendices de la *zurdalogía* con ese rasgo, sí, el mismito.

—Apenas puedo creerlo!

—Y quién es el moro? Si usted lo probase, en guardia y á discreción soplaba en la cárcel al zur-

do. Sí, mi amigo. La calumnia tizna, y se va haciendo una necesidad de ordenanza el correjir á los *tizoneros*.

—Esa es la verdad. Pero, señor Mayor, créame, tiemblo como un niño para pronunciar el nombre del que ha querido perderme, arrojando sobre mi frente el lodo que tal vez sobra en la suya!

El eco de unos pasos acelerados repercutió en la sala subprefectural.

Callaron ambos personajes y dirijieron la vista hácia la puerta.

XV

Para los corazones que sufren angustiados por la incertidumbre, las horas trascurren con lentitud abrumadora.

Los punteros del reloj de pared del cuarto de Eulalia parecían paralizados; la campanilla había enmudecido porque, despues de tantas vueltas, de sentarse y echarse en el canapé y volver á la actitud meditabunda, apenas se oyó una sola vibración que marcaba las cinco y media de la tarde.

Aún repercutía en el sistema nervioso de la señora de López ese campanillazo del reloj, duplicando las congojas de su alma delicadamente preparada por los sufrimientos que, por decirlo así, habían afinado la índole buena de la mujer, cuando otro ruido vino á comunicar nueva agitación á su espíritu.

Las pisadas de un caballo con herraduras resonaron en el patio, y á éstas sucedió el sonido de los pasos de un hombre, que, echando pié á tierra, se dirijía hácia las viviendas particulares del señor López.

Tocó la puerta con golpes acelerados, y penetró casi sin esperar respuesta.

—Señora, estoy á sus piés ¿y Antonio?

—Señor Cienfuegos, Antonio hace un siglo que falta de casa; fué llamado por el Subprefecto y aún no ha vuelto. Don Valentín, yo temo un conflicto; sí, tal vez usted pueda salvarlo! temo la venganza del cura, temo que ese pliego número 3....

—Señora, usted vió ese fatídico papel?

—Sí, señor, lo tuve en mis manos, lo habría destruido; pero el infame me lo arrebató....

—Quién señora, quién?

—El cura Peñas.

—Pero ¿quién puso en sus manos el pliego?

—El cura Peñas.

—Cómo! No me lo explico.

—Acabará usted de explicárselo, don Valentín; porque yo soy una mujer honrada, á pesar de todo lo que ha pasado en la apariencia.

—Menos la entiendo. ¡Vive Dios!

—Yo fuí feliz mientras Antonio era todo para mí, y yo para él. Pero un dia fuí llamada al confesonario, y allá donde debí hallar paz encontré desventura.

—Señora, me abruma la revelación de usted.

—Sí, señor! es preciso decírselo á usted .....

—Señora....

—El cura Peñas robó mi felicidad. No sé si puedo decir que llegué á amarle; hay sentimientos que se confunden; pero cuando quiso ir por la honra y el nombre.......

—Usted abofeteó.....

—No! prevaleció mi índole, porque me sentí débil para el crímen y fuerte para la virtud.

—Y......

—Y ese dia, poniendo en la picota mi amor mismo al hombre con quien me ligó el afecto desde niña, quiso explotar mi sacrificio de mujer, me presentó el pliego acusador, y me dijo: "elije, ó cedes ó se pierde él."

—Infame!...la cabeza me arde!...

—Y ahora creo que él perderá á mi adorado Antonio; creo que moriremos los dos, porque la pérdida de la honra es la muerte del ciudadano!...

Las lágrimas anudadas en la garganta cortaron la palabra de Eulalia, y Valentín, sin poderse dominar, dijo:

—Imposible, imposible! Señora, confíe usted en mí, yo sabré salvarlo!...

Y salió como un alienado con todos sus cálculos desconcertados, tomando la dirección de la casa subprefectural.

XVI

El sujeto que apareció en la puerta del salón de la autoridad, y que distrajo al señor Quezada y á López de sus investigaciones, no era otro que don Valentín Cienfuegos.

Saludó todavía confundido y pavoroso y, sin esperar iniciativa, comenzó un diálogo cuyo final debía ser desastroso para él.

—Señor Subprefecto, acaban de noticiarme que usted ha recibido un anónimo acusando á don Antonio.

—Y quién te ha dicho eso?

—Y cómo lo sabe usted?—preguntaron consecutivamente don Cayetano y el señor López. Desconcertado entonces por tan simple pregunta, casi no se atrevió á contestar; pero, al fin, balbuceó.

—Esa es voz que corre en el pueblo todo.

—Se dice, no?—dijo con sorna el Mayor,

—Mas claro, Valentín, dí que tú has escrito ese anónimo, y por lo menos quedarás como hombre delante de dos caballeros—insinuó don Antonio López, revistiéndose de calma tal que heló la sangre en las venas de Cienfuegos inundando su cobriza frente de frio sudor.

—Sobre la marcha, aquí, amiguito, usted va á escribir acá—dijo el Subprefecto buscando la pluma escondida entre los papeles de la mesa y presentando papel á don Valentín.

—Ni necesidad hay de eso, señor Subprefecto;

ahora yo lo acuso de frente como á calumniante—dijo López con entereza.

—Antonio!

—Valentín! Has procedido como un miserable, traicionero por el instinto de la inferioridad.

—Podré explicarme contigo, Antonio, y estoy seguro de tu perdón....

—Aquí no se trata de Magdalenas, mi amiguito; la ley ha sido ultrajada y á la ley *¡presenten!* Usted queda detenido aquí. Ahora puede usted retirarse, señor López, que el relevo llegó con santo y seña;—dijo riendo el veterano.

—No puede ser eso, señor.

—Supongo que no darás muestras de cobardía como acabas de dar lecciones de infamia.

—Antonio, reflexiona.

—Estoy resuelto á todo.

—Mira que he venido á salvarte.

—Creyéndome niño de teta, señor Cienfuegos, para repetirme donde digo digo, no digo digo sino Diego;—observó la autoridad.

—Señor Quezada!

—Caballerito anonimista!

—Te habría ahorrado este momento; pero has venido á entregarte.

—Cabales, voluntario, del regimiento que abunda en estos pueblos sin moral ni ley.

—Señor Subprefecto, por lo menos que conste que no soy yo el autor de toda esta trama tan amarga de la cual espero librarme. El cura Peñas, ese

hombre fatídico, cuervo de los *cementerios vivos*, dueño y señor de nuestros hogares, dominador de las esposas....

—Buena es la hora para sermones, amiguito; por eso yo no me caso. Pero queda usted preso.

—Señor, si usted me dá su permiso yo podré retirarme y le daré datos preciosos;—dijo el señor López despidiéndose.

A la salida encontró á Mr. Williams que, entre tumbo y tumbo, buscaba el despacho de licores de la CINTA BLANCA y, llegándose á don Antonio, le dijo.

—Bueno, caballera, yo necesitar una peso para una trago.

—Toma y no vuelvas á casa—contestó don Antonio alargándole un cuatro de la Confederación.

XVII

Era ya de noche: una noche semejante á las de Abril, tranquila y silenciosa.

El cielo, al principio de un azúl oscuro, casi negro, cruzado aquí y allá por estrellas errantes, fué perdiendo la tenebrosidad á la par que se desvanecía el dulce aliento del anochecer.

Los gorriones y las palomas torcazas, recojidos en su rama favorita ó en el tibio nido del amor, fabricado paja por paja, palillo por palillo, se balanceaban imperceptiblemente al ténue empuje de un vientecillo cargado de olores silvestres; y una hora

despues nido y ramajes dibujaban caprichosas siluetas á la sombra de la luna, ese gran disco de plata puesto en el último escalón del trono de Dios, para alumbrar el oscuro planeta, y para recibir las confidencias de los corazones que sufren por el amor ó lloran por la ausencia.

En el solitario caserío de Rosalina, donde semanas ántes atronaron las paredes los festejos de las bodas de Ildefonso y Ziska, dueños y señores ya de su felicidad, se encontraban hacinados baúles y maletas para la final despedida de la familia de López.

La blonda cabellera de Eulalia estaba salpicada de hilos de plata, brotados casi en una noche de insomnio, y sus mejillas pálidas no daban ni indicio de que ántes fueron carrillos de terebinto con la frescura de los claveles de Mayo.

Don Antonio, que desde la entrevista con el Subprefecto se había vuelto completamente sério y meditabundo, tenía frecuentes excitaciones nerviosas en que hablaba solo, volviendo sin trabajo á la aparente tranquilidad de la vida. En uno de aquellos momentos sacudió la cabeza y, en medio del desvarío, repitió con calor las palabras de un sabio. (1)

—«Pretenden apagar la luz de la razón dominando á la mujer en el confesonario?.... ¡Alúmbreles el rayo! El rayo es la verdad!....»

Y despues, dando expansión á su honda pena en un prolongado suspiro, se llegó á Eulalia para interrogarla.

(1) Michelet.

—Has meditado bien, hija mia? mañana saldremos de aquí para no volver más.

Ella, por toda respuesta, levantó hácia él los hermosos ojos inundados con la sávia de su alma, y juntó sus manos en ademán de súplica. Eulalia no podía dejar de ser mujer. La ternura inundaba su alma, y bullía en su corazón y en su cerebro la dolorosa realidad de cómo los errores de los hombres alcanzaban á desprestigiar la doctrina en que ella creyera y esperara. Estaba rendida por el dolor que purifica, su frente irradiaba una aureola de luz, pero no se atrevía ya á razonar con don Antonio que, al contemplar su melancólico silencio, la dijo.

—Pobre esposa mia! La humanidad se regenera por el conocimiento del supremo Bien, que es Dios; por el arrepentimiento de los errores y por la práctica de la virtud. La Religión, Eulalia mia, no es la sierpe que se arrastra gozando en las tinieblas, obligándonos á mirar abajo, siempre abajo; es el águila caudal que cruza el espacio azúl, que nos hace levantar la frente alta, siempre alta para fijar la mirada en los cielos y escuchar la dulce voz que dice: fe, esperanza, caridad!

—Por eso Cristo murió en la cima de un elevado monte.

—Cierto.

—Perdonemos por Dios todo el mal que nos han hecho! Antonio!... Perdonémoslo!...—dijo ella con esa humildad encantadora, principal poderío de la mujer en quien comenzaba la crísis fisiológica del alma.

—Yo tambien fuí delincuente....ah!...soy tuyo.... tuyo para siempre.

—Perdóname otra vez, Antonio mio, para que tus palabras refresquen mi espíritu. Yo vuelvo al hogar con la planta llagada en el camino que hice sóla sin tí!....

—Dios es el Juez del hombre.

—Soy tuya para siempre!!

—¿Nadie entre los dos?....

Y se juntaron sus lábios mojados por una lágrima cristalina que, evaporándose en la tierra, subió hácia el cielo.

Y los ángeles tutelares del hogar, al són de sus liras de marfil, dijeron:—dichosos los que vuelven al reino del amor y de la virtud llevados por su buena INDOLE.







